

50X1-HUM

Page Denied

EN BREVE:

3ra. EDICION DE:
**MATERIALISMO
DIALECTICO**
POR
EMILIO TROISE

**LA SITUACION
EN LAS
CIENCIAS BIOLOGICAS**
ACTAS TAQUIGRAFICAS DE LA SESION
DE LA ACADEMIA LENIN DE CIENCIAS
AGRICOLAS DE LA URSS
31 de Julio — 7 de Agosto de 1948
\$ 32.—

**LA JOVEN
GUARDIA**
POR
ALEJANDRO FADREV
\$ 15.—

**PAGINAS
DE MI VIDA**
POR
PASHA ANGUÉLINA
\$ 3.50

**EN UN LUGAR
POBLADO**
POR
B. GALIN
\$ 8.—

EDITORIAL SENDERO, Buenos Aires

EDITORIAL SENDERO
NOTAS DE VIAJE A LA U. R. S. S.
E. TROISE

EMILIO TROISE

NOTAS DE VIAJE A LA U. R. S. S.

Editorial SENDERO
BUENOS AIRES, 1953

NOTAS DE VIAJE A LA U. R. S. S.

El Dr. EMILIO TROISE, con sobriedad y hondura, nos presenta las impresiones de su reciente viaje a la Unión Soviética. Al exponer las conquistas históricas alcanzadas por el socialismo, se propuso, ante todo, desentrañar el contenido profundamente humanista del régimen económico-social imperante en la URSS.

El Dr. EMILIO TROISE no necesita ser presentado al público argentino. Es una relevante personalidad del mundo científico y político-social de nuestro país; es uno de los más sólidos valores de la cultura nacional. Su palabra veraz será una guía segura para los que desean conocer el mundo nuevo que —por el trabajo creador de millones de hombres guiados por el Partido Comunista de la Unión Soviética, que inspira su actividad en la ciencia marxista-leninista— va gradual y firmemente alcanzando las cumbres del comunismo.

Precio: \$ 15.— m/n.

EMILIO TROISE

**NOTAS
DE VIAJE A LA
U. R. S. S.**

***Editorial* SENDERO**

BUENOS AIRES, 1953

ADVERTENCIA

Estas notas ven la luz con mucho retraso. Causas ajenas a mi voluntad impidieron su publicación. Gran parte del material que traía de mi viaje a la U.R.S.S. quedó en el Uruguay. En Montevideo, al llegar el barco, se me hizo saber que sería detenido en Buenos Aires. Así ocurrió, en efecto.

A mi arribo, de la escala del buque fui, por unas cuantas horas, al calabozo de la Sección Especial, de triste y siniestra recordación.

Sólo he podido utilizar uno de los dos cuadernos en los que había fijado, al término de cada día, las cosas que habíamos visto.

Fragmentarias como son entrego estas notas, sin pretensiones, al juicio de nuestro pueblo, que necesita ser cada vez más informado acerca del país soviético, frente a la calumnia y a los horrores que sobre él propaga el imperialismo guerrerista.

REFLEXIONES PRELIMINARES

CONSIDERO un privilegio y un honor haber podido visitar la Unión Soviética, sobre todo en las actuales condiciones del mundo.

Mi reconocimiento hacia V.O.K.S. —la Institución Cultural Soviética que me hizo llegar la invitación— no tiene límites.

Cumplo con un imperativo de mi propia conciencia exponiendo lo que he vivido en aquel país formidable.

No es necesario que manifieste que soy absolutamente veraz y que mi objetividad, que no significa neutralidad, no se ha visto jamás perturbada por mi convicción ni por mi adhesión sin reservas al proceso que se realiza en el gran país socialista.

Pocos ignoran cuánto se ha dicho en uno y otro sentido acerca de la U.R.S.S.: desde la crítica más acerba y violenta hasta el elogio más fervoroso.

Lo esencial de la crítica a la Unión Soviética se resume en pocos conceptos, cuya gravísima significación emerge de su solo enunciado: en la U.R.S.S. —dicen los críticos— la persona humana no cuenta, no hay ni libertad ni iniciativa personal; la vida transcurre de manera gris y uniforme y millones de hombres padecen la férrea dictadura de un grupo que —a cambio de algunas ventajas materiales— les ha sumido en la más tremenda de las ignominias: la renuncia a su propio pensamiento y a su propio impulso vital para convertirse en simples autómatas.

Relataré lo que he visto en los varios aspectos de la vida soviética.

El lector dirá luego si es posible hablar de millones de esclavos sometidos a los designios de un grupo dictatorial, y si es lícito afirmar —como se afirma diariamente por la prensa, la radio, el cine y el libro— que la vida en aquel país es un infierno en que los hombres sólo tienen de tales el aspecto exterior, pues su verdadera personalidad ha sucumbido en medio del terror y la brutalidad de un régimen de servidumbre.

De fijo que el lector no ignora, tampoco, qué se dice con respecto a las visitas a la U.R.S.S.

Los críticos afirman que los soviéticos muestran lo que ellos quieren y que, además, lo preparan de antemano.

Fuera de que esto sería el colmo de la farsa, implica, desde luego, considerar imbéciles a los que han visitado la Unión Soviética, entre los cuales, es bueno recordar, hubo hombres de alto valor intelectual y moral.

Menciono sólo tres para probarlo: Romain Rolland, Bernard Shaw y el Dean de Canterbury.

En lo que a mí concierne, he visto todo lo que he querido ver.

Cuando el profesor Denisov —jurista eminente—, profesor de la Facultad de Derecho de Moscú, presidente de V.O.K.S., organismo para las relaciones culturales con el exterior que me había invitado a visitar la Unión Soviética me recibió, formuló una pregunta categórica: ¿Qué es lo que quiere usted ver y hacer?

—Todo lo que pueda en el tiempo de que dispongo —fué mi respuesta.

Y él añadió: El tiempo no cuenta, es necesario ver y ver bien.

Inmediatamente formulamos el plan de visitas, que fué a la vez de arduo trabajo.

He visitado desde la fábrica, la guardería de niños y el Hospital de Fábrica, hasta la escuela, la Universidad y los hospitales; desde los museos de arte hasta los tea-

tros y bibliotecas; desde los clubs culturales y los palacios de pioneros hasta los almacenes y el subterráneo; desde el Sovjoz hasta la casa-escuela para los huérfanos de la guerra; desde el Museo de la Reconstrucción de Moscú hasta el Museo de Lenin; desde el Mausoleo donde se exhibe a la contemplación emocionada del pueblo la figura del gran conductor, hasta la casa donde murió, en Gorki, en las afueras de Moscú; desde el Instituto Marx-Engels —donde se guardan los archivos y las obras de los dos creadores de la doctrina socialista— y de sus continuadores en la época del imperialismo, Lenin y Stalin—, hasta el Museo de Pushkin, cerca de Leningrado.

Hemos visto, con mi mujer, al hombre, a la mujer soviéticos en la actividad febril del trabajo creador y libre, y también en el goce de una cultura que antes les estaba vedada: los hemos visto en los museos, en los teatros, en las bibliotecas, en las salas de concierto.

Hemos visto a los niños en las escuelas y en los parques de descanso y de cultura.

Hemos atisbado en los rostros de esa enorme muchedumbre —que a todas horas encontrábamos en las calles de Moscú o Leningrado— la exteriorización de un estado de angustia y de desesperanza, de rebeldía a una situación de menoscabo o de injusticia, y sólo hemos visto rostros y miradas serenas, bondadosas o enérgicas, que contrastaban con el aspecto de las gentes del mundo capitalista, agobiadas por la incertidumbre, roídas por la inseguridad del hoy y del mañana y, sobre todo en Europa Occidental, dominadas por el terror a la guerra.

En la Unión Soviética nadie habla de guerra. Se lucha y se trabaja por la paz.

Cuando me acercaba al país soviético volando de Praga a Moscú, no podía sustraerme a cierta inquietud espiritual.

Me preguntaba cómo sería la realidad con la cual iba a enfrentarme. Si respondería esa realidad a lo que yo había imaginado y leído; si encontraría cosas que me chocaran y si, encontrándolas, podría yo explicármelas o ellos darme la razón de su existencia; y, por último, qué importancia podría tener el que yo encontrara cosas que me desagradaran, a pesar de mi convicción, en un proceso de la magnitud y de la trascendencia del que se operaba en Rusia, donde los hombres y las cosas estaban en permanente transformación progresiva.

En la madrugada lluviosa de octubre —en que tomábamos el avión para volar de Moscú a Praga—, cuando di el adiós a la ciudad gigantesca de aquel país inmenso en que se fraguan un mundo nuevo y un hombre nuevo y abracé a los camaradas que me despedían en el aeródromo, pude decirme: Salgo de aquí con mi conciencia tranquila, en paz conmigo mismo; la realidad que he visto y que me ha sido dado vivir por un instante que fué para mí como una eternidad, es muy superior a cuanto yo había imaginado y leído; salgo de un mundo sereno y optimista para volver al mundo de la angustia y de la miseria, al mundo que prepara la guerra porque es incapaz de superar en la paz sus propias contradicciones; al mundo que necesita planificar la calumnia y la mentira para evitar que los pueblos lleguen a la conciencia de las causas de su propia desventura y traten de liquidarla estructurando una sociedad fraternal y libre.

Y cuando estábamos de nuevo en París, la primera reflexión de mi mujer en la misma mañana de nuestro regreso, viajando en el Metro, fué el contraste llamativo entre el aspecto ensimismado, introvertido, de las gentes de este pretendido “mundo libre” y el sereno continente de aquellos hombres y mujeres que habían quedado detrás de la presunta “cortina de hierro”.

LLEGADA A MOSCU

LLEGAMOS al aeródromo de Moscú en un apacible atardecer de septiembre.

Volamos desde Praga, con escalas en Lvov y en Kiev, sólo tres pasajeros: una joven artista soviética y nosotros.

En Lvov pisamos tierra rusa y allí hicimos la Aduana: declaración de dinero, joyas, libros, etc.

En Kiev el avión se completó y tomamos contacto con gentes soviéticas, alegres y bulliciosas sin exceso unas, tranquilas y apacibles otras.

En el aeródromo de Moscú nos esperaba una delegación de V.O.K.S. —habíamos hecho telegrama desde Praga anunciando nuestro arribo—, uno de cuyos integrantes hablaba un castellano perfecto. Era un joven universitario soviético que nos serviría de intérprete durante nuestra estada. Quiero que su nombre acompañe este relato: Volodya Kusmitchev. A su incansable buena voluntad, a su diligencia, a su inteligencia viva, a su español castizo, aprendido en Moscú, debemos mi mujer y yo muchas de las satisfacciones que nuestra estada en U.R.S.S. nos deparó.

Entregaron un magnífico ramo de flores a mi mujer —claveles, gladiolos, rosas rojas— y nos saludaron con una cordialidad de viejos amigos que es para nosotros inolvidable.

Nos acompañaron a uno de los varios salones confortables del aeródromo, mientras se cargaban nuestras maletas en los autos.

El aeropuerto central de Vnukovo está a unos 30 kilómetros de Moscú. Allí afluyen y de allí parten los aviones que van a las regiones más distantes del país y a las Democracias Populares o China. Construcción moderna, con todas las comodidades para un edificio de esa naturaleza. El número de aviones que vimos en las pistas era enorme. Cada pocos minutos aterrizaban o levantaban vuelo aviones de tamaño diverso, camino de su ruta habitual.

Poco rato después ocupamos los autos que debían llevarnos a la ciudad.

Una carretera de unos 30 kilómetros, asfáltica y ancha, une el aeropuerto a la ciudad. En el trayecto contemplamos el panorama, en el que todavía no había indicios del otoño. Los prados estaban verdes. El clásico abedul de tronco blanco no había comenzado aún a dorar sus hojas.

Casi sin transición pasamos del campo a la ciudad. Entramos por un magnífico puente de acero sobre el río Moscova, el puente de Crimea.

Según nos informaron nuestros acompañantes, esa era la ruta de invasión de los tártaros.

Por la Avenida Gorki —arbolada, ancha, con una edificación de seis y más pisos— llegamos al Hotel Nacional, donde nos alojaron.

El espectáculo que se ofreció a nosotros al término de la Avenida Gorki es imborrable.

Un gran espacio abierto, la Plaza de Manej y más allá la histórica Plaza Roja, la mole maciza del Kremlin, el Mausoleo de Lenin, la Catedral de San Basilio, verdadera joya arquitectónica; el Museo Histórico y el Museo de Lenin, en ladrillos rojos; el Gran Hotel Moscú y el edificio monumental de los ministerios, forman un conjunto imponente y severo que difícilmente se encontrará reunido en parte alguna.

Desde los ventanales del Hotel dominábamos ese panorama y por las noches las estrellas de bronce de cinco puntas que rematan las torres del Kremlin semejan, iluminadas, rubíes gigantescos suspendidos en el espacio.

Instalados confortablemente en el Hotel Nacional —apartamento 215: (hall pequeño, gran escritorio, dormitorio, baño), con frente al Kremlin y a la Avenida Gorki—, uno de nuestros acompañantes, en nombre de V.O.K.S. nos dió la bienvenida y nos auguró feliz estada en tierra soviética.

Agradecí el honor que implicaba para nosotros ser huéspedes de la Unión Soviética y formulé votos por el progreso ininterrumpido de la construcción socialista, ejemplo para el resto del mundo sumido en la crisis y en la miseria.

Nos dejaron solos por un par de horas. Luego nos reunimos todos en el gran comedor del hotel. Fué nuestro primer encuentro con la vodka y el *caviar*. Ellos apuraban de un trago el líquido incoloro y quemante, con gran asombro nuestro. Sonreían ante nuestro embarazo frente al pequeño vaso con vodka.

EL MAUSOLEO Y EL MUSEO DE LENIN

Al día siguiente, domingo, tuvimos nuestro primer contacto con las gentes de Moscú en la calle.

Mientras almorzábamos, contemplamos desde los ventanales del comedor el mismo conjunto que en el atardecer anterior nos había impresionado.

Pero ahora, además, una columna de hombres, mujeres y niños, de varias cuadas, se formaba frente al Kremlin e invadía sus jardines. Era la columna que se preparaba para visitar la tumba de Lenin, lo que ocurre dos y tres veces por semana.

El intérprete —Volodya Kusmitchev, que almorzaba con nosotros— nos dijo que la visita al Mausoleo sería nuestro primer contacto con la vida soviética.

Nos incorporaron casi al frente de la columna y marchamos al Mausoleo.

Es una construcción severa, rectangular, en granito negro y rojo, recostado a los muros del Kremlin, sobre una calle reservada sólo a los peatones y con jardines a ambos lados.

Hacen guardia a la entrada dos soldados soviéticos.

La escalinata de granito negro, tapizada de rojo, es recorrida lentamente por la columna visitante, y cuando se llega a la cripta en que está el sarcófago de cristal, la emoción y el recogimiento ahondan el silencio.

Las gentes se desplazan más lentamente todavía, como si quisieran prolongar la contemplación de la figura del gran conductor.

El sarcófago recibe su luz difusa desde arriba y Lenin

está como dormido, vestido de negro. La cabeza cubierta por su gorra, la mano derecha cerrada y apoyada sobre el muslo, la izquierda, con el pulgar bajo la palma, apoyada también sobre el muslo y una bandera roja cubre sus pies, bandera que tiene una gran significación histórica. Es una de las banderas de la Comuna de París, puesta allí como homenaje al genio realizador de la primera revolución proletaria triunfante en el mundo.

La columna abandona el Mauseo y pasa a los jardines laterales, donde hay inhumados en la tierra muchos combatientes de la Revolución: Kalinin, Dcherzinski, Frunce, Zdanov, John Reed, el periodista norteamericano que escribió ese pequeño y emocionante libro: "Cómo tomaron el poder los bolcheviques. Diez días que conmovieron al mundo", y que murió de tifus en Moscú.

En los muros del Kremlin está empotrada la urna con las cenizas de Máximo Gorki, el genio literario de la Revolución, recio luchador por la liberación del hombre.

Lentamente se disgrega la columna al salir de los jardines.

Nosotros fuimos al Museo de Lenin, ubicado a corta distancia del Mausoleo, en un edificio de dos plantas, frente a la Plaza Roja.

En él está documentada la vida de Lenin desde la niñez hasta su muerte, documentación que es, a la vez, la historia viva del Partido Bolchevique y del proceso hasta llegar a la Revolución de Octubre.

Interrumpimos la visita luego de dos horas de recorrido. En una segunda, hecha varios días después, completamos el conocimiento de las numerosas secciones del Museo.

Hay en él una sala de proyecciones cinematográficas, donde se pasan documentales de la vida de Lenin durante la Revolución y después de la toma del poder.

Nos impresionó, sobre todo, el entierro de un dirigente bolchevique en el crudo invierno del 18.

Sé ve la enorme muchedumbre y a los dirigentes bajo una nevada llegando al cementerio.

En ese momento se oye la voz de Lenin que saluda al camarada muerto en la lucha por la liberación del pueblo.

Es un disco grabado con el discurso que Lenin pronunció haciendo el elogio del caído.

La emoción de la gente al escuchar aquella voz es visible, y nosotros sentimos, también, palpar nuestro corazón oyendo aquella voz y viendo gesticular aquella figura, que inaugura y llena todo un período de la historia del mundo: el ciclo de la construcción socialista, el ciclo de la verdadera liberación humana,

V.O.K.S. CON SU PRESIDENTE, PROFESOR DENISOV

Llegados a Moscú en el atardecer de un sábado, recién el lunes por la tarde fuimos recibidos en V.O.K.S., el organismo para las Relaciones Culturales con el Exterios que nos había invitado a visitar la Unión Soviética.

A las 14 de ese día lunes nos recibió el profesor Denisov, presidente de V.O.K.S.

Acogida cordial, exenta de todo protocolo. Luego de darnos la bienvenida, el profesor Denisov me dijo que expresara o dijera lo que nos interesaba ver; que todo estaba a disposición nuestra para compenetrarnos de la vida soviética.

Agradecí el honor que significaba para nosotros la visita a la U.R.S.S. y enuncié, brevemente, lo fundamental que deseábamos conocer: el trabajo, la escuela, el proceso cultural, la defensa de la salud, etc., etc.

El profesor Denisov, luego de escuchar, añadió: Siempre hubo en Moscú o en Leningrado elementos culturales. Desearía que ustedes visitaran los territorios lejanos, que en el momento de la Revolución padecían una situación de atraso y esclavitud impuesta por el zarismo.

Tendrán así oportunidad de ver qué ha hecho el poder soviético por la emancipación y superación de las nacionalidades que integran la U.R.S.S.

Ello les hará comprender por qué es indestructible la unidad de este Estado multinacional, fundido en un solo anhelo de igualdad.

Ello les hará comprender, también, por qué no podía.

mos perder la gran guerra patria contra el invasor nazi.

Así quedó concertado nuestro viaje a Georgia, por una semana, viaje que no pudo realizarse por enfermedad de mi señora.

En síntesis, el plan fué el siguiente:

- Visitas de fábricas, guarderías y hospitales de fábricas.
- Visitas de bibliotecas, museos, escuelas, palacios de pioneros y clubs culturales.
- Visita a la Facultad de Medicina en Moscú y hospitales.
- Visitas a almacenes, subterráneos.
- Teatros, salas de conciertos.
- Visita a Leningrado.
- Los problemas exclusivamente médicos serían considerados en una reunión especial con la sección médica de V.O.K.S.; pero después se resolvió lo fueran en la Academia de Medicina.
- Traducción de tres capítulos de mi libro "Materialismo Dialéctico", para ser discutido con la gente del Instituto de Filosofía.

El profesor Denisov se interesó por el estado cultural de la Argentina y yo hice un informe al respecto.

MOSCU Y LENINGRADO A VUELO DE PAJARO

Moscú es una ciudad magnífica, en que ya no quedan casi rastros del viejo Moscú zarista, con sus barriadas miserables y sucias.

En el momento de nuestra visita —septiembre y octubre del 50— su población era de 7½ millones.

Calles y avenidas extraordinariamente limpias y anchas.

La gran Avenida Gorki tiene de cordón a cordón 55 metros de ancho y las veredas 4 metros.

Con mi señora habíamos vivido varios meses en Berlín en la primavera del año 30. Los canales bordeados de castaños en flor, la pulcritud de sus calles y sus paseos, hacían de ella una ciudad encantadora. Después de recorrer Moscú tuvimos la certeza de que era más limpio que aquel Berlín, anterior al nazismo, que tanto nos había cautivado.

El Moscú actual es el resultado de un gran trabajo reconstructivo planificado.

Sin la guerra —que suspendió el plan de reconstrucción—, Moscú sería en el momento de nuestra visita la ciudad ejemplar del mundo y lo será dentro de pocos años.

La iluminación de la ciudad es profusa. Buenos Aires y París son oscuras comparadas con Moscú.

En aquella ciudad populosa —en que dos veces al día equipos especiales lavan calles y veredas— la gente viaja con una comodidad difícil de igualar o superar.

No hay colas para viajar. Por excepción hemos visto a alguien parado dentro de un trolebús o un ómnibus.

En el centro, todo el tránsito está servido por trolebús y ómnibus de higiene impecable. Hicimos durante varios días y a distintas horas —desde los ventanales del hotel— un censo de vehículos, reloj en mano. Por minuto pasaban hasta tres trolebús. Ello explica por qué no hay colas y por qué la gente viaja cómodamente.

Los tranvías, en convoyes de dos, sirven la periferia de la ciudad. Metálicos, relucientes, limpios, nos hacían pensar, no sin tristeza, en los destartados y sucios tranvías de nuestro Buenos Aires, donde las gentes viajan como ganado en pie. No hemos visto tracción a sangre sino en las afueras. El tránsito se completa con el subterráneo de Moscú.

Magnífica y estupenda construcción, continuada aún durante la guerra, asombra a cuantos la visitan.

En la época de nuestra estada su extensión era de 17 kilómetros con 35 estaciones.

Tres líneas radiales y una circular que las une permiten el desplazamiento a cualquier punto de la ciudad.

Cada estación se caracteriza por una estructura arquitectónica, una decoración y un tipo de iluminación distintos.

La riqueza en mármoles, pinturas murales, estatuas y relieves es extraordinaria.

La higiene y la ventilación, perfectas.

No se ve ni un papel ni un salivazo en el suelo.

En aquel país donde dicen impera una férrea dictadura, no hemos visto un solo letrero —salvo en la sala de descanso del Soviet Supremo— que indujera a preguntar al camarada intérprete acerca de su contenido.

En el subterráneo, como en los otros vehículos a nivel, no hay ninguna leyenda que diga: Prohibido fumar, prohibido escupir.

En el subterráneo nadie ha encendido un cigarrillo. Se resolvió que no era conveniente fumar y el pueblo de Moscú, con una disciplina consciente y espontánea, así lo hace. Y eso que los moscovitas son tremendos fumadores.

Cada tres minutos, y en las horas de mayor afluencia de público cada 1½, pasa un convoy, cuyo primer coche lleva un compartimiento especial para niños y viejos.

En cada estación dos relojes, uno que señala la hora y otro el tiempo que falta para la llegada del próximo convoy, libran a los viajeros de toda precipitación.

De todas las estaciones, realmente admirables, la que más nos cautivó fué la de Kursk, terminada bajo la guerra, a 70 metros del nivel de la calle.

Tiene cuatro escaleras rodantes, la una al lado de la otra. Dos suben y dos bajan simultáneamente. Están separadas por un tramo de madera labrada de unos 50 o 60 centímetros de ancho, en el que se implantan, de trecho en trecho, candelabros verticales de cristal que iluminan con luz de día.

Es un espectáculo feérico contemplar desde el pie de las escaleras, en una perspectiva de 70 metros, aquella masa humana que se desplaza bajo la viva luz de los candelabros de cristal.

Sólo el trabajo socialista ha podido realizar esa obra magnífica que enorgullece al pueblo de Moscú.

Otra vía de comunicación muy importante es el Moscova —vuelto navegable después de la construcción del canal Volga-Moscú, que ha transformado la capital soviética de ciudad mediterránea en puerto.

Cuando el canal Volga-Don esté terminado¹, Moscú

¹ En el momento de publicar estas notas, ya ha sido librado al servicio el canal Volga-Don, una de las grandes obras del comunismo.

será puerto de cinco mares: el Báltico, el Blanco, el Caspio, el Negro y el de Azov.

El canal Volga-Moscú, que unió las aguas del Volga y del Moscova, resolvió para la capital de la U.R.S.S. el problema del agua.

Es una de las ciudades que puede proveer de agua a sus habitantes en más abundancia.

Múltiples estaciones hidrotécnicas a lo largo del canal funcionan de manera admirable. Ellas permiten llevar, desde el Volga al Moscova, millones de millones de metros cúbicos de agua.

Con la construcción del canal que unió el curso superior del Volga al Moscova, éste se hizo navegable.

A la capital soviética llega ahora por el Moscova, antes inútil, y desde las regiones más distantes del país, los productos más diversos y desde ella se envían a esas mismas regiones remotas lo que en Moscú se fabrica.

El Moscova tiene un tráfico intenso de pasajeros y de cargas.

En nuestro recorrido pasaron frente a nosotros innumerables motonaves atestadas de gente y otras exclusivamente dedicadas al transporte de carga.

Hermosas estaciones portuarias, confortables, están ubicadas en la margen del canal.

La estación marítima de Jimki, espléndida como edificio, está rodeada por un magnífico parque de 50 hectáreas.

De esta estación parten, en verano, excursiones y miles de personas hacen sus vacaciones a bordo de una de las líneas fluviales más extensas de Europa: Moscú-Astrakán-Moscú. ¡6.284 kilómetros!

Sólo el trabajo socialista ha podido planear y realizar esta estupenda transformación de la naturaleza.

Si nos interesaba la ciudad desde el punto de vista de

su estructura arquitectónica, paseos y avenidas, más nos interesaba el aspecto de las gentes.

La indumentaria de mujeres y hombres, muy buena. Tienen buena lana y hacen excelentes paños. El vestido de los niños más cuidado todavía que el de los mayores.

No hay, es cierto, la variedad de estilos en la indumentaria femenina, desde el sombrero, el vestido y el calzado hasta las carteras, que puede observarse en las grandes ciudades del mundo capitalista.

Porque la moda no es creada por el público. Responde al mismo estímulo que es la palanca y la razón de ser de la producción capitalista: la plusvalía, la ganancia, el provecho.

Es sabido, sin embargo, que sólo ciertos sectores de la sociedad de clases son los que utilizan lo que se llama creaciones o modelos.

En una sociedad socialista la variedad profusa de modelos no tiene sentido. No hay vanidad que cultivar; no hay público a quién expoliar.

En lo que hemos podido observar en Moscú y Leningrado, existe una variedad suficiente de tipos como para que la uniformidad exterior —tipo colectividades uniformadas: escuela, ejército, etc.— no exista.

La curiosidad femenina llevó a mi señora a hacer una pequeña estadística de modelos femeninos. Pudo establecer así varios tipos de sombreros, vestidos, tapados, etc. Pudo, además, comprobar la excelente calidad de las telas.

No hemos visto ni un andrajoso ni un pordiosero.

Pese a la destrucción de la guerra, que fué terrible, la recuperación es completa y la industria liviana provee con creces de lo que es necesario para una vida confortable.

La abundancia de géneros, en sentido lato —desde el vestido y el calzado hasta los alimentos— es extraordinaria.

No existe racionamiento alguno.

La leche, la manteca, el pan, la carne, todo lo que se consume, es de primera calidad y sometido a una severa vigilancia higiénica en su elaboración y en su distribución.

En contraste con los países del mundo capitalista, en que la inflación es catastróficamente progresiva, en la U.R.S.S., desde la terminación de la guerra y hasta el momento en que tomamos estas notas (septiembre del 50), los precios han disminuído ya cuatro veces, en un porcentaje que va del ¡10 al 30 y más por ciento!

En nuestra visita a uno de los grandes almacenes centrales, adyacentes al Gran Teatro, pudimos verificar la abundancia y la calidad de los diversos artículos.

Es un edificio enorme, de cinco plantas, con grandes ventanales. Ocupa toda una manzana. Su interior no se parece a ninguno de nuestros grandes comercios: Harrods o Gath & Chaves, por ejemplo.

En vitrinas están expuestos un ejemplar de cada cosa: trajes, zapatos, sombreros, artículos de menaje, géneros, etc. Mi señora pudo apreciar la calidad de las telas y los modelos de vestidos, sombreros y pieles.

La vitrina de los cubiertos testimonia la perfección que han alcanzado en la fabricación de artículos de plata, labrados y lisos, de una elegancia y solidez impecables.

La sección relojes ofrece una variedad y una perfección envidiables.

Las cajas de laca, hechas por artesanos del norte, con motivos rusos regionales y otros fabulosos, son de extraordinaria belleza.

Había un enorme gentío, miles de personas haciendo sus compras. Mi señora acotaba: parece un día de liquidación en Harrods, cuando hasta ponen vigilantes en las puertas...

Allí, no obstante, todo era tranquilo; nadie gritaba, nadie arrebatava, nadie molestaba a nadie.

Pudimos, en visitas sucesivas a joyerías y casas de artículos de arte apreciar el gusto, la calidad y la belleza de las joyas; en las peleterías, la abundancia, variedad y calidad de las pieles, y en las casas de música las grabaciones de la maravillosa música folklórica rusa.

En algunos momentos que nos quedaban libres, mi mujer y yo hacíamos paseos a pie.

Los escaparates de los comercios nos detenían largo rato: librerías, peleterías, joyerías, provisiones, etc. Todo ordenado y reluciente.

Los fiambres no se exponen en natura. Reproducciones perfectas en cera reemplazan, en la vidrieras, al producto natural.

Mi mujer tenía encanto por las panaderías. La variedad de pan blanco, negro y de centeno, la profusión de pastelería eran extraordinarias.

La plaza Sverdlov, o plaza de los Teatros, a pocas cuadras del Hotel Nacional, era el paseo predilecto de mi mujer cuando alguna vez quedaba sola.

Hay en ella artísticas fuentes y hermosos jardines que forman un conjunto apacible y atrayente.



Leningrado es una ciudad cuya estructura difiere de la de Moscú. Ciudad hermosa, acogedora; cruzada por ese legendario río Neva, cuyas aguas caudalosas semejan al mar.

Sufrió un tremendo castigo durante los 900 días en que permaneció sitiada por los nazis. La destrucción fué terrible.

Manzanas enteras reducidas a escombros humeantes. Calles convertidas en cementerios, en que las fosas eran el hueco dejado por el estallido de las bombas. Prácticamente sin transporte, muchas veces a oscuras y sin agua

corriente y sin calefacción bajo el crudo invierno...

En el momento en que nosotros la visitábamos está libre de todo vestigio de destrucción.

Se veían, todavía, algunos andamios, pero el aspecto de la ciudad no denunciaba ni la destrucción ni el sufrimiento indescriptible de sus habitantes, que pasaron muchos días con 125 gramos de pan como único alimento!

Pese a ello cavaron trincheras, forjaron armas, pelearon y vencieron.

Ciudad heroica, como Stalingrado.

Ella muestra al visitante de lo que es capaz el hombre nuevo entregado al trabajo creador.

En el instante mismo en que nosotros pisábamos aquella tierra de heroísmo, se inauguraba la primera estación del subterráneo de Leningrado, que rivalizará con el de Moscú en riqueza arquitectónica y ornamental.

Dedicamos nuestra primera tarde al conocimiento de la ciudad y su estructura.

Recorrimos la hermosa perspectiva Nevsky, que termina en el Neva, el gran río de Leningrado cruzado por hermosos puentes; desde allí se domina la Torre de los Marineros —sobre el otro lado del Neva— rematada en forma de obelisco en bronce dorado y cerca de ella la tétrica fortaleza de Pedro y Pablo, construída en 1713, y que fué, hasta la Revolución, el sitio de tortura de los presos políticos; más lejos y hacia la derecha, el gran edificio de la Universidad.

En las aguas del Neva está anclado el crucero *Aurora*, convertido en monumento nacional.

La tripulación del *Aurora* se sublevó en la base naval de Kronstad, avanzó sobre Petrogrado y disparó los primeros cañonazos sobre el Palacio de Invierno de los Zares, al estallar la Revolución de Octubre.

Sobre la margen izquierda del Neva, en un gran es-

pacio abierto, está emplazada la estatua ecuestre de Pedro el Grande, Petrus Primus.

Hermoso monumento en bronce oscuro, implantado en un gran bloque de granito rústico e informe. A un costado de la plaza se alza el gran edificio del Senado, con frente de muchas columnas y detrás del monumento un pequeño parque lindante con la gran Catedral de San Isaac, la tercera del mundo, después de San Pedro de Roma y San Pablo, de Londres.

Contemplamos muchas veces la hermosa catedral desde los ventanales del Hotel Astoria, en que nos hospedábamos.

Nos separaba de ella sólo un jardín muy cuidado, donde a todas horas jugaban niños.

Su frente ostenta numerosas columnas de granito rojo oscuro. Una gran cúpula central y cuatro más pequeñas, una en cada extremo, recubiertas de oro puro, refulgen al sol bajo el terso cielo azul.

Trescientos veinte kilogramos de oro se utilizaron para recubirla.

En el centro de la Plaza de los Castillos —frente al Palacio de Invierno, residencia de los zares convertido hoy en Museo y anexado al célebre museo de L'Ermitage— se levanta la gran columna erigida en honor de Alejandro I, conmemorando la derrota de Napoleón en 1812.

Terminamos en el Instituto Smolny, hoy asiento del Soviet de Leningrado, internado de señoritas aristócratas antes de la Revolución.

Es una construcción monumental, rodeada por un hermoso parque. Desde allí dirigió Lenin la sublevación del pueblo y la toma del poder por los soviets de obreros y soldados ya constituídos.

En esa tarde y en los días siguientes completamos el

conocimiento de la ciudad, cruzada, además del Neva, por otros canales y ríos más pequeños.

El mismo aspecto de limpieza, la misma buena indumentaria en la gente, igual abundancia de alimentos y enseres que en Moscú.

La visita al Instituto de Pediatría de Leningrado se relata más adelante.

Fué para mí decepcionante no poder visitar el Instituto Pavlov, cerca de Leningrado, donde el genial fisiólogo ruso realizó su original y fecunda labor sobre los reflejos condicionados, fundamento de su doctrina acerca de la actividad nerviosa superior.

En ese momento, luego de la discusión habida en junio, estaba clausurado.

Nuestra visita al Club Cultural, al Palacio de Pioneros, al Museo de L'Ermitage, al Museo de Pushkin y al Parque de Pedro I se relatan después.

EL TRABAJO EN LA U.R.S.S.

El trabajo es una obligación y un honor en la Unión Soviética.

Hay héroes del trabajo socialista y el mundo no ha percibido todavía el profundo significado de esa calificación. ¡Héroe del trabajo socialista! Del trabajo manual, del trabajo intelectual y artístico.

El que no trabaja, pudiendo hacerlo, defrauda a su colectividad.

Relataré brevemente una visita a una fábrica, un frigorífico y un sovjoz.

Como todas las plantas de producción están estructuradas según el mismo tipo, ello nos da una idea de cómo se trabaja en la U.R.S.S.

Visitamos la fábrica de chocolates Octubre Rojo, la más grande de las varias que existen en Moscú.

Trabajan en ella 3.700 obreros, en su mayoría mujeres.

Produce anualmente 40.000 toneladas. Diariamente elaboran 18 toneladas de leche para incorporarla a los distintos productos que allí se fabrican.

La mecanización de la producción es prácticamente total. Noventa y ocho por ciento de los tiempos de producción los hace la máquina.

Nos recibió el director de la fábrica y luego de darnos algunos informes sobre las condiciones del trabajo, pasamos a visitarla, no sin antes habernos colocado túnicas y gorros blancos, como si fuéramos a recorrer una sala de hospital.

Más de dos horas duró nuestra visita.

Todas las secciones exhibían una higiene perfecta. Presenciamos el proceso de fabricación desde el momento en que entraba a la máquina el grano de cacao para decortcarlo, la extracción de la manteca de cacao, la transformación del polvo de cacao en pasta y las barras de chocolate automáticamente cortadas y empaquetadas.

Observamos la fabricación mecánica de los distintos tipos de bombones, caramelos, chocolatinos, etc.

En cada sección gustamos el producto, cuya calidad era excelente.

De vuelta a la dirección de la fábrica, encontramos una exposición improvisada de los 390 productos que allí se elaboran.

Nos sirvieron ese delicioso té que se toma en la Unión Soviética y nos presentaron una joven doctora, directora del hospital de la fábrica, con quien lo visitamos.

En la Unión Soviética cada planta de producción tiene su equipo sanitario, cuya importancia varía con la importancia y magnitud de la planta productiva.

Esto es lo que caracteriza, precisamente, al trabajo en la U.R.S.S.

Junto a la empresa de producción están los elementos que aseguran la salud y la cultura del productor soviético: el hospital de fábrica, el club de fábrica, la guardería y el jardín de infantes.

Esto no existe en ninguna parte del mundo como estructura fundamental. Sólo comienza a realizarse en las nuevas democracias y en la República Popular China, en marcha hacia la construcción socialista.

Cruzamos la calle y entramos al hospital de la fábrica Octubre Rojo.

No está destinado a hospitalizar enfermos. Por eso tiene sólo un reducido número de camas para los casos de urgencia.

Pero está equipado con todo lo necesario para atender

la salud de los 3.700 obreros y obreras. Tiene su buen aparato de rayos X; dos consultorios ginecológicos, lo que se explica porque la mayoría del personal es femenino; dos consultorios odontológicos, uno para extracciones y curaciones, otro para prótesis, de manera que todo el personal tiene su dentadura en orden; una sala para fisioterapia: onda corta, infrarrojos, ultravioletas, darsonvalización; y una pequeña sala de operaciones.

El personal de la fábrica tiene su ficha clínica que se renueva cada tres meses, con radiografías y análisis.

Todo esto es absolutamente gratuito.

La directora del hospital, al término de la visita, me preguntó si en nuestro país había algo semejante. Mi respuesta negativa no le asombró.

Ella sabía bien que eso sólo podía ser el resultado de una profunda modificación estructural de la sociedad.

Del hospital pasamos a la guardería, que está más distante.

Es un edificio de dos plantas, con su jardín y su parque.

En una gran sala con 160 camas cromadas —con las sábanas nías y los acolchados de colores vivos—, un gran número de niños pequeños hacían su siesta.

Ante los niños dormidos le dije a mi señora: Tú recuerdas lo que dicen más allá de la presunta "cortina de hierro", que aquí muestran lo que quieren y de antemano lo preparan. Hoy nos han obsequiado con una siesta de niños.

Mi mujer y el intérprete rieron y la directora quiso saber a qué obedecía la risa. Cuando el intérprete la enteró, manifestó su desprecio a la calumnia y su deseo de que se difundiera la verdad sobre la vida soviética.

Junto a cada cama había una salida de baño. Los niños de más de dos años ya saben higienizarse solos, bajo la vigilancia de las cuidadoras.

Las palanganas con agua caliente y fría, así como las llaves de las duchas, están colocadas a diversas alturas para que, según su estatura, el niño pueda alcanzarlas.

Los niños mayores jugaban en el parque. Trajeron algunos el gran salón de fiestas. Una maestra se sentó al piano y ejecutó danzas y canciones que los niños bailaron y entonaron con maestría.

Tiene su comedor con mesas y sillas adecuadas a la edad de los niños; así como su espléndida sala de juegos.

Las madres dejan los niños por la mañana, al ir a su trabajo, y los recogen luego de terminada su labor.

En esta fábrica, como en todas, la madre embarazada cesa en su tarea dos meses antes del parto, y sólo vuelve a retomarla dos meses después del nacimiento del hijo. Durante esos cuatro meses percibe su salario íntegro. En los primeros nueve meses trabaja sólo seis horas y cada tres interrumpe su labor para amamantar a su niño.

Los niños siguen en el jardín de infantes hasta los 7 años, en que comienza la edad escolar.

Esta fábrica tiene su campo de verano donde llevan los niños, en las afueras de Moscú. El Estado contribuye con 500 rublos mensuales al sostenimiento de cada niño y los padres con 30.



El conocimiento del cuidado de los niños lo completamos en una visita al Hogar-Escuela para Huérfanos, cuyos padres murieron en la guerra.

Visitamos la número 27, situada casi en las afueras de Moscú, en medio de un pequeño bosque.

Es un edificio de dos plantas, con calefacción central y amplios ventanales.

Este hogar escuela fué fundado en 1918, en plena revolución y guerra civil, para huérfanos.

Durante la invasión nazi fué destinado luego, exclusivamente, para niños cuyos padres murieron en la guerra.

Alberga 150 niños agrupados por edades y de ambos sexos.

Quedan aquí hasta los 7 años.

Hay un médico permanente y dos enfermeras. Un consultorio con aparato de infrarrojos, ultravioletas, etc., y un consultorio dental.

Dormitorios amplios, claros, con camas cromadas de ejemplar pulcritud.

Comedores con sus mesas bajitas y sus sillas adecuadas. Las mesas cubiertas con sus manteles limpios, en colores; mesas para ocho niños. Baños y un ropero pequeño para cada internado.

Salón de fiestas, con su gran piano de cola; sillitas con decorados, adecuados para cada niño.

Aquí aprenden canto, danzas y hacen gimnasia en invierno.

Sala de juegos, con muñecas, autos, aeroplanos, camiones, mecanos de madera.

Trabajan en papier maché, barro, y hacen juguetes, animales, cuadros, etc.

Cada casa para albergue y cuidado de niños huérfanos tiene el patrocinio de una fábrica o empresa.

Esta que visitamos tiene el padrinazgo de una gran fábrica de aviones. Los técnicos y obreros de esa fábrica se encargan de la reparación gratuita de todo lo necesario al edificio y enseres.

Festean colectivamente los cumpleaños de los niños cada mes.

Cada niño tiene el padrinazgo de un niño mayor, hijos de obreros que protegen esta casa hogar. Les traen regalos y los visitan periódicamente.

La casa tiene un parque hermoso. Allí juegan los niños y pasan sus horas de descanso, vigilados por cuidadoras.

Hay trece profesoras.

En verano los llevan a una casa de reposo, a 26 kilómetros de Moscú.

Los niños que llegan a edad escolar, 7 años, pasan a otra casa donde viven y hacen sus estudios.

Desde que la casa fué fundada han pasado miles de niños que hoy son hombres útiles a la sociedad: los hay médicos, ingenieros, músicos, técnicos, escritores, poetas, etcétera.

Nos acompañaba en nuestra recorrida la directora, mujer inteligente, cuyo rostro sereno trasuntaba una gran bondad.

Los niños, en ese momento, estaban en el bosque cercano.

Trajeron un grupo: serían unos quince. Nos saludaron alegremente. En el salón de fiestas recitaron, bailaron y entonaron a coro suaves canciones populares rusas. Luego fuimos con ellos a la sala de juego. Cada uno tomó su juguete predilecto. Varias fotografías fueron tomadas en medio de la alegría de los pequeños.

Al despedirnos, un niño agradeció nuestra visita y entregó a mi señora un hermoso ramo de flores del jardín de la casa hogar.

Emocionados, dejamos aquel sitio en que el niño huérfano recibe todo el cuidado y el afecto que su pequeñez inerme requiere.



Después de ver la guardería de la fábrica Octubre Rojo y el Hogar Escuela para Huérfanos de la Guerra, he meditado mucho acerca de su importancia y su función social.

No se ha insistido bastante en el valor de la guardería como medio de asegurar la salud moral y psíquica del niño que crece.

Cuando he visto que el problema de los niños difíciles o anormales prácticamente no existe en la Unión Soviética, me he preguntado si no es ése uno de los méritos esenciales de la guardería.

He comparado lo que ocurre entre nosotros con la madre que trabaja en la fábrica y deja a los niños al cuidado de uno de ellos, mayorcito, o a la buena voluntad de la vecina.

O la madre que es sólo ama de casa y debe salir para aprovisionarse, regresar y cocinar, lavar, higienizar los chicos y la casa.

Los peligros de los niños abandonados a sí mismos no escapan a nadie.

La madre regresa y debe optar entre mandarlos a la vereda, con los riesgos físicos y psíquicos que comporta por su contacto repetido con niños o jóvenes mayores, o bien confinarlos en un rincón, ejerciendo sobre ellos una coacción permanente: no hagan esto, no toquen aquello, dejen a su hermanito; todo esto acompañado, a veces, de alguna palmada.

Es un ambiente de represión, de coacción repetida, que influencia la psiquis del niño, frena su iniciativa, despierta la simulación, con la cual el niño cree escapar a la reprimenda, cuyos motivos ni se le explican ni alcanza a comprender.

El mismo tratará de huir de la casa, ganar la calle, creyendo así librarse del rezongo de la madre, cuando no de los golpes.

En la calle, sin control, comienza el aprendizaje y hace sus primeras experiencias, que tendrán influjo decisivo en su vida futura.

Totalmente distinto es el ambiente de la guardería soviética.

Nada revela allí la frialdad del cuidado mercenario.

Se ha creado una conciencia solidaria colectiva, que cada uno pone en actividad frente al pequeño.

Es el hijo de sus padres. Es, a la vez, el hijo y el hermano de todos.

Ambiente de cálida afección, de serenidad, de tutela inteligente, que deja al niño iniciativa, pero a la vez controla sin asperezas la desviación o la inconveniencia.

Los hábitos de convivencia solidaria se crean y se estimulan constantemente.

La asistencia recíproca, el apoyo mutuo, son normas fundamentales en el ambiente de la guardería.

El niño crece en un medio sano, limpio, optimista, solidario, y su vida es condicionada por estímulos sublimados.

La vida de las guarderías es la más vasta experiencia incontrovertible que haya podido realizarse para demostrar la influencia decisiva del ambiente social sobre el desarrollo y la formación de la persona humana.



El gran frigorífico de Moscú, Combinado A. Micoian, está en las afueras de la ciudad.

El director del frigorífico, Iván Kanikin, que nos acompañó en la visita, nos explicó el funcionamiento y las particularidades del trabajo. Fué construído durante el primer plan quinquenal y comenzó a funcionar en 1933.

Todo lo que se conocía en la materia en la época de su construcción fué adoptado. Tiene su fábrica de máquinas y de envases. Los trenes con el ganado llegan al centro mismo del frigorífico.

Trabajan allí 12.000 obreros y el 60 % del personal es femenino.

Diariamente se faenan 12.500 animales, entre vacunos, ovinos y porcinos. El rendimiento en carne es de 1.500.000 kilogramos. En Moscú se consumen, por día, enviados por este frigorífico, más de 1.000.000 de kilogramos, sin contar el pescado; recibe, además, carne de otros frigoríficos que están fuera de Moscú y de los koljoses que envían su producción al mercado.

Es una planta condecorada con la Orden de Lenin por su eficiencia productiva, y hay, entre su personal, centenares de héroes del trabajo socialista.

Sacrifican eléctricamente a los animales: descarga sobre el bulbo y luego estilete eléctrico en el corazón. La mecanización y la higiene son extraordinarias.

Hay allí una máquina, según me expresó el director, única en el mundo, inventada por ingenieros soviéticos, que permite sacar el cuero del animal ¡sin la más mínima lesión, en un minuto! Admira verla funcionar.

En los frigoríficos de nuestro país ésta es una de las tareas que demanda mayor pericia en el obrero. Hay verdaderos artífices del cuereo. Pero siempre un porcentaje de cueros sufre algún deterioro y el trabajador está también expuesto a lesionarse. Con la máquina soviética a que he hecho referencia, no ocurre nada de esto.

Los obreros que trabajan en ciertas secciones son sometidos, previamente, a una higienización completa de las manos antes de iniciar su labor.

El frigorífico tiene su laboratorio para preparar productos opoterápicos; de los cuales se fabrican 50 y además hormonas.

Allí se elabora insulina, adrenalina, testosterona, foliulina, etc., etc.

Presencí la selección y clasificación de las glándulas

de secreción interna hecha por un grupo de jóvenes obreras con gran maestría.

Cuarenta médicos veterinarios trabajan en el frigorífico. Realizan una doble inspección: la del animal vivo y luego, una vez sacrificado, órgano por órgano.

El director nos decía: Teóricamente, de cada animal se pueden obtener 420 diferentes productos. En nuestra fábrica se obtienen. Vale decir, el rendimiento es máximo.

Un cuerpo permanente de ingenieros y técnicos controla el funcionamiento de las diversas secciones.

Un grupo de médicos higienistas vigila las condiciones en que el trabajo se realiza. Estos médicos higienistas son los encargados de indicar las modificaciones que subsanen cualquier inconveniente de tipo higiénico que aparezca durante el proceso de la producción.

Esta planta productiva tiene los servicios sociales que hay aquí en toda empresa. Su policlínico con internación y todas las especialidades: internistas, cirujanos, oculistas, pielistas, etc., etc. Consultorios odontológicos.

Cada dos meses se practica un examen clínico general obligatorio, con radiografías e investigaciones de laboratorio, inclusive examen parasitológico de materias fecales.

Hay dos guarderías para niños hasta de tres años, cuyas madres trabajan en el establecimiento y tres jardines de infantes para niños de tres a siete años en que comienza la edad escolar. En verano van los escolares a un campo de pioneros.

Dos clubs culturales, uno de invierno y uno de verano; estadio de futbol y campos de deportes.

Las viviendas de los trabajadores, confortables y limpias, están en la vecindad del frigorífico.

De las 12.000 personas que trabajan, *¡sólo tres están afectadas de brucelosis!*

En los frigoríficos de nuestro país, *¡más del 80 %*

del personal padece alguna de las varias formas de la brucelosis!

Hay muy pocos accidentes de trabajo. Todos los obreros siguen un curso que se llama aquí de *prevención del accidente*.

Al terminar nuestra visita —que *fué larga*—, en una dependencia del frigorífico nos *fué ofrecido un refrigerio* y pudimos gustar algunos de los excelentes productos que allí se elaboran.

Había, además, una exposición completa de toda la producción, que comprobaba lo que el director nos había adelantado al explicarnos el funcionamiento del frigorífico: 420 productos es lo que teóricamente puede obtenerse de cada animal sacrificado; allí estaban los 420 productos, primorosamente expuestos.

Fábricas gigantescas y hasta lujosas las hay en varias partes del mundo. Pero en ninguna parte del mundo hay una realidad tan magnífica en materia de higiene del trabajo como en la U.R.S.S. Y en ninguna parte del mundo existen —junto al lugar de trabajo— los elementos que aseguren y defiendan la salud del que trabaja y organismos que contribuyan a la formación cultural del niño y de los padres que trabajan como en la Unión Soviética.

Y es clarísimo que así debe ser.

Sólo cuando se ha eliminado la posesión privada de los medios de producción y la producción está regida no por el provecho, la plusvalía, sino por la satisfacción de las necesidades individuales y colectivas, sólo entonces pueden tenerse junto a la fábrica y al koljoz o sovjoz, la escuela y el hospital, o el dispensario, la guardería y el club cultural, formando una unidad viva en que el hombre es dueño de su propio destino y no un siervo de la máquina, que él mismo, con su inteligencia, y bajo el estímulo de la necesidad, ha creado.



A 40 kilómetros de Moscú, en medio de un bosque, está el primer sovjoz que se creó en la Unión Soviética por iniciativa de Lenin.

Lleva un nombre poético: Claro del Bosque.

Así se le denomina porque en el bosque había unos claros donde se ubicaron las primeras construcciones.

Allí solía descansar Lenin.

Tiene ya 30 años y una extensión de 1.000 hectáreas, dividido en cuatro granjas.

Es un criadero de vacas y de caballos de tiro pesado y de carrera.

Toda la alimentación de los animales se produce allí mismo y la confección de las raciones es vigilada por veterinarios. Una instalación mecánica sirve para la preparación de las raciones.

Hay huertas para legumbres y frutales; hermosos jardines y colmenares que ocupan una extensión de 15 hectáreas.

Cuidan y seleccionan allí un tipo de vaca, oriunda del Norte, y que van aclimatando a regiones más templadas: la vaca de Jolmogorsk. Ejemplares nacidos en el sovjoz son luego distribuidos a otros sovjoces y koljoces.

Rinden mucho. El término medio del rendimiento del año 1949 superaba los 5.000 litros anuales y en un grupo fué de más de 8.000 litros.

En el momento de nuestra visita el plantel era de 200. El local en que las tienen es confortable y de gran limpieza, con bebederos automáticos.

El ordeñado se hace a máquina. Lavan con agua caliente y jabón la ubre e inician el ordeñado a mano. Inmediatamente adaptan la máquina eléctrica, que trabaja 7 minutos. Agotan el contenido de la ubre con unos

golpes de mano y luego la lavan nuevamente con agua caliente.

Frente a cada box hay un pizarrón en que se anota el rendimiento diario.

En un pabellón especial guardan las vacas preñadas, y allí permanecen hasta varios después de la parición.

El plántel de 200 vacas es vigilado por 16 obreras con una jornada de ocho horas.

Los caballos de tiro pesado y los hermosos caballos de carrera y trote están en locales separados. Cada animal en su box, con un cuidado semejante al de las vacas.

Vimos el campeón de trote de la U.R.S.S., un magnífico ejemplar alazán.

También se distribuyen a otros sovjoces y koljoces los productos nacidos y criados en el sovjoz.

Toda la producción del sovjoz es tomada por el Estado.

La instalación se completa con tres grandes invernaderos: uno para flores, con hermosos gladiolos, primulas y claveles, de los cuales obsequiaron un espléndido ramo a mi señora. Y dos para tomates, pepinos y fresas.

Hay en el sovjoz 80 niños en edad escolar. La escuela está a 10 cuabras del sovjoz y a ella concurren niños de otros koljoces vecinos.

Fuera de las horas de clase —y bajo la vigilancia de los padres—, los niños del sovjoz cuidan el colmenar y cultivan las flores, cuyo producto les pertenece.

Como en todas las empresas de la Unión Soviética, existe la emulación socialista en el trabajo, y el director del sovjoz es un héroe del trabajo socialista.

VISITA A LA ESCUELA Nº 135. MOSCU

Difícilmente haya quién ignore cuál era la situación de un altísimo porcentaje de la población rusa bajo el zarismo, en materia de instrucción. No se exagera cuando se afirma que el 90% de la población era analfabeta.

En algunas regiones lejanas del Asia, en Kazahstan, a 3.500 kilómetros de Moscú, ¡llegaba al 98 %!

El poder soviético ha liquidado prácticamente el analfabetismo.

Esto sólo justificaria la Revolución si no se agregara a ello una transformación total de aquel país atrasado, con una industria poco desarrollada y una agricultura primitiva, en un país con una gran industria pesada, con la agricultura más mecanizada del mundo y con un florecimiento en todos los órdenes de la cultura como jamás ha existido en parte alguna.

Y esto sólo en 34 años. En menos, todavía, porque el verdadero ascenso de la vida soviética comienza recién en el año 29, con la iniciación del primer plan quinquenal staliniano.

En una brumosa mañana de octubre visitamos el colegio Nº 135 de Moscú.

Edificio enorme, de 4 plantas, muy amplio, con clases ventiladas y claras, calefacción central, hermosos patios para juego, salas de gimnasia, etc.

Tiene capacidad para 1.500 alumnos, que se reparten por igual entre instrucción primaria y secundaria.

Al recibirnos el director, un hombre joven, de ojos

vivos, nos informó acerca de los pormenores de la enseñanza y de las tendencias de la misma.

A mi pregunta sobre el estado actual de la alfabetización del pueblo contestó categóricamente: Es posible que en algún lugar remoto de la Unión Soviética un hombre que tenga hoy 90 años no sepa leer.

Con ello quería significar que gentes que en el momento de la Revolución tenían casi 60 años y eran anal-fabetos, habían aprendido a leer bajo el régimen soviético.

Al recorrer el colegio presenciábamos una lección de la primera clase: los que recién inician su vida escolar.

Al penetrar al aula los niños se pusieron de pie. Niños robustos, alegres, limpios.

La maestra, de aspecto aldeano, llevaba con garbo la clásica mantilla rusa de fina seda primorosamente tejida.

El director nos presentó: Estos son amigos que vienen de un país lejano, la Argentina, y se interesan por conocer lo que hacemos por ustedes.

Los niños aplaudieron.

La maestra hizo preguntas que el intérprete traducía, así como las respuestas de los niños.

Todos levantaban la mano para contestar: igual que los nuestros.

Asistimos luego a una clase de biología y otra de química, esta última con experiencias.

El colegio funciona en dos turnos.

Tiene sus bibliotecas; restaurante para alumnos y profesores; consultorio médico y consultorio dental, este último funciona dos veces por semana.

Se enseña, además, música, canto, danzas y cultura física.

La edad escolar comienza a los 7 años y dura siete.

Es obligatoria y gratuita. Los niños reciben lo necesario para su aprendizaje.

Terminados los 7 cursos primarios, según su capacidad y vocación, el alumno seguirá tres años de cursos secundarios para ingresar luego a la Universidad y terminar una carrera: medicina, ingeniería, física, química, biología, derecho, etc., etc.; o bien pasa a una escuela técnica, donde sigue curso teórico-práctico de 3 a 4 años de duración.

Todo estudiante universitario recibe un estipendio del Estado de 400 rublos mensuales.

No hay allí, sin embargo, eso que es tan característico en nuestras facultades: el estudiante crónico.

Todos allí progresan normalmente, y la bolsa está condicionada por ese progreso regular.

La sociedad contribuye a formar al futuro médico, ingeniero, químico, físico, geólogo, botánico, veterinario, etcétera, porque la capacidad que adquiere será luego utilizada en beneficio de la colectividad y de sí mismo.

Al término de su carrera, el egresado no se enfrenta con el problema de nuestros agresados: dónde trabaja, cómo emplea sus conocimientos, cómo sigue progresando en su preparación sin exponerse a la estrechez, a la subordinación a un consorcio que lo exprima y anule.

Toda actividad es allí utilizada y retribuida. El que tiene capacidad y vocación la desenvuelve sin restricción alguna.

Se ha creado en las gentes una conciencia solidaria que hace posible la convivencia fraternal y el respeto al que trabaja, estudia e investiga.

El trabajo, la investigación, subliman al hombre soviético, que se sabe integrante de una comunidad en que nadie expolia a nadie y en que se tiende a crear una vida cada vez más limpia, cada vez más noble.

De la escuela técnica salen los obreros altamente calificados que ingresan recién a las plantas de producción.

En la Unión Soviética no hay, entonces, trabajo de

menores de edad; porque el escolar termina su aprendizaje entre los 17 y los 18 años.

Muchos de los alumnos que egresan de las escuelas técnicas han demostrado tal capacidad que son incorporados a la Universidad, y en tres años más terminan una carrera: se hacen ingenieros, físicos, químicos, etc., etc.

Con este sistema se va, en la U.R.S.S., a la supresión de la diferencia entre trabajo manual y trabajo intelectual: diferencia que es tan manifiesta en los países capitalistas.

Es éste uno de los postulados fundamentales del marxismo.

La existencia de un grupo de hombres dedicados exclusivamente al estudio y de otro grupo de hombres condenados a la ejecución de lo que otros han pensado o ideado, es una consecuencia de la división de la sociedad en clases y de la apropiación privada de los medios de producción de las cosas materiales y de la cultura.

En una sociedad donde los medios de producción sean comunes, no tiene razón de existir esa diferencia. No es que no haya trabajo material y trabajo mental en una sociedad socialista o comunista. Lo que ocurre es que la capacidad técnica del trabajador en una sociedad comunista será tan alta, que es prácticamente un hombre de ciencia en su propia tarea.

A ello tiende la generalización y la obligatoriedad de la instrucción secundaria y técnica.

Se prevé que en la sociedad comunista la jornada de trabajo no será superior a cinco horas. Ello deja a cada uno el tiempo más que suficiente para una sólida preparación teórica y práctica en cualquier disciplina.

Así se llega a la unidad viva de la teoría y la práctica, que abre perspectivas infinitas al desarrollo de la sociedad y del hombre.

En la Unión Soviética esto se está realizando y no

pasarán más de dos generaciones para que ella sea total.

Es precisamente esta alta calificación que dan las escuelas técnicas de la U.R.S.S. lo que ha hecho posible el stajanovismo, la emulación socialista en el trabajo.

La calificación técnica le permite al trabajador soviético descubrir y crear nuevas maneras de realizar sus tareas, con un aumento considerable de la producción, dentro del horario común de trabajo.

Hay alguna diferencia entre esta emulación socialista y la torpe imitación que ha querido hacerse en la Argentina como medio de propaganda política, poniendo equipos a trabajar 120 y más horas sin descanso, bajo vigilancia médica, para tener luego que pasar luego dos o tres días en cama reponiéndose del agotamiento físico y psíquico que origina una labor en esas condiciones.

LA BIBLIOTECA LENIN

El relato de nuestra visita a la biblioteca Lenin, de Moscú, completa el de la escuela.

Algunos de los datos que me suministraron prueban hasta dónde el poder soviético se interesa por la cultura del pueblo.

Hay que insistir en ello, pues en nuestro país, como en todo el mundo capitalista, circulan las patrañas más inverosímiles al respecto.

Y así fué cómo le oí decir una vez, en una reunión del teatro Cervantes, al discutirse la tentativa del gobierno de Perón de monopolizar la cultura, al doctor Martínez Zuviría, director de la Biblioteca Nacional, ante una indicación de un concurrente a la platea: No sabemos si se lee detrás de la cortina de hierro! Semejante enormidad sólo es el fruto del odio sectario y jesuítico de un hombre que, por el puesto que ocupa, tiene la obligación de informarse.

En los 55 años de existencia anteriores a la Revolución de Octubre, la biblioteca sólo tenía el 7 % de lo que actualmente posee.

¡El 93 % restante se ha acumulado desde la Revolución hasta hoy!

Cuenta con 13.500.000 volúmenes; 2.500.000 manuscritos; 1.000.000 de impresos y estampas.

Hay libros y manuscritos en 160 idiomas distintos.

Cuando el viejo edificio se hizo insuficiente, se construyó uno moderno de 18 pisos, depósito central, cuyas

estanterías, puestas las unas a continuación de las otras, ocuparían una extensión de 160 kilómetros.

El viejo y el nuevo edificio están unidos por un subterráneo de más de 100 metros, por donde circula un tren eléctrico compuesto de dos vagones de aproximadamente 1,50 m. cada uno.

Este ferrocarril eléctrico se detiene automáticamente un cierto tiempo ante cada sección, y en él se colocan los libros y los pedidos de libros.

Montacargas eléctricos unen entre sí los 18 pisos del depósito central.

En ellos se colocan los pedidos de los lectores y se envían los libros a las estaciones del ferrocarril, que luego los distribuye.

Tiene una sección de libros antiguos. Allí pudimos ver la primera edición del Quijote, del año 1500; ediciones de las obras de Plinio, el naturalista romano; la primera edición del poema de Lucrecio, "De rerum natura"; una edición de las obras completas de Giordano Bruno, con acotaciones de puño y letra del filósofo italiano; la primera edición de la obra de Copérnico, etc., etc.

El catálogo es algo así como la brújula de una biblioteca. Sin un buen catálogo la eficiencia de la biblioteca se resiente.

En la biblioteca Lenin hay cientos de catálogos por tema y por autor. Ello implica más de 20.000.000 de fichas.

La organización es perfecta. Para cada disciplina científica y cultural hay una sala de lectura y de trabajo. Los profesores e investigadores tienen salas especiales para preparar sus conferencias y sus publicaciones, servidos por personal diestro.

Hay dos salas de lectura y trabajo para niños. Una con 150 asientos para niños de 6 a 12 años. Otra de 500

plazas para mayores de 12 a 18. En el momento de nuestra visita estaban totalmente colmadas.

El año 1949 habían desfilado por la biblioteca 1.500.000 lectores, y se les había facilitado más de siete millones de volúmenes.

Se está apresurando la construcción de un nuevo cuerpo de edificio, que aumentará la capacidad de la biblioteca para el almacenamiento de libros y nuevas salas de lectura y trabajo.

Un laboratorio donde se fotografían en película especial los libros raros, completa la instalación de la biblioteca.

Un tomo de 500 páginas fotografiado en micro-film, cabe en 10 metros de estrecha cinta. En una sala de lectura para microfilms el lector ve en la pantalla y en tamaño natural las páginas del libro raro reproducido, cuya lectura se facilita así a gran número de personas.

La biblioteca Lenin tiene intercambio permanente con todas las bibliotecas del país.

Desde las más lejanas regiones —Vladivostok o Alma-Ata, por ejemplo— se reciben pedidos de libros que faltan en la biblioteca local y son inmediatamente remitidos.

Las relaciones con las bibliotecas extranjeras merecen cuidadosa atención.

EL CLUB CULTURAL Y EL PALACIO DE PIONEROS

En una hermosa tarde, bajo el cielo azul y diáfano de Leningrado, visitamos el Club Cultural del Sindicato de Constructores de Maquinarias de Viborg, el gran distrito metalúrgico de Leningrado.

Ocupa un edificio moderno de varias plantas. El subdirector nos acompañó en la recorrida y nos explicó la estructura y funcionamiento de la institución.

Tiene más de 2.000 socios mayores de edad.

Un director cultural y un consejo de 30 miembros ejercen su dirección y planean la actividad a desarrollar en el año. El Consejo se integra con varias comisiones especiales.

Funciona una universidad nocturna con dos secciones: una para literatura y música y otra para historia del arte, con más de 300 inscriptos en cada sección.

Visitamos su biblioteca, con más de 110.000 volúmenes, y un anexo especial para niños con una decoración adecuada.

Hay una orquesta sinfónica de 80 ejecutantes, todos metalúrgicos, y un cuadro dramático integrado por obreros.

La orquesta y el cuadro dramático desarrollan sus actividades en la espléndida sala de espectáculos del club, con capacidad para 2.000 espectadores.

Es un teatro magnífico, con su sala de descanso y su bufete. En el momento de nuestra visita realizaban un

ensayo. Esa noche el cuadro daba una representación dramática.

Dos veces por semana se dan conciertos e intervenciones literarias de los alumnos de la Universidad del Club.

Una vez por semana el Club recibe la visita de un compositor musical de Leningrado, o de un escritor, poeta, dramaturgo o artista plástico.

El músico ejecuta o hace ejecutar lo que ha compuesto; el poeta o el novelista leen un fragmento de sus poemas o de su novela; el pintor o el escultor exponen una muestra de su creación.

Y así, por un intercambio permanente, los metalúrgicos de Viborg aprenden y critican y el artista eleva la capacidad de su pueblo, para el cual crea, y recibe, a su vez, del pueblo influjo y estímulo para su creación.

Otras actividades completan la vida del club: sala para la enseñanza de bailes. En el momento en que llegábamos a ella, un grupo numeroso de niñas de 6 a 14 años, bajo la dirección de una maestra y una pianista daba su clase.

Realizaron en nuestro homenaje una magnífica danza popular rusa, con extraordinaria maestría. Nosotros aplaudimos emocionados aquella demostración de vida sana y optimista.

Tienen salas de enseñanza para diversas ramas de la industria; un compartimiento especial para evitar los accidentes de trabajo. A él concurren los jóvenes y allí se les enseña cómo se debe y cómo no se debe trabajar; gabinetes bien montados para el estudio elemental de la física, la química, la botánica, la astronomía, etc.

El Palacio de los Pioneros de Leningrado nos permitió adentrarnos más en lo que se hace en el país soviético por los jóvenes y los niños.

En un hermoso parque, un palacio en que antes los aristócratas vivían su vida de ocio o de crápula en tanto el pueblo penaba su miseria, sirve hoy de ambiente a

la juventud escolar de Leningrado, que vive una vida sana, pujante y solidaria.

Son pioneros en la U.R.S.S. los mejores alumnos de las escuelas primarias y secundarias.

Es la única selección que allí se realiza. Y todos quieren llegar a merecer el honroso título de pionero de la Unión Soviética.

Es en los palacios de pioneros adonde concurren los niños y los jóvenes fuera de sus horas de clase, donde se pone de manifiesto la vocación de cada uno y donde se los estimula a que la cultiven en un continuo proceso de superación.

Lo recorrimos durante varias horas. Una multitud de jóvenes de ambos sexos y niños llenaban las distintas salas en que las diversas actividades se realizan.

Todas las ramas de la producción están allí representadas: la madera, la metalurgia, los tejidos, la cinematografía, la aviación, actividades de tipo científico, la física, la química, etc.

Allí trabajan, estudian y crean.

Hemos visto un aparato de televisión de perfecto funcionamiento, construido por un equipo de pioneros; aviones pequeños; aparatos de radio; exposiciones fotográficas y cinematográficas, etc., etc.

Tienen un magnífico planetario que enseña a los jóvenes la estructura del Universo y el movimiento de los astros y que vimos funcionar con una perfección irreprochable.

Se dan clases teóricas y prácticas de diversas materias: zoología, botánica, física, química, etc.

Una clase especial, denominada de prevención del accidente, estaba colmada en el momento de nuestra visita.

En un gran salón de más de 30 metros de largo por unos 8 de ancho, revestido de mármol blanco, presenciábamos una clase colectiva de danzas populares: al centro de

la sala dos maestros, a los costados, enmarcando la sala, las niñas de 8 a 14 años y dos acordeonistas. Era un bello espectáculo ver cómo las niñas seguían los compases y las figuras que los maestros iniciaban, al son de la música suave y armoniosa de los acordeones.

Hay niños que tienen tendencia al cultivo de la tierra y son jardineros, fruticultores, agricultores. En el palacio de pioneros se realizaba una exposición de productos de cultivo hechos por los jóvenes.

Desde la papa a la cebolla, el pepino y el tomate; desde la lechuga hasta la pera y el zapallo, de todo vimos en esa exposición de los pioneros agricultores.

Lo que más nos impresionó fué el famoso *trigo en racimos* por ellos sembrado y por ellos recogido, y que nos mostraron con gran orgullo.

Siguiendo las ideas de Michurin y Lyssenko, estos pioneros de la agricultura y de la fruticultura, se incorporan desde temprano a la lucha por una ciencia progresista y fecunda.

Al terminar la visita de la exposición, una niña de unos 12 años me pidió una opinión escrita acerca de la misma y me presentó un álbum. Accedí a su pedido. El intérprete les tradujo el párrafo en que hacía el elogio de su actividad y ellos me lo agradecieron con el tradicional *Spasiva* (gracias).

El Club Cultural Kirov, de Leningrado es todavía más grande y más completo que el de Viborg.

Estos clubs culturales y estos palacios de pioneros están diseminados en toda la Unión Soviética. Es una verdadera red cultural que envuelve al vasto país socialista.

Frente a esta realidad que no puede ser ni negada ni tergiversada, ¿hasta cuándo la calumnia planificada de los imperialistas seguirá repitiendo que detrás de la presunta "cortina de hierro" sólo hay servidumbre material

e intelectual, vida miserable y esclavizada a los designios de una minoría dictatorial que usufructúa el poder?

¿Qué país capitalista puede ofrecer el espectáculo de una niñez y de una juventud que tiene acceso a todos los dominios de la cultura, sin las restricciones que imponen la falta de recursos o sin el privilegio que importa el dinero, como ocurre entre nosotros y en todo el mundo llamado de Occidente?

EL MUSEO Y LA CIUDAD DE PUSHKIN

A 35 kilómetros de Leningrado, sobre la carretera a Moscú, está la pequeña ciudad y museo de Pushkin.

El Palacio de Verano de los zares, ubicado en medio de un parque magnífico, ha sido transformado por el gobierno soviético en museo de Pushkin.

Homenaje de este poder *dictatorial y bárbaro, enemigo de los valores culturales* —según afirma a diario la propaganda de Occidente— a uno de los más altos exponentes de la literatura progresista rusa.

El palacio, ahora reconstruido, fué muy dañado por los ocupantes alemanes.

La pequeña población que rodea al parque y el palacio, la llamada ciudad de Pushkin, fué destruida con saña por los nazis. Todavía se ven ruinas y escombros, pese a todo lo que se ha rehecho.

El Museo, con varias salas, conserva todo lo que perteneció a Pushkin y es como un panorama de su vida: sus libros, los manuscritos del poeta, muebles, cuadros y otros objetos de arte.

Cerca del Museo está el Liceo en que Pushkin estudió. Allí estudiaban y vivían los jóvenes de la aristocracia. Utilizaban el mismo parque ahora existe: grandes avenidas bordeadas por estatuas; lago artificial; jardines.

Una de esas estatuas, un hermoso busto en mármol de Marco Aurelio, el emperador filósofo, servían de blanco a los oficiales alemanes que ocupaban el palacio.

¡Tiene varios impactos de pistola!

Contemplando la serena expresión de Marco Aurelio

me preguntaba, ante aquella brutalidad sin objeto, si no sería ésta la auténtica manifestación inmanente a toda ideología reaccionaria: odio a la inteligencia, desprecio a los valores que tienden a ennoblecer la vida, así estuviesen ellos representados, como en este caso, por un mármol en medio de un bosque.

El parque de Pedro I está a 40 kilómetros de Leningrado, sobre el golfo de Finlandia, en el mar Báltico.

Desde allí se dominan, a la izquierda, la gran base naval de Kronstad, y, a la derecha, Leningrado.

Un ferrocarril eléctrico y una línea de pequeños vapores permiten el acceso al parque.

La belleza del lugar hace que sea uno de los paseos predilectos del pueblo de Leningrado.

Aquella tarde, bajo un cielo diáfano, en una atmósfera límpida, las avenidas del parque y los alrededores de las fuentes rebosaban de gentes entregadas al goce de aquella naturaleza apacible y hermosa.

Desde el borde del mar —un mar serenísimo y azul— veíamos refulgir bajo un cielo sin nubes las cúpulas de la catedral de San Isaac, a 40 kilómetros de distancia.

Es un parque hermoso, de unas 100 hectáreas, con grandes avenidas y varios palacios. Todos ellos, así como las artísticas fuentes, fueron volados con dinamita por los alemanes en su retirada, que, además, se llevaron los muebles, objetos de arte, estatuas, etc.

En los árboles del parque pueden verse impactos numerosos de ametralladora. La lucha fué tremenda en pleno bosque.

Las fuentes, que reproducen casi todas a las de Versalles, y los palacios, han sido reconstruídos.

La gran fuente central, con la estatua de Sansón que ha dominado a un león, simboliza la victoria de Pedro I sobre los suecos.

Hecha en bronce, magnífica, lanza un chorro de agua

a 23 metros de altura que, al caer, se abre en abanico y forma un espléndido arco iris en los días de sol.

Alrededor de la fuente hay numerosas estatuas de bronce que lanzan sus chorros de agua a menos altura.

Esta fuente está varios metros bajo el nivel de un parapeto, desde donde se dominan la fuente, el parque y el mar.

Al borde de este parapeto —cuya pared está recubierta de mayólica verde— varios leones en bronce lanzan sus chorros de agua sobre escalinatas que, al caer a la fuente central, forman cascadas.

A lo largo de las escalinatas, hermosas estatuas de bronce.

El agua de la gran fuente va a un canal de unos 8 metros de ancho, que descarga en el Báltico, a unos 400 metros de la fuente.

Es un espectáculo magnífico dominar desde lo alto del parapeto la gran fuente, el canal, a cuyo borde pequeñas cabezas de león lanzan sus chorros de agua, y al fondo el mar azul.

EL MUSEO DE L'ERMITAGE

Sobre la margen izquierda del Neva está L'Ermitage, el Museo de Arte de Leningrado. Allí pasaba sus retiros Catalina II y de ahí deriva su nombre.

El Palacio de Invierno, residencia de los zares, contiguo a L'Ermitage, ha sido transformado también en museo y anexado a éste, con el cual comunica interiormente.

L'Ermitage es uno de los museos de arte más completos de Europa y del mundo. Su riqueza artística es extraordinaria e indescriptible.

La Sala de Catalina II, con columnas de mármol blanco acanaladas, techos con pinturas valiosas y espléndidas arañas de cristal, es imponente.

Hay en ella varias mesas hechas con pequeños fragmentos de mosaicos de colores, que reproducen la Basílica de San Pedro, otros palacios y motivos bíblicos.

Las salas de pintura son innumerables. Todas las escuelas italianas están allí representadas: Leonardo, Rafael, Ticiano, Tintoretto, Miguel Angel...

La galería de los Rembrandts pasa por ser la más completa del mundo. La de Rubens ofrece un conjunto menor, pero valioso. Los españoles están representados por Velázquez, Rivera, Goya, Murillo...

Todo un magnífico conjunto del escultor Cánova. Ejemplares numerosos integran las varias salas en que está representada la estatuaria griega y romana.

Porcelanas, piedras preciosas, vestiduras antiguas, armaduras, etc., abundan.

El interior del Palacio de Invierno ofrece la misma magnificencia que el Kremlin.

La afluencia de visitantes a L'Ermitage era enorme. Sobre todo eran numerosas las comitivas de jóvenes y niños, acompañados por guías cuyas explicaciones seguían con gran atención.

Hemos visitado muchos museos de Europa. Podemos afirmar que en ninguno hemos visto este espectáculo permanente, ofrecido por jóvenes y niños, detrás de sus instructores, ávidos por cultivarse.

LA GALERIA TRETIAKOV

Pasamos una tarde varias horas en la Galería de Arte Ruso.

Hay en Moscú un Museo de Bellas Artes donde están reunidas pinturas y esculturas de los grandes maestros de Europa.

La galería que recorreremos esta tarde encierra sólo pintura rusa.

Un rico industrial —Tretiakov—, amante de la pintura, formó con su hermano una valiosa colección de autores rusos.

Los donó después a la ciudad de Moscú, y el primer nombre que se le dió fué el de Galería de Arte Ruso, en épocas del zarismo, a fines del siglò pasadó.

El poder soviético —por iniciativa de Lenin— hizo justicia a este burgués progresista y le dió su denominación actual: Galería de Arte Ruso Tretiakov.

En un edificio de una sola planta, con 52 salas, está el museo.

Tretiakov lo hizo construir expresamente y fué donado junto con la valiosa colección que durante años había reunido.

La afluencia de público es enorme, como en todos los museos que hemos visitado. En el patio de entrada, detrás de la verja, hay una imagen ecuestre de San Jorge.

Durante siglos la pintura rusa estuvo confinada al motivo religioso, y el modelo bizantino dominaba.

En varias salas del museo se exponen telas en que el

tema central es el icono, algunos de una gran belleza.

La naturaleza era tema pictórico vedado a los artistas y severamente penada su reproducción.

Con Pedro el Grande se liquida esta situación restrictiva. Los artistas abordan todos los asuntos dignos de ser abordados y que despierten su actividad creadora. Afluyen pintores del extranjero y algunos rusos van al exterior.

Sólo podemos hacer una breve enumeración de pocas obras, pero ya por ellas el lector puede inferir la riqueza pictórica que allí se guarda.

En la primera sala retratistas de los siglos XVII y XVIII.

Impresionan las numerosas telas de Levitski, que pasa por ser el retratista de más envergadura. Hay en todos los retratos —damas y gente de la antigua nobleza— una vida y una fuerza expresiva notables.

En la segunda sala comienzan los pintores del siglo XIX. Obras de Ivanov y Brulov.

El primero es un pintor extraordinario. Su cuadro "San Juan Bautista Anunciando a Cristo" le llevó 25 años de trabajo.

De unos 4 metros de largo por 3 de altura, representa la aparición de Jesús al pueblo. Composición pictórica de alto valor, de un colorido vivo, cada uno de los personajes: Juan el Bautista, Pedro y otros apóstoles, así como los hombres y mujeres del pueblo, tienen una expresión particular: hay el asombro y la devoción en unos, el descreimiento en otros.

La figura del esclavo —que está de espaldas con el torso desnudo, junto a su amo— es magnífica.

Este cuadro fué comenzado en Roma y terminado en Moscú.

Ivanov hizo cientos de bocetos para cada personaje, que están, también, expuestos en la sala.

De Brulov se exponen motivos bíblicos muy hermosos.

Una de las telas más notables, para nosotros, de la

galería es la de Riepin: "Iván el Terrible Mata a su Hijo".

La figura del hijo sangrante y moribundo —sostenido por su padre, aterrado ante su propia obra— es de un realismo impresionante.

Una lágrima resbala por la cara crispada de Iván, cuyos ojos trascienden el espanto, mientras sus manos se posan, suavísimas, sobre el cuerpo agonizante del hijo, víctima de su furor, como queriendo acariciarlo.

Largo rato permanecemos ante aquella obra maestra de la pintura rusa, que expresa una de las más hondas y dolorosas tragedias humanas.

Dos cuadros de Verestchaguin: "La Guerra Ruso-Turca" y "La Apoteosis de la Guerra", son notables.

El primero representa un grupo de musulmanes trayendo en ofrenda a la mezquita cabezas de rusos en las puntas de sus lanzas. El segundo una montaña de calaveras humanas y, sobre ella, aletean los pájaros hambrientos!

¡Ninguna mayor protesta contra la guerra, ninguna mayor apología de la paz que estas dos magníficas telas!

De los pintores de la época soviética hay varias salas.

Puede decirse que el tema fundamental es el de la exaltación del trabajo y la construcción socialista.

Una tela enorme: "El Amanecer de Nuestra Patria", en colores suaves, es como la síntesis del contenido de la pintura soviética.

A la tenue luminosidad de la aurora, en primer plano, la figura serena del conductor de la construcción y de la victoria: Stalin. Y al fondo, la campiña feraz, las fábricas con sus luces todavía encendidas y sus chimeneas humeantes; las torres de los pozos de petróleo, las montañas de carbón y de mineral que atestiguan la febril actividad de las minas...

Todo lo que exalta el valor del trabajo de aquel pueblo en marcha al comunismo.

Brodsky ha compuesto un espléndido retrato de Lenin, sentado, en actitud meditativa, y otro no menos vivo de Gorki.

De Gerasimov —el gran pintor soviético— hay numerosas telas: "Stalin y Voroschilov en el Kremlin", de un notable parecido y gran vigor; "Grupo de Veteranos Pintores Soviéticos: Pavlov, Baksheied, Bialinitski-Birul y Meshkov", rodeando una mesa y en actitud de plática es magnífico; una naturaleza muerta: "Peonias". Sobre una bandeja un vaso de cristal con un gran ramo de peonias, de un colorido y una vida estupendos.

EL BALLET EN EL GRAN TEATRO

Desde siempre el ballet ruso ha sido celebrado.

Es un pueblo que danza y que canta como pocos.

La danza y el canto le sirvieron, quizás, como evasión en las largas centurias de opresión y de miseria.

Les sirven ahora, en los años de la liberación y de la construcción socialista, para celebrar la victoria sobre la servidumbre y para exaltar las cualidades más nobles del hombre nuevo, forjado en un duro trajinar.

Dos escuelas de baile se disputan la primacía en la Unión Soviética: la de Moscú y la de Leningrado.

La noche que dejábamos Leningrado se inauguraba la temporada de ballet.

No tuvimos la suerte de poder gozarlo y comparar con lo que ya habíamos visto, gustado y admirado en el Bolshoi, Gran Teatro de Moscú.

El Gran Teatro de Moscú, ubicado en la plaza Sverdlov —llamada también plaza de los Teatros, pues hay en ella tres salas de espectáculos: el Gran Teatro, el Teatro Ostrov y un Teatro de Títeres para Niños—, es un monumental edificio que lleva cumplidos 172 años.

Su frente —que recuerda al Partenón— remata en una magnífica cuadriga de bronce.

Tráspuesta la entrada está el gran hall, a cuya derecha hay un confortable restaurante.

Su interior —tiene capacidad para 3.000 espectadores— es imponente.

La riqueza de su decorado, rojo y oro, las pinturas de su techo, la magnificencia de sus arañas de cristal y bron-

ce, todas encendidas, crean en nosotros una especie de estupor al penetrar por primera vez en él.

Su escenario es enorme. En la parte alta —donde antes estuviera el escudo imperial— luce ahora un magnífico medallón de Lenin y el emblema de la U.R.S.S.: la hoz y el martillo.

Trabajan en el teatro cerca de 3.000 personas. Más de 1.000 son artistas, músicos, directores.

Esa noche se representaba El lago de los cisnes, de Tchaikovski.

Un espectáculo de excepcional calidad artística.

Coreográficamente grandioso; decorados magníficos; indumentaria de una riqueza indescriptible, el conjunto de bailarines es estupendo, y la Ulanova, una figura cumbre del ballet soviético, más allá de toda calificación.

La orquesta ejecutó la música delicada y hermosa de Tchaikovski con un ajuste y una emoción insuperables.

El público, de pie, aplaudía con desbordante entusiasmo; coreaba los nombres de los artistas más calificados y jamás hemos oído tanto ¡bravo, bravo, bravo!, como esa noche en el Bolshoi, al terminar el espectáculo.

Los artistas recibían jubilosos aquella manifestación de simpatía.

Lentamente, la sala va quedando vacía, y nosotros, acompañados por Volodya Kusmitchev, que nos explicara el desarrollo del ballet durante su representación, nos confundimos con aquella masa humana que acababa de gozar un espectáculo de indescriptible belleza.

Tuvimos oportunidad de ver, después, el mismo ballet en la Gran Opera de París.

La superioridad del conjunto soviético, el brillo de las primeras figuras, sobre todo la Ulanova, era indiscutible.

Superior era, también, el atavío y el decorado, el

desarrollo todo del espectáculo, aun siendo el de la Opera de París de muy buena calidad artística.

Casi noche por medio asistíamos al ballet.

"El Caballero de Bronce", tomado de la obra de Pushkin, con música del compositor soviético Glier, fué el siguiente ballet que vimos.

La música maravillosa por su riqueza y dulzura.

La Ulanova protagonizó el personaje central con la destreza que hace de ella una eximia bailarina.

El espectáculo, soberbio; la técnica escenográfica, de un realismo impresionante, sobre todo cuando el Neva desborda y se tiene la sensación cabal de la inundación y la tormenta en el momento culminante del drama.

Todo el conjunto estuvo a la altura de las primeras figuras y el público tributó una cálida manifestación de simpatía a los bailarines y a la orquesta.

Dos noches después asistíamos a la representación del ballet "Amapola Roja", también con música de Glier.

Música delicada y suavísima, tiene, sin embargo, en el tercer acto, una gran fuerza dramática, cuando el pueblo chino alcanza su liberación y las notas de la Internacional resuenan, como augurio jubiloso, después de la opresión multisecular.

En cuadros de una belleza coreográfica y escenográfica extraordinarios se desarrolla la vida del pueblo chino, sometido a una dura y humillante expoliación por su propia burguesía, entregada a los imperialistas, y se exalta, a la vez, la amistad chino-soviética.

Una bailarina georgiana ya consagrada —la Golovkina— ofreció un personaje central de altísima jerarquía artística.

Hay escenas de una belleza indescriptible, tal la del sueño de la bailarina en el patio de su casa, frente a la piscina en que pececillos de colores vivos repiten, incansables, su vaivén; otras, de una fuerza y una vida arro-

lladoras, como la apoteosis final, en que desfila, junto al pueblo, el ejército chino de la libertad y un grupo de soldados despliega ante un pedestal banderas de la China liberada.

De la base del pedestal y detrás del mismo se irradia una luz roja oscilante, que semeja una hoguera. En ese momento sólo se ven las siluetas de los hombres y de las banderas, en tanto la orquesta alcanza su más alta expresión dramática y el público, de pie, saluda la belleza de la obra y el sentido de la misma con delirante entusiasmo.

En otra noche vimos "La Fuente de Bakhtchissarai", de una obra de Pushkin, con música de Asafiev, compositor soviético contemporáneo.

La obra nos enfrenta con la época en que los sultanes, con su harén, tenían a las mujeres como mero instrumento de placer.

Desfilan en cuadros coreográficos admirables las pasiones, los instintos, las violencias caprichosas y absurdas.

La música, de una gran belleza y dulzura, era por momentos de intenso dramatismo.

Las dos primeras bailarinas, la Golovkina y la Bogoleskaia, realizaron una labor artística excepcional.

El conjunto de mujeres y hombres —a la altura de las primeras figuras— y la orquesta, de un ajuste perfecto.

El compositor soviético Prokofieff ha puesto música al ballet "Romeo y Julieta", tomado de la tragedia de Shakespeare.

La tragedia de los enamorados de Verona desfila en cuadros de una belleza coreográfica indescriptible, y la música corre pareja en su dulzura, en su fuerza expresiva, alegre o angustiosa.

Espectáculo de altísima calidad artística, con una indumentaria magnífica y deslumbrante.

La Ulanova realiza aquí una de sus creaciones cumbres, que el público, de pie, aclama largo rato.

El último ballet a que asistimos en el Bolshoi —un domingo a mediodía— fué el del “Caballito jorobado”.

Fábula entretenida y pintoresca que hizo las delicias de grandes y chicos.

Era un espectáculo destinado a los niños.

Gran cantidad de niños —algunos no tendrían más de cinco años— seguían con entusiasmo el desarrollo de la fábula, que les era explicada por las madres en los entreactos.

La música, viva y alegre, es del compositor soviético Puny.

El conjunto, magnífico. La protagonista, una bailarina muy joven, la Plisetskaya, es ya una gran artista.

Los trajes, la escenografía, de la misma calidad de todos los que habíamos gustado antes, así como el desempeño de la orquesta.

Este ballet, que tuvimos la fortuna de gustar y admirar en el Gran Teatro de Moscú, no es privilegio del habitante de la ciudad capital.

Los mismos componentes de los cuadros que actúan aquí realizan sus giras por todos los grandes centros del país.

El pueblo soviético se pone de esa manera en contacto con sus grandes artistas y con sus grandes creaciones.

Los artistas sirven así a la elevación espiritual y cultural de su pueblo.

Fuera de que en cada fábrica, en cada grupo de koljoses o sovjoses, conjuntos dramáticos o líricos y grupos coreográficos realizan amplísima labor artística, el teatro profesional está al servicio del pueblo, como lo dice, a las claras, esta denominación tan expresiva y, a la vez, tan alta: ¡Artista emérito del pueblo!

V.O.K.S. tiene en su sede una sala de proyecciones cinematográficas.

Al terminar nuestra gira diaria se nos proyectaban allí, a veces, algunas películas.

Así pudimos ver y admirar "La caída de Berlín", en gran parte documental, en colores, larga película de unas tres horas; "La joven guardia", "La batalla de Stalingrado", "La vida de Pavlov", "Hombres audaces", "Cómo trabaja el servicio de espionaje", una versión francesa de "Flores de piedra", el desfile del 1º de Mayo de 1950, etc.

Algunas de estas películas son conocidas por el público argentino y el comentario acerca de su calidad sería aquí redundante.

Trastornos visuales de mi señora impidieron que asistiéramos a proyecciones en el cine estereoscópico de Moscú.

LA SALA TCHAIKOVSKI

La Sala Tchaikovski, magnífica construcción, ofrece la forma de un anfiteatro con capacidad para más de mil espectadores.

Asientos de fina madera, decorado sobrio, columnas de mármol blanco, techo plano que proyecta sobre la sala una luz difusa multicolor, es de una acústica perfecta.

A ambos lados del escenario y en alto dos palcos sostenidos por columnas de mármol, y en ellos se ubica la orquesta.

Esa noche desarrollarían un programa de danzas populares un conjunto de jóvenes soviéticos.

Espectáculo impresionante. La música popular rusa y eslava fué bailada con una destreza y una gracia insuperables.

"Suite Rusa", una de las más hermosas danzas que nos fuera dado presenciar; bailes ucranianos, bielorrusos, polacos, etc., todos ejecutados con sus trajes regionales, mantuvieron en suspenso a la enorme concurrencia —ni un asiento vacío—, que estallaba en ovaciones al término de cada número.

Teníamos muy cerca un grupo de hindúes: una joven con su atavío delicado, un viejo enjuto y cuatro jóvenes.

Estaban absortos y asombrados ante aquel torbellino de formas y de colores. Todos aplaudían, menos el viejo. Pero luego de una danza ejecutada con gran maestría por tres jóvenes niñas y tres varones, el anciano abandonó su actitud de éxtasis y, por primera vez, aplaudió

con entusiasmo no menor al del resto de sus compañeros.

Detrás nuestro, ocho finlandeses —que se hospedaban también en el Hotel Nacional— exteriorizaban ruidosamente su entusiasmo ante aquel espectáculo, que será para nosotros perdurable.

EL CORO DEL EJERCITO ROJO

En la noche de un domingo volvimos otra vez a la Sala Tchaikovski.

Hacia su presentación en la temporada el Coro del Ejército Rojo, dirigido por tres maestros: los hermanos Alexandrov y Vinogradov.

Maravilloso espectáculo.

El Coro lo integran 124 hombres, algunos de ellos entrados ya en años, y varios solistas jóvenes, de una voz hermosa, educada y potente.

En la orquesta, ocho acordeones.

El mayor de los hermanos Alexandrov es, a la vez, compositor y dirige la orquesta con maestría. Hombre de aspecto cordial, trasciende gran simpatía personal.

El Coro parecía una sola garganta gigantesca, y cuando, en ciertos momentos, coincidían tonos agudos, medianos y graves, cerrando los ojos se creía estar escuchando un órgano de sonidos hermosos.

La Reverie, de Schuman —ejecutada a boca cerrada—, sin música, produjo una emoción indescriptible.

El público, de pie, estalló en una ovación interminable.

La canción "Lejos, lejos", por un joven solista con acompañamiento del coro, de una belleza y emotividad cautivantes.

La marcha del "Fausto", de Gounod; la "Canción del Soldado", el "Himno a Stalin", del mayor de los Alexandrov, conmemorando la victoria sobre el invasor nazi; la "Marcha de la juventud democrática", el "Canto a la

amistad chino-soviética" y las canciones populares, fueron ejecutadas por la orquesta, cantadas por el coro y los solistas en forma admirable.

El público, que llenaba totalmente la enorme sala, desbordaba de entusiasmo y obligó a repetir algunos números.

Se presentó también con el coro un conjunto de ambos sexos, que bailó con gracia y destreza danzas populares.

Al fondo del escenario, un enorme órgano eléctrico destaca su mole.

El coro ejecutó varias canciones sin música. Se tenía en ese momento la sensación de que era el gran órgano a quien se escuchaba.

Noche para nosotros inolvidable ésta en que asistimos a la presentación del Coro del Ejército Rojo en la Sala Tchaikovski.

De nuevo comprobamos el entusiasmo de las gentes por la danza y el canto.

De nuevo vivimos, como en el Gran Teatro, momentos de emoción, en que el público tributaba cálida, fervorosa manifestación de simpatía y de agradecimiento a sus artistas y a sus creaciones en este "país de esclavos".

EL TEATRO DEL EJERCITO ROJO

Asistimos a una representación en el Teatro del Ejército Rojo.

Edificio enorme, de líneas severas, fué inaugurado en el año 1940.

En su conjunto tiene la forma de una estrella, símbolo del Ejército Rojo. Columnas de granito gris claro circundan toda la construcción.

Sus salas de descanso son de gran amplitud, alhajadas con gusto, con hermosas pinturas murales que reproducen

escenas en que el Ejército Rojo ha intervenido; estatuas, artísticas arañas de cristal y bronce, elegante bufete, grandiosas escalinatas de mármol blanco alfombradas de rojo.

La sala, en forma de semicírculo, con butacas muy cómodas tapizadas de felpa roja.

En la parte alta columnas de mármol blanco contrastan con el rojo vivo de las butacas.

Capacidad para casi 3.000 espectadores, con gran escenario, cuyo cortinado es de seda roja con artísticas aplicaciones de colores variados, de muy buen gusto.

Representaron una pieza dramática en tres actos acerca de la lucha con el espionaje japonés en la última guerra.

Seguimos bastante bien el desarrollo del drama, a través de la versión del intérprete Kusmitchev, quien, además, nos había hecho previamente un relato del argumento.

Escenografía muy buena; el conjunto de actores sobrio y algunos de gran fuerza expresiva y mímica. Entre ellos, tres mujeres de cautivante belleza; una de ellas con una voz magnífica.

El público, que llenaba totalmente la sala, entusiasta y fervoroso, como en todos los espectáculos a que habíamos antes asistido.

EL KREMLIN

La mole inmensa del Kremlin —fortaleza, en eslavo— es una de las construcciones más monumentales e impresionantes.

A su derredor comenzó a crecer Moscú hace más de 800 años.

Las diversas construcciones que lo integran corresponden a épocas y estilos distintos.

Hay allí influencia bizantina y luego arquitectos italianos llevaron el estilo florentino. Pero en el llamado Palacio Nuevo, construido en 1838, bajo la dirección de arquitectos rusos, se vuelve otra vez al estilo de Bizancio.

Una muralla de unos 12 metros de altura, recubierta con ladrillo rojo y de una extensión aproximada de tres kilómetros, circunda el Kremlin.

Primitivamente tres murallas concéntricas de madera rodeaban el Kremlin.

En la muralla se implantan cinco torres. Una de ellas, la más grande —que lleva el reloj— está ubicada en la esquina que enfrenta la Catedral de San Basilio.

Una estrella de bronce, de cinco puntas, de un peso de una tonelada, remata cada torre.

He dicho ya que, de noche, iluminadas, estas estrellas semejan rubíes gigantescos suspendidos en el espacio.

La fachada principal del Kremlin da hacia el río Moscova, que pasa a muy poca distancia.

Desde aquí contemplamos la mole inmensa del palacio, su parque cuidado y las cuatro iglesias que forman parte del Kremlin, ubicadas en el extremo derecho del mismo:

la de la Anunciación, la de la Asunción, la del Arcángel San Miguel y la de Iván el Grande. Esta última, con una torre imponente de unos 80 metros de altura, que servía, a la vez, de atalaya.

En una mañana gris visitamos el Kremlin.

Dos soldados soviéticos hacen guardia a la entrada del parque.

El interior de las iglesias es impresionante.

El de la Asunción de Nuestra Señora es, sobre todo, distinto a cuanto conocíamos.

La decoración está formada por cuadros de iconos de tonos suaves, separados los unos de los otros, pero formando un conjunto de proporciones extraordinarias. Gigantescas columnas de mármol fragmentan el ambiente.

El gobierno soviético ha hecho restaurar cuidadosamente los interiores, algunos de cuyos motivos pictóricos habían sido recubiertos por absurdas decoraciones, por indicación de mayordomos de palacio ignorantes y presuntuosos. El piso de la Anunciación de Nuestra Señora es de hermoso jaspe de los Urales.

En la Iglesia del Arcángel San Miguel están los túmulos de cuarentitrés soberanos de Rusia.

La iglesia personal de los zares, pequeña, con motivos pictóricos bíblicos y retablos en oro y plata, es una joya.

El Museo del Kremlin es, con pocas variantes, como todos los museos reales, una barroca acumulación de riquezas.

Vajillas, vestiduras, muebles, armas, joyas, todo es suntuoso.

Las vestiduras reales y eclesiásticas recubiertas de perlas y piedras preciosas son innumerables.

Una de ellas está recamada por 16 kilogramos de perlas naturales.

Las vitrinas con las coronas de los distintos soberanos que se sucedieron en el gobierno del país, de tamaños

y formas diversas, cuajadas de brillantes, esmeraldas, rubíes, son índice del boato de estas cortes en medio de la tremenda miseria del pueblo.

Hay puertas incrustadas de nácar; otras recubiertas de oro y algunas de finísima madera hecha en pequeños trozos desarmables.

Columnas de mármoles de una sola pieza y en colores variados; columnas de malaquita; revestimientos de mármol blanco con tono marfilino; pisos de parquet que son una filigrana hechos con cuarenta maderas diferentes, todo desfila ante nuestros ojos.

La decoración pictórica de los techos, con mitos diversos, las arañas de bronce y cristal, contribuyen a crear un ambiente de solemnidad y grandeza.

La sala de San Jorge o Sala de las Condecoraciones, vasto espacio de unos 60 metros de largo por 20 de ancho, sin ninguna columna, toda revestida de mármol blanco y de cuya techumbre penden seis enormes arañas de cristal y bronce, es de una belleza indescriptible.

Medallones de oro sobre placas de mármol, con inscripciones en oro con el nombre del condecorado, constituyen el único ornamento de esta sala estupenda.

En este ambiente solemne el poder soviético da sus recepciones en los días de fiesta nacional.

Las habitaciones personales del último zar y sus familiares ostentan un lujo difícil de describir.

Algunas tapizadas en seda, otras en mármol, con gran riqueza de moblaje y decorados; ánforas de cristal, de malaquita y de oro, artísticas arañas.

La parte del museo destinada a coches, arreos y armas, ocupa varias salas. El boato culmina, precisamente, aquí.

Cuando se contemplan aperos y guarniciones, recubiertos de piedras preciosas, recamados de oro y plata, se experimenta una punzante sensación de desagrado y

se tiene la íntima certidumbre del desprecio de los magnates por el pueblo miserable.

La entrada a la parte nueva del Kremlin se hace por una escalera de mármol de unos 7 metros de largo. A su comienzo y a ambos lados, dos ánforas de cristal trabajado llaman la atención del visitante.

Al término de la escalera, sobre un lienzo de pared, un cuadro de Riepin representa al zar Alejandro III recibiendo a los príncipes, de una notable factura pictórica.

Contemplándolo desde el pie de la escalera se tiene una fuerte impresión de vida en los personajes.

Por allí se va a la Sala del Soviet Supremo. Gran sala cuadrilonga con capacidad para 2.000 personas.

Asientos de madera con micrófono y auricular para cada diputado.

Al frente una estatua de Lenin en granito gris y en actitud oratoria, obra del escultor Mercurov, es de una gran fuerza.

En la parte alta la hoz y el martillo, emblemas de la Unión Soviética.

En el estrado está la tribuna para el orador, en madera finísima, con los emblemas soviéticos al frente y detrás asientos y mesas para los ministros y el Presidium de la U.R.S.S.

A los costados, en alto, tres palcos para diplomáticos. Al fondo, en lo alto, gran palco para periodistas y público.

Hacia la derecha, por tres hermosas puertas, la sala comunica con el Salón de Descanso, revestido en madera.

Hay allí una inscripción que dice: No fumar. Es la única inscripción prohibitiva que nos fué dado observar en lo que recorrimos de este país, donde, según los críticos, ¡impera una férrea dictadura!

LOS REGALOS A STALIN EN SU 70 ANIVERSARIO

En varias salas del Museo de Bellas Artes se exponen los regalos que Stalin recibió al cumplir 70 años el 21 de diciembre de 1949.

Hay regalos de todas las repúblicas que integran la Unión Soviética y de las más apartadas regiones de Rusia.

Los hay de las nuevas democracias, de la República Popular China, de Corea del Norte y de los Partidos Comunistas de todo el mundo.

Su valor artístico es inmenso.

La descripción escueta de los mismos llevaría páginas y páginas.

Testimonian el fervor de los pueblos, en lucha por un mundo humano, hacia un hombre físicamente insignificante que, no obstante, es un genio realizador estupendo al servicio de su pueblo y de todos los pueblos del mundo.

Se destaca un tapiz de colores vivos de unos 70 metros cuadrados, en cuyo centro está un retrato de Stalin de cuerpo entero y de un notable parecido.

Fué tejido por 70 tejedores del Azerbaijan y trabajaron en él nueve meses.

Con semillas y con maderas regionales han hecho retratos maravillosos de Stalin.

Todo ha sido hecho por los trabajadores de las distintas Repúblicas Soviéticas: trenes completos, plantas de explotación y refinamiento de petróleo, pianos, cristales hermosísimos, instrumentos de precisión, tapices, artísticos trabajos en madera, equipos de televisión, filmadores

y proyectores cinematográficos, radios, el Navío de la Paz —bajel de unos 60 centímetros de altura—, una filigrana en oro, cuyo casco y en cuyas velas hay inscrustaciones de piedras preciosas, etc., etc.

La sala de la República Popular China —desde las lacas y porcelanas hasta los marfiles— es fantástica e indescriptible.

Cada país ha hecho representar lo más típico de su producción y de su arte.

Largo rato contemplé, no sin emoción, las cosas modestas que nuestro Partido Comunista había enviado: recados, ponchos de vicuña, lazos, boleadoras, artística edición del Martín Fierro, el hermoso puñal, muy trabajado, en oro y plata, de los abogados comunistas, etc., y en una vitrina, aparte, el artístico álbum en pergamino, en cuya primera página están las firmas de los miembros del Comité Central del Partido.

Los checos han enviado hermosos cristales de Bohemia, jarrones de estupenda belleza, porcelanas.

Hay varios trenes completos, cuyas máquinas y vagones tienen, cada unidad, más de un metro de largo. Los hay soviéticos, checos y rumanos.

Los franceses e italianos, obras de arte, pintura, escultura, ediciones magníficas de las grandes obras que expresan el genio de sus hombres de ciencia, de sus literatos y de sus poetas progresistas.

Si quisiera tenerse una idea del progreso industrial de la Unión Soviética y de las Democracias Populares, bastaría con recorrer las salas de esta exposición de regalos.

Al hacerlo se tiene, a la vez, como antes dije, el testimonio del afecto y la gratitud de los pueblos hacia el gran conductor soviético.

LA CASA DE LENIN EN GORKI

Nuestro conocimiento de la vida de Lenin fué completado en la visita que hicimos a la aldea de Gorki, donde Lenin murió.

Está a unos 35 kilómetros de Moscú. La carretera que conduce a Gorki es asfaltada y las ondulaciones del terreno recuerdan las del Uruguay o las de la provincia de Entre Ríos.

El parque en que está ubicada la casa se divisa desde lejos y ésta emerge blanca, en un claro del bosque y en una altura.

Para llegar a ella se deja la carretera y se toma un camino lateral que conduce al parque.

Esta propiedad pertenecía al jefe de policía de Moscú. Parque magnífico, con grandes caminos bordeados por árboles añosos, uno de ellos, según cálculos de botánicos especializados, parece tener 800 años, tantos como Moscú, que celebró, hace dos años, su octava centuria.

Jardines bien conservados, tal como eran en la época en que Lenin descansaba y se reponía, y tal como eran cuando murió aquí el 21 de enero de 1924, bruscamente, tal vez de un ictus.

Por una escalinata de 6 escalones de mármol blanco se llega al amplio peristilo de la casa. Construcción en dos plantas; frente de estilo jónico con seis columnas de mármol.

Un balcón, cuyo límite está dado por las mismas columnas y con baranda de mármol, separa ambas plantas en el peristilo.

La planta baja se prolonga hacia el lado derecho, en el frente, y un amplio balcón semicircular con balaustrada de mármol lo circunda.

Situada en una altura domina todo el parque y los alrededores, en primer lugar la aldea de Gorki, a corta distancia, con cuyos campesinos departía frecuentemente Lenin.

De estas charlas surgió el primer koljoz de la U.R.S.S.

Lenin convenció a los campesinos de las ventajas del trabajo en común y ellos se pusieron con entusiasmo a la tarea.

La aldea recibió corriente eléctrica, y la primera cosecha fué espléndida. En la planta baja hay un enorme salón que ocupa toda la extensión del extremo norte de la casa.

Frente a un gran ventanal convexo, una hermosa estatua de Lenin en mármol blanco.

A ambos lados, dos ánforas de mármol trabajado que culminan en dos recipientes cuadrangulares de cristal. En uno de ellos hay espigas de trigo; en el otro de avena, provenientes de la primera cosecha del koljoz de Gorki, que los campesinos obsequiaron a Lenin como testimonio de reconocimiento por haberlos inducido a abandonar el trabajo individual, parcelario y egoísta, incorporándose así a la vida nueva, que con grandes sacrificios estaba construyendo el pueblo soviético.

En este salón se proyectaban las películas cinematográficas a las que asistían los campesinos. Allí se conservan el proyector utilizado, el sillón de mimbre en que Lenin gustaba sentarse en el balcón frente al parque y al lago, una silla de madera que Stalin utilizaba, y una gran fotografía en que se ve a ambos departiendo.

El salón está repleto de regalos que recibió Lenin mientras pasaba temporadas de descanso, de trabajo o de cura en Gorki.

Vivía con una gran sobriedad. Todo ha quedado como en vida de Lenin: la cama de madera, muy modesta, en que le sorprendió la muerte; la mesa de noche con los libros que había estado leyendo; sus lentes; la butaca frente a la venta, donde solía sentarse y contemplar el parque y la aldea vecina. Cerca de su dormitorio estaba su gran biblioteca y su cuarto de trabajo, donde escribió en 1918 su obra "La Revolución Proletaria y el Renegado Kautsky". Biblioteca de obras de filosofía, sociología, economía, historia, etc., en varios idiomas: inglés, alemán, francés, italiano, que Lenin hablaba y escribía como su propia lengua.

Hacia un lado del dormitorio de Lenin, el de su compañera, pequeño y modesto también.

En un salón contiguo fueron velados los restos de Lenin antes de ser trasladados a Moscú. Allí pueden verse, en una gran urna de cristal, la mascarilla y las manos de Lenin tomadas por el escultor Mercurov; las cintas de algunas coronas; la de su hermana Ana, la de los aldeanos de Gorki; una fotografía imponente y conmovedora: el sarcófago cubierto con una bandera roja y una guardia de campesinos koljocianos con sus barbas blancas, de cuyos rostros trasciende una profunda pena ante la muerte del gran camarada, conductor y amigo.

A ambos lados del gran edificio convertido en museo, hacia adelante, hay dos pequeñas construcciones que reproducen al primero.

En la de la derecha habitaba Lenin los inviernos por motivos de economía: menos gastos de luz, calefacción, etcétera, pues no quería que se tocara un árbol del parque para leña. En pequeño tiene las comodidades del grande y se conserva todo lo que sirvió a Lenin y a su compañera.

En el garage se guardan la canoa en que Lenin solía

pescar en el lago y los dos autos, equipados uno para verano y otro para invierno, ambos Rolls-Royce.

Al término de nuestra visita obsequiaron a mi señora un hermoso ramo de dalias rojas y blancas.

Algunas de ellas, secas ya, nos acompañan. Las conservamos como un recuerdo de nuestra estada en el sitio en que pasó días de trabajo febril, de enfermedad, y donde murió el gran conductor de la Revolución de Octubre.

EL MUSEO DE LA RECONSTRUCCION

Dentro de pocos años, sobre todo si hay paz, no quedarán vestigios del viejo Moscú zarista, con sus calles estrechas y sucias y sus viviendas insalubres.

Hay un plan grandioso de construcciones, especialmente de casa-habitación, que fué parcialmente interrumpido por la invasión nazi, pero que ya está en pleno desarrollo.

Sin mencionar el edificio monumental que se estaba terminando en el muelle de Kotelnicheskaya, sobre el Moscú, un volumen de 220.000 metros cúbicos; sin mencionar la gigantesca ciudad universitaria que estaba en ese momento también a punto de terminarse, hay en construcción ya muy adelantada un grupo de monoblocks de 16 a 17 pisos.

El sistema de aire acondicionado será general en estas modernas construcciones. La toma de aire se hace entre 60 y 70 metros de altura sobre el nivel de la calle, aire sin polvo y sin gases de la combustión.

En el Museo de la Reconstrucción se exponen los planos del futuro Moscú, con su nueva gran avenida que, partiendo de las montañas de Lenin, en las afueras de Moscú, llegará al centro mismo de la ciudad.

Maquettes de los edificios más importantes en construcción se exhiben allí: la Ciudad Universitaria, el edificio monumental del muelle de Kotelnicheskaya, etc., etc.

Todos los materiales empleados en la construcción están allí expuestos.

El tipo de ladrillo, de granito, de mármoles, bloques

de vidrio especial para hacer paredes, un tipo de cerámica de extraordinaria resistencia, para recubrir los frentes de las casas.

El ingeniero que me acompañaba y explicaba el plan de reconstrucción insistió en el valor de esta cerámica, cuya resistencia, según cálculos hechos, soportaría 500 años de intemperie y estaría como el primer día de su colocación.

Los diversos tipos de madera utilizados para pisos o aberturas; los aparatos sanitarios perfectos, el sistema de cocinas a gas y electricidad, artefactos de calefacción; bloques de piedra que por temperatura elevadísima se funde y luego, en moldes especiales, se les da la forma adecuada para cada uso, etc., etc., todo está allí expuesto en un orden perfecto.

Hay, además, en el Museo, una exposición de modelos de casas prefabricadas que se instalan en serie y con gran rapidez, sobre todo en el campo. Son confortables y estéticas.

En una serie de salas se exponen los modelos, en pequeño, de las máquinas que se utilizan para fabricar todo lo necesario para la construcción de un edificio, desde el acero al cemento, etc., etc.

La construcción está aquí muy mecanizada. El trabajo del albañil se ha vuelto menos duro y la rapidez en la construcción es muy grande.

Esta rapidez en la construcción —que trae consigo una marcada disminución en el costo de la misma— es de tal magnitud, que lo que en nuestro país necesita dos años para terminarse, por ejemplo, allí está listo en seis meses.

Utilizan ahora mucho el esqueleto de acero y menos el de cemento.

EL INSTITUTO MARX-ENGELS

En mi visita al Instituto Marx-Engels fui recibido por uno de los vicedirectores, Obichkin, pues su director, Pospelov, estaba en esos días de vacaciones.

Acompañado por un grupo de jóvenes investigadores, que trabajan en el Instituto, me recibió cordialmente, y en su nombre y en el de sus colaboradores me dió la bienvenida al Instituto, y tuve el honor de que saludara en mí a todos los combatientes por el progreso de nuestro país y muy especialmente a los integrantes del Partido Comunista de la Argentina.

Al agradecerle, subrayé el servicio inestimable que la Unión Soviética ha prestado a la causa de ese progreso, al derrotar en los campos de batalla al nazifascismo agresor, y la no menos grande contribución al progreso de las ideas al crear el magnífico Instituto Marx-Engels, donde se conservan los trabajos fundamentales de los geniales creadores de la doctrina socialista —Marx y Engels— y los de sus continuadores, no menos geniales, de la época del imperialismo: Lenin y Stalin.

El Instituto tiene más de un millón de libros y manuscritos.

Como está en reparaciones, sólo pude visitar la Sala de Conferencias, donde hay, en este momento, una exposición de las obras de Stalin y de todos los trabajos realizados por él desde que inició su vida de revolucionario al servicio de la liberación del hombre.

En una vitrina están las obras ya envejecidas con que Stalin comenzó su aprendizaje y su formación cultural:

una vieja edición de El Capital, el Manifiesto Comunista, una obra de Darwin, algunas obras de Pushkin y de Tolstoi.

Al visitar la Sala de Conferencias tuve la alegría de ver, entre las ediciones de las obras de Stalin hechas en el extranjero, la de nuestra Editorial Problemas.

Pedí un ejemplar —el de la Historia del Partido Bolchevique— y mis acompañantes, cuando vieron mi nombre en la primera página, me abrazaron con gran júbilo.

El vicedirector Obichkin inquirió las causas del cierre de Problemas, aunque se imaginaban que, en parte, debían estar vinculadas al clima político de represión que vivía nuestro país.

En el Salón de la Dirección pude ver, entre los documentos valiosos que posee, el diario editado por la Comuna de París; la Gaceta Renana, donde Marx hizo sus primeras armas como periodista; un ejemplar pequeño en latín, de la Utopía, de Moro, edición de 1629; la primera edición alemana de El Capital, hecha en Hamburgo, y la primera edición rusa del mismo, que Marx consideró como muy buena.

Pude observar la última edición, muy prolija, de las obras de Lenin, en 35 tomos.

Han editado hasta ahora 12 volúmenes de las obras de Stalin, faltando 5 para completarlas. Tienen dificultades para ello por haberse perdido algunos manuscritos antiguos, en la época de las persecuciones zaristas.

La sección histórica del Museo prepara la biografía y la edición de los trabajos de todos los hombres que lucharon por la instauración del poder soviético.

Se interesaron por la difusión de la cultura marxista en nuestro país. Hice un informe breve sobre la situación cultural del país y el esfuerzo editorial de Problemas y Anteo.

Solicitaron que expresara en el Album de Visitantes

del Instituto el juicio que me merecía la obra del mismo.

Lo hice complacido. El intérprete, Volodya Kusmitchev, tradujo en voz alta y luego anotó en el álbum lo que la visita al Instituto me había sugerido. Ellos lo celebraron calurosamente.

Con la misma cordialidad con que acogieron mi llegada al Instituto me despidieron.

Todos me acompañaron hasta la vereda. Cada uno abrazó a este amigo que, de tan lejos, había tenido la fortuna de llegar y contemplar la realidad del mundo nuevo que con tanto fervor y tanto sacrificio ellos estaban construyendo.

LA DISCUSION SOBRE TRES CAPITULOS DE "MATERIALISMO DIALECTICO"

Una tarde, en derredor de la gran mesa en una de las salas de V.O.K.S. varios investigadores del Instituto de Filosofía comentaron conmigo tres capítulos de mi libro, que quince días antes habían sido traducidos y se les había entregado para su estudio.

Un grupo de oyentes asistió al debate.

El Estado, el Proceso Histórico y el Derecho fueron los capítulos elegidos por el presidente de V.O.K.S., profesor Denisov.

La crítica se desarrolló en un ambiente cordial y animado.

La intérprete tradujo párrafo por párrafo. Yo hice las anotaciones pertinentes para responder al final. Al hacerlo, dejé constancia que ese libro había sido elaborado por mí sin abandonar mi trabajo profesional de médico.

Manifestaron, al conocer esa referencia, que ello hacía más ponderable mi esfuerzo.

Entraba la noche cuando terminó la discusión.

Algún tiempo después se me entregó una síntesis de las observaciones hechas a cada capítulo.

Agradecí el honor que significaba para mí que los observadores soviéticos encontraran en mi libro una obra que reflejara, sin deformaciones, el espíritu del marxismo.

Ellos me abrazaron afectuosamente. Nos separamos con la convicción de haber realizado una tarea fecunda.

Tuve, además, en aquella tarde, la visión directa de cómo se trabaja intelectualmente en la U.R.S.S.; y de

cómo la crítica y la autocrítica contribuyen al mejoramiento de cada trabajador intelectual.

Percibí cómo la vanidad, ese sentimiento de arrogante preeminencia tan común entre los intelectuales del mundo capitalista, es sustituido allí por la modestia, que, lejos de aminorar, exalta el valor del individuo que se sabe entregado a una tarea superior.

EL INSTITUTO DE PEDIATRIA DE LENINGRADO

Gran hospital con espléndido parque, sobre la margen derecha del Neva, pero lejos del río.

Construído en dos plantas, tiene 1.060 camas.

Me acompañaron en la visita la directora profesora Nina Shukova, mujer de unos 45 años, inteligente y de una gran simpatía personal; el profesor Tur, miembro de la Academia de Ciencias Médicas y condecorado por sus trabajos; el profesor Savshinski, Jefe de la Sección Tuberculosis; la profesora Keller, Jefe de la Sección Enfermedades Nerviosas; el vicedirector, profesor Kotikov, y la médica principal, doctora Klimovskaia.

Comenzamos por la sección Prematuros; equipada con 35 camas, que con 15 existentes en otro hospital, bastan para las necesidades de la región.

El prematuro es colocado en boxes especiales, en una especie de bañera con circulación de agua caliente que mantiene una temperatura constante y es oxigenado en forma permanente. Se le hidrata y alimenta por sonda hasta que comienza a succionar.

Un personal especializado se encarga del cuidado del prematuro.

Desde hace muchos meses no tienen ningún deceso. Me mostraron varios de 800 gramos.

A medida que aumentan de peso y crecen, los pasan a otro compartimiento, donde pude ver prematuros que, nacidos con 800 y 1.000 gramos, estaban ya por encima de los 2.000 y se desarrollaban normalmente.

La neumonia y la atelectasia pulmonar son muy frecuentes en los prematuros, pero con la oxigenación permanente habían desaparecido prácticamente.

Vimos luego una sala especial para niños normales que han perdido la madre y cuyo padre tiene que trabajar y no puede atenderlos.

Allí son alimentados, higienizados y vigilados; se les enseña gimnasia y hacen su siesta al aire libre, bajo una espléndida glorieta.

Los más pequeños, de 1 año y medio, están en una sala aparte, cuyas paredes están decoradas con animales. Los colocan en un corral con piso de linóleo. De los barrotes cruzan hilos que sostienen, en alto, toda clase de juguetes de celuloide, en colores vivos: gatos, perros, pájaros, etc., etc.

Es curioso ver cómo tratan de alcanzar los juguetes. Me explicaron que esa era una forma de que los distintos grupos musculares del niño entraran en función; en la tentativa que hacían por tomar el juguete.

A los niños de 2 años, me decían, se les enseña gimnasia porque son ya capaces de repetir y comprender un movimiento y una orden. Y añadían, estos otros, más pequeños, estimulados por el color y la forma de los juguetes, realizan una especie de gimnasia espontánea e instintiva al querer apoderarse de lo que los atrae.

Pasamos después a la sala de parálisis infantil. Hay aquí poca poliomielitis. En ese momento estaban internados 10 niños, todos con un proceso benigno. Los agudos y graves son colocados en boxes aislados.

Hacen tratamiento precoz con onda corta y electricidad. No usan mucho el sistema de la Kenny.

El origen hídrico de la parálisis infantil cuenta aquí con muchos partidarios.

Luego visitamos la sección tuberculosis y la sala especial para los meningíticos.

Había varios casos. Todos tratados con estreptomici-na. Me mostraron algunos casos recidivados, aun después de varios meses de curación aparente.

Hacen inyección suboccipital e intramuscular. Generalmente un primer tratamiento de 25 días; luego un descanso de 7 y repiten 3 o más ciclos iguales.

Siguen la evolución del líquido céfalorraquídeo en todos sus aspectos: bacteriológico, citológico y químico.

En algunos casos me mostraron radiografías que testimoniaban una regresión franca de la lesión pulmonar, mientras la meningitis seguía su curso.

En otros casos, a pesar de mejorar la lesión pulmonar, aparecía la localización meníngea.

No utilizan más el oro.

Hacen, en los casos indicados, neumotórax, frenisectomía, toracoplastía, etc. Vacunación y revacunación con el B.C.G.

Cuando terminamos la visita —en que recíprocamente nos planteamos diversos problemas médicos— regresamos a la dirección.

Me pidieron mi impresión. Se las di, comenzando por establecer la diferencia entre la asistencia social que ellos prestaban y la que se imparte en los países capitalistas.

La directora agradeció mi juicio en nombre de todos. Fueron de una gran cordialidad, de una simplicidad admirable y de un buen humor que es una de las características de este pueblo magnífico.

EL HOSPITAL BOTKINE. MOSCU

El nombre de Botkine me era familiar desde mi ya lejana época de estudiante.

Botkine fué un eminente clínico ruso, maestro de Pavlov. El y Setchenov fueron los que más influyeron en el futuro del genial fisiologista ruso.

Mi maestro Méndez tenía gran estima por Botkine, y a su lado aprendí el *signo de Botkine* para diferenciar la distensión de la dilatación cardíaca.

Fuí, pues, con gran gusto a visitar el hospital que en Moscú lleva su nombre.

Está algo lejos del centro de la ciudad. Es un hospital enorme, ubicado en un parque de 23 hectáreas.

Pabellones separados, de dos y tres plantas. Pabellón de infecciosos con boxes muy bien aislados para cada enfermo.

Desde el corredor del pabellón de infecciosas pude observar la tarea que realizan los médicos y ayudantes. Terminada su labor y antes de reintegrarse al ambiente común, cambian toda su indumentaria.

Las salas de clínica son de capacidad reducida. Seis y tres camas. Habitaciones para dos y un enfermo.

Aquí no es dable observar lo que llamamos los médicos, entre nosotros, el "espectáculo del biombo".

Cuando un enfermo está grave, en las salas comunes, se rodea su cama con un biombo para ahorrar a los demás el cuadro de la agonía y la muerte, que entristece y deprime.

La colocación del biombo se acompaña, en general, de

una agravación de los otros enfermos, por el shok que aparece.

En los hospitales de la Unión Soviética el enfermo grave es aislado de entrada.

Cada pabellón tiene su laboratorio de análisis, rayos X, fisioterapia, etc., etc.

Hay, además, un pabellón central de rayos X, de radium, laboratorios especiales para agotar una investigación.

Lo fundamental es que el médico tiene en su pabellón y al lado del enfermo, todos los elementos auxiliares necesarios para el estudio del mismo.

El Botkine tiene capacidad para 2.300 enfermos y pasan por año más de 30.000 pacientes.

Su personal es de 3.000; de los cuales 273 son médicos y 900 enfermeros.

En el sostenimiento del Botkine el Soviet de Moscú invierte anualmente 52 millones de rublos, equivalentes a 13 millones de dólares y, al cambio teórico de 14 pesos argentinos —imposible de obtener, sin embargo— 182 millones de pesos argentinos!

En el momento de mi visita ejercía la dirección provisional la doctora Vera Alexandrovna Romanova, que lleva 25 años trabajando allí mismo.

Me informó acerca del funcionamiento y con ella lo visitamos.

En el transcurso de la visita tuve oportunidad de hablar con algunos colegas —el servicio de médico de sala es permanente y por turnos— y discutir con ellos algunos problemas médicos y terapéuticos.

Utilizan antibióticos y sulfamidas, pero con parsimonia; vacunas y sueros. Sistemáticamente se vacuna contra la difteria, coqueluche, tifoidea, etc.

VISITA A LA FACULTAD DE MEDICINA. MOSCU

En mi visita a la Facultad de Medicina fui cordialmente recibido por el decano, profesor Petrov, y por el profesor Burman.

Se interesaron por la medicina de nuestro país, por los métodos de enseñanza, por la orientación de la ciencia argentina, organización asistencial, etc., etc.

Ellos, a su vez, me informaron acerca de cuanto me interesaba saber.

Comenzamos después a recorrer claustros, laboratorios de investigaciones fisiológicas y químicas, exposiciones de higiene industrial para la enseñanza de la misma a los alumnos; exposiciones bromatológicas de una amplitud y minuciosidad para mí desconocidas, utilizadas en la enseñanza de la higiene alimenticia y de la toxicología.

Penetramos luego a un aula totalmente colmada. El profesor había terminado su clase y su sitio era ocupado por un joven alumno que interrumpió su exposición al llegar nosotros.

Todos se pusieron de pie. El Decano saludó. Preguntó si podía interrumpirlos e inquirió en lo que estaban.

Realizaban una asamblea para renovar la comisión encargada de vigilar el cumplimiento del *plan cultural* a desarrollar durante el año, plan que se dan ellos mismos.

El Decano quiso informarse de cómo había trabajado la comisión saliente y luego hizo mi presentación.

Los alumnos aplaudieron. Uno de ellos pidió permiso

al "camarada Decano" para hacerme algunas preguntas.

Se entabló así; a través del intérprete Kusmitchev, un diálogo animado.

Al terminar dijo: Queremos colocar en su solapa nuestra insignia de estudiantes de medicina soviéticos. Agradecí, pero hice notar que esa insignia era para jóvenes y ustedes ven que yo ya no lo soy.

Usted es joven de espíritu y debe llevarla, fué su respuesta.

El Decano intervino: Tenemos aún mucho que ver. Nombren ustedes una comisión, y a las once nos encontraremos en la cátedra del profesor Vinogradov; lleven allí la insignia.

Así ocurrió. A las once, tres jóvenes y una niña llegaron a la cátedra del profesor Vinogradov, donde nosotros comentábamos diversos tópicos de clínica y terapéutica.

Con la anuencia del profesor y del Decano la joven colocó en mi solapa la insignia y dijo algunas palabras que el intérprete tradujo.

Saludaba en mí no sólo a los intelectuales comunistas de la Argentina, sino a todos los intelectuales progresistas de nuestro país; auguraba a los estudiantes argentinos una vida feliz y libre, y deseaba que alguna vez pudieran estrecharse vínculos entre los estudiantes de ambos países.

Fué para mí grande la emoción cuando aquella niña soviética, grácil y bella, colocó en mi solapa la insignia que ellos llevan con tanto honor.

Así se lo hice saber y le dije que conservaría la insignia y el recuerdo de ese instante, en que la recibía de sus manos, como uno de los momentos más emotivos de mi vida.

Continuamos nuestra visita. Entramos a otra aula, pero esta vez el profesor dictaba su clase.

El Decano me presentó. El profesor, un hombre joven,

vivaz, estrechó mi mano y los alumnos, alumnos del último curso, pronto serían médicos, de pie, aplaudieron.

El Decano me informó que el curso era sobre materialismo dialéctico y marxismo.

El profesor inquirió acerca de si en la Argentina se dictaba un curso semejante.

Mi respuesta negativa no le asombró. Añadí que para que ello ocurriera sería necesaria una profunda transformación social, como la que Rusia ha experimentado.

Ojalá que sea pronto, acotó por su parte.

De la Facultad fuimos a los hospitales que dependen de la misma. Ocupan en la vecindad varias manzanas. Recorrimos algunos servicios de clínica y laboratorios anexos.

Salas pequeñas, no más de 16 camas, algunas menos; laboratorios muy bien equipados, con abundante personal entregado a su tarea.

Al separarnos del Decano, profesor Petrov, y del profesor Burman, agradecí cuanto habían tenido la gentileza de mostrarme y formulé votos por el auge de la ciencia progresista del país soviético.

Ellos me abrazaron conmovidos y auguraron para nuestra ciencia y para nuestro pueblo un feliz destino.

DESPEDIDA EN V.O.K.S.

El profesor Denisov, presidente de V.O.K.S., debía partir para Ucrania. Quiso despedirse de nosotros antes de dejar Moscú, ya que a su regreso nosotros, también, habríamos salido del país soviético.

Con su gesto cordial, su sonrisa amable, inquirió nuestro juicio acerca de lo que vimos y observamos.

Y fué categórico: ¿Qué les ha chocado a ustedes en todo lo que han visto?

Mi señora fué la primera en hablar.

Frente al Hotel Astoria, en Leningrado, realizaban trabajos de saneamiento en la calle.

Pesados caños de hierro eran colocados en una zanja profunda por trabajadores, entre los cuales había varias mujeres muy jóvenes, de fijo que ninguna llegaba a los 25 años.

Equipadas con guantes y botas de goma, parecían realizar alegremente su tarea. Casi todas ellas rubias, ojos claros, lindas.

Mi mujer me había ya dicho que ese trabajo no le parecía adecuado para aquellas niñas.

Habíamos tratado de explicarnos el hecho por la escasez de varones a causa de la guerra. Y así se lo manifestó al profesor Denisov.

Este dijo algo que, por otra parte, nosotros no ignorábamos: en nuestro país la mujer y el hombre tienen acceso, en igualdad de condiciones, a todas las actividades productivas, así fueren manuales o intelectuales.

Y continuó: esas niñas, traídas de regiones lejanas y

diversas, trabajan sólo *cuatro horas*. El resto lo pasan internadas en un colegio, donde realizan su aprendizaje teórico y práctico.

Cuando han terminado, después de 3 o 4 años, su capacitación, vuelven, si así lo desean, a su región de origen en condiciones muy superiores a las que tenían cuando salieron de ellas.

Nuestro país es inmenso. Ha habido, como consecuencia de la guerra, escasez de hombres en el trabajo, y el proceso de la construcción socialista no puede detenerse.

Añadió después: ¿Qué aspecto tenían esas jóvenes? ¿Parecían agobiadas por su tarea?

Nosotros no pudimos menos que contestar negativamente: siempre las vimos joviales.

Y bien, dijo el profesor Denisov, esas niñas, con sus guantes y sus botas de goma, realizando un trabajo que a ustedes les choca, están en un momento de la formación de su personalidad y retribuyen, donde sea necesario, el esfuerzo que el Estado soviético hace por capacitarlas.

Y, además, terminó sonriente, ellas enamoran así y todo a nuestros muchachos.

¿Qué piensa usted hacer con lo que ha observado y visto durante su estada?

Se ha calumniado tanto a la Unión Soviética que su pregunta era naturalísima.

Hay que difundir la verdad acerca de la U.R.S.S., le dije. Es nuestro deber.

Estas notas son la respuesta, un poco tardía, a su pregunta.

Pasado mañana V.O.K.S. despedirá a ustedes con una cena. Lamento muy de veras no presidirla. Salgo esta noche para Ucrania.

Estrechó con sus dos manos la de mi mujer y le auguró un feliz retorno a la patria.

Me abrazó con efusión, largamente, y me besó. Yo sentí en aquel beso y en aquel abrazo lo que había sentido hacía ya veinte años, cuando Henri Barbusse me despedía en la estación de Saint-Denis con un abrazo y un beso: que estaba conviviendo con el futuro venturoso del mundo construido en medio del dolor y la angustia presentes.

Y mi emoción fué grande y perdurable. Aún hoy, en el momento en que ordeno estas notas, el recuerdo de aquella escena hace palpar mi corazón.

CON FEDOR KELIN Y ARCONADA

La misma tarde y en V.O.K.S., estuvimos departiendo con Fedor Kelin, el escritor soviético perito en literatura española, y con Arconada, el escritor español refugiado en Moscú.

Al salir de Buenos Aires llevábamos para ambos cartas de María Teresa León y Rafael Alberti.

Se interesaron por María Teresa y Rafael muy vivamente.

Sus palabras traducían gran afecto hacia ellos. No acababan de formularnos preguntas acerca de la vida de ambos; de su actividad, de su producción, de su lucha por España y por la paz.

Se interesaron, también, por todos los refugiados españoles y nos rogaron transmitir a los que conociéramos su recuerdo afectuoso.

Kelin me dijo: Arconada ha hecho una gran obra que pronto será estrenada en Moscú. Se refiere a la lucha por la liberación de su patria. Hágaselo saber a María Teresa y a Rafael.

Los ojos de Arconada se humedecieron y su mano temblaba al estrechar la mía...

LA CENA DE DESPEDIDA

En la madrugada tomaríamos el avión para Praga. Llegaba a su término nuestra visita a la Unión Soviética.

Por la noche del último día de nuestra estada, V.O.K.S. nos agasajaba con una comida en uno de los salones del Hotel Nacional.

Allí estaban el vicepresidente de V.O.K.S., el Decano de la Facultad de Medicina, el Director de la Escuela N° 135 de Moscú, la Directora de la Escuela Hogar N° 27 para huérfanos de la guerra, la mayoría de las personas que nos habían acompañado en nuestras visitas y el personal de V.O.K.S., su secretaria, cuyo francés era perfecto; Daskevich, Jefe de los Asuntos Latinoamericanos de V.O.K.S., a quien yo había conocido en Buenos Aires cuando era representante de la agencia Tass; Kusmitchev, nuestro intérprete inseparable; la señorita intérprete que me había acompañado en mis visitas a la Academia de Medicina y al viceministro de Salud Pública, etc., etc.

Mesa cordial y bulliciosa, adornada primorosamente con flores y hortalizas artísticamente trabajadas.

Según costumbre rusa, una vez ubicados, comenzaron los brindis antes de la comida.

Cada uno haría el suyo con vodka.

Al llegar al cuarto brindis —lo había iniciado el vicepresidente de V.O.K.S.— dije a la intérprete que estaba a mi lado: Le ruego transmita al vicepresidente de V.O.K.S. mi deseo de hablar ahora, antes de que la vodka me lo impida.

Todos celebraron mi pedido.

Me puse de pie con la copa vacía. Asombro en los comensales. Eso era algo así como un sacrilegio gastronómico.

La intérprete tradujo lentamente mis palabras.

Dije que mi copa estaba sólo aparentemente vacía. Rebosaba de reconocimiento y de afecto hacia el país soviético; hacia su gran pueblo, que en lucha titánica hizo la revolución, inició la construcción socialista emergiendo de la más tremenda servidumbre; venció el bloqueo de 14 países y acababa de quebrar el espinazo al nazismo agresor, salvando al mundo de la barbarie parda.

Dije que mi mujer y yo, con nuestra estada en la Unión Soviética era como si nos hubiésemos zambullido en el Jordán de la redención humana, limpiándonos de todas las lacras en que abunda esta civilización de agiotistas y de mercaderes, con el marbete de civilización cristiana.

Brindé por el pueblo soviético en marcha hacia la sociedad comunista; por aquella conjunción maravillosa de genio teórico y de voluntad realizadora que fué Lenin; por su gran guía, conductor genial de los planes quinquenales, Stalin; por la nueva cultura que florece en tierra soviética; por V.O.K.S. y por todos los que en ese momento nos despedían con su afecto y solidaridad.

Mi mujer añadió: brindo por la mujer soviética, doblemente heroína: en la guerra y en el trabajo pacífico y creador.

Todos aplaudieron.

Brindaron luego el Decano de la Facultad de Medicina y el Director de la Escuela N° 135.

El Decano de la Facultad de Medicina, profesor Petrov, después de reseñar, en una síntesis brillante, lo que era la ciencia en general y la medicina en particular antes de la Revolución de Octubre, enumeró a grandes rasgos lo que era la ciencia soviética y, sobre todo, la medicina

soviética, toda ella al servicio del hombre, liberada de las trabas y la esterilidad que le imponen la sociedad de clases.

Brindó por que una ciencia argentina al servicio del pueblo argentino en constante brega por un mundo humano, tuviera permanente contacto con la ciencia soviética, para bien de ambos pueblos y de la humanidad toda.

Recordó nuestra visita a la Facultad y auguró que en día no lejano pudiera yo presenciar en mi país el espectáculo que había presenciado y vivido en el suyo: una ciencia libre entregada por entero a la superación del hombre.

El Director de la Escuela Nº 135 de Moscú fué muy breve. La Revolución Socialista, dijo, ha entregado a cada hombre de nuestro vasto país el instrumento indispensable para su superación cultural: el alfabeto, y ha liquidado el analfabetismo, que en ciertas regiones superaba el 95 por ciento; ha universalizado y hecho gratuita la enseñanza; está en camino de superar la diferencia entre trabajo manual y trabajo intelectual, cosa que lograremos en breve plazo, ya que ello es una de las condiciones básicas de la sociedad comunista, hacia la cual vamos.

Cuando se puso de pie la Directora de la Escuela Hogar para Huérfanos de la Guerra, el vicepresidente de V.O.K.S. anunció: Va a brindar una madre que tiene 150 hijos (era el número de niños que estaban a su cuidado).

Ella dijo: No, estos hijos tienen millones de madres, ¡todas las del país soviético!

Y pronunció un brindis emocionado y cálido recordando nuestra visita a su Escuela y exaltando la solidaridad viva de su pueblo hacia los hijos de los que murieron en la gran guerra patria.

Después, Daskevich, en un perfecto castellano, evocó Buenos Aires y su pueblo, tan ligado a los demás pueblos de América Latina en su lucha contra la opresión im-

perialista y en su brega por la paz y la liberación nacional.

Dijo cuán grande había sido su emoción al encontrarme en su Moscú, tan distante de nuestro Buenos Aires y tan cerca, sin embargo, por la comunidad de ideales en esta lucha por un mundo libre y humano.

Cerró los brindis el vicepresidente de V.O.K.S.

Ya no fué brindis. Fué una magnífica y emotiva pieza oratoria en que evocó, ante nosotros, la lucha del pueblo soviético por la construcción socialista; la lucha recia, dura, feroz por la defensa de esa construcción ante la agresión del nazismo; los sufrimientos inenarrables hasta la hora de la victoria; el impulso creador incontenible en cada ciudadano soviético y la devoción consciente, el cariño entrañable del pueblo hacia el conductor genial, Josif Vissarianovich Stalin.

Y al despedirnos en nombre de V.O.K.S. y augurarnos feliz retorno a la patria lejana, nos incitó a decir la verdad, la verdad desnuda acerca de la Unión Soviética, vilipendiada por el imperialismo, pero amada por los pueblos, que ven en ella el baluarte imbatible de la paz y de la fraternidad entre los hombres.

La comida continuó, mejor, casi comenzó recién, con una profusa variedad de platos: caviar, arenques, unas deliciosas empanadas de carne estilo ruso, las delicadas coteletas de Kief, etc., etc., y los vinos, blancos y tintos, del Cáucaso y de Géorgia, que pueden soportar el parangón con los mejores del mundo, y el champagne, blanco y rosado, que puede ocupar en una mesa, sin desmedro, el mismo rango que el mejor champagne francés.

Al término de la cena, pasadas las 21 —nos habíamos reunido antes de las 19—, uno a uno los comensales se despidieron de nosotros.

Grande era nuestra emoción ante aquella efusiva manifestación de simpatía.

Poco después de la una de la mañana, en medio de

una llovizna persistente, abandonamos el Hotel Nacional camino del aeropuerto.

Al dejar el Hotel sentimos cuán grande era nuestro reconocimiento hacia su personal, que con toda buena voluntad había hecho grata nuestra estada en él.

Nos acompañaron al aeródromo, además de Kusmitchev, los mismos que nos habían recibido el día de nuestra llegada.

Cuando el avión comenzó a deslizarse, sentimos que algo de nosotros quedaba en tierra con aquellos camaradas tan amigos que nos saludaban; sentimos, a la vez, una profunda emoción de reconocimiento por haber convivido con aquel gran pueblo en marcha hacia una vida libre, sana, limpia, realmente humana.

Y cuando, ya en el aire, se extinguieron para nosotros las luces del aeropuerto, otra luz se encendió en nuestro espíritu: la de la certidumbre de que aquel pueblo es invencible, y dijimos: ¡Salve, Unión Soviética, aurora del mundo que nace en medio de las tinieblas que han ensombrecido y envilecido, por milenios, la vida del hombre!

ALGUNOS ASPECTOS DE LA MEDICINA EN LA U.R.S.S.

Voy a ocuparme de una medicina que entre nosotros es poco conocida —como se conoce poco todo cuanto acontece en el país soviético.

Muchas de las cosas que relato han sido por mí verificadas durante mi estada en la U.R.S.S. el año 1950.

Puedo decir, con absoluta seguridad, que la ciencia tiene en aquel país una función eminente; que se investiga y se trabaja científicamente con entera libertad y que la crítica se realiza, igualmente, con una amplitud desconocida en otros países.



La medicina soviética tiene características que la singularizan frente a la medicina de los países capitalistas.

Esto parece, a simple vista, inexacto. Una pulmonía se cura, con muy pocas diferencias, con los mismos tratamientos en la Unión Soviética que en Francia o entre nosotros; una gastrectomía o una ectomía de vesícula biliar se hacen con técnicas parecidas en cualquier parte del mundo, y los bacilos de la tuberculosis o de la difteria se colorean y se cultivan de manera igual o con pocas variantes en un laboratorio soviético o norteamericano.

¿En qué finca, entonces, esta singularidad de la medicina soviética frente a la medicina de los países capitalistas?

En los principios que la informan, de donde derivan a la vez su eficacia y su fecundidad.

La vieja orden de los médicos que implicaba un apostolado real y no ficticio —el médico no cobraba, recibía lo que cada señorío o paciente pudiera darle— fué sumergida y asfixiada por la evolución histórica en el momento en que aparece una sociedad mercantil. Los médicos se han incorporado a las prácticas de esa sociedad.

La medicina de los países capitalistas —pese a todas las restricciones que se han ido estableciendo— es una actividad en que domina el principio esencial del capitalismo: la acción individual, privada, sometida a la oferta y la demanda, vale decir, es una actividad de tipo mercantil en que el enfermo solicita un servicio que el médico presta mediante una retribución en dinero.

Este hecho fundamental no se invalida porque el médico, en muchos casos, preste servicios gratuitos.

Además, esta medicina esencialmente curativa no contempla los problemas de la prevención de la enfermedad —no sólo en la órbita infecto-contagiosa y parasitaria, sino en gran cantidad de otros procesos— prevención que necesita la intervención del Estado.

Todo problema de higiene general y saneamiento desborda la actividad individual.

Por otra parte, la liquidación de las epidemias y endemias; la disminución de muchos procesos engendrados por las pésimas condiciones de vida, trabajo y alimentación, que se logran por la elevación del standard de vida de las gentes, colocan al médico frente a una situación de embarazo: su clientela mengua y con ello sus entradas y su tenor de vida sufren igualmente una declinación.

La medicina de la Unión Soviética no se enfrenta con ninguna de estas contradicciones.

La salud es allí considerada en el mismo plano que la instrucción y la educación.

La instrucción y la salud son función de la colectividad.

Sobre esas dos columnas asienta la sociedad soviética: *población sana y población instruída*.

La asistencia médica, como la instrucción, son absolutamente gratuitas y accesibles a todos los ciudadanos soviéticos.

La primera Constitución en el mundo que asegura al individuo —sea cual fuere su situación— el derecho a la conservación de su salud, a su restitución cuando ha sido alterada, al reposo cuando fuere necesario, es la Constitución Soviética del año 36, cuyo artículo 120 dice textualmente:

“Los ciudadanos de la U.R.S.S. tienen derecho a una vejez materialmente asegurada, y, también, en caso de enfermedad y de pérdida de su capacidad de trabajo. Este derecho es garantizado por un gran desarrollo del seguro social de los obreros y empleados a expensas del Estado, por la asistencia médica gratuita, por la puesta a su disposición de una vasta red de estaciones de cura”.

Este artículo de la Constitución Soviética del 36, reproduce y amplía las medidas que ya, cinco días después de la Revolución Socialista —el 13 de noviembre de 1917— el flamante gobierno revolucionario había tomado, en lo referente al seguro social y a la salud del pueblo trabajador.

En la vida soviética, el hombre tiene asegurados el derecho a la salud, al trabajo, a la instrucción y al reposo, en forma absolutamente gratuita e igual para todos.

La protección de la madre y el hijo es una preocupación fundamental en aquel país y una vasta red de maternidades y casas-cunas garantizan su efectividad.

En ninguna parte del mundo la higiene industrial ha alcanzado el nivel que ofrece en la Unión Soviética.

Desde los primeros tiempos de la Revolución el estudio de las enfermedades profesionales integró el vasto plan de defensa de la salud del pueblo. Y apenas salidos de la guerra civil, el bloqueo y la invasión extranjera, ya se creó en Moscú el primer instituto para el estudio, tratamiento y prevención de las enfermedades profesionales.

La doctora Alice Hamilton —que visitó Rusia en 1924— encontró ya en pleno funcionamiento el Instituto Obuch —el primero y único en el mundo— según la higienista americana. De entonces acá los progresos en esta disciplina son enormes.

Como índice de la distinta actitud frente a la higiene en el trabajo —y por lo tanto, frente a la salud— entre la sociedad socialista y el capitalismo, baste recordar que ya en 1924 la Unión Soviética había puesto en práctica un método que permite suprimir el uso del nitrato de mercurio —muy tóxico— en la industria del fieltro para sombreros.

La doctora Hamilton hace notar que sólo *veinte años más tarde* ese método fué parcialmente introducido en su país, y ello, en parte, por las dificultades que la guerra creaba para el aprovisionamiento de mercurio!

La salubridad general del país es excelente. Esto no podría acontecer si no se hubieran modificado las condiciones de vida y trabajo de las gentes y si la medicina no hubiera tomado el carácter de medicina preventiva, en una magnitud jamás alcanzada en otro país del mundo. Los médicos saben cuál era la situación en cuanto a morbilidad, mortalidad y epidemias en la Rusia zarista. El paludismo, la viruela, el cólera, el tifus exantemático, eran endémicos en vastas zonas de Rusia, sobre todo en el sur.

La tuberculosis, la sífilis, hacían estragos en las grandes ciudades.

No existía en la Rusia zarista ningún organismo oficial encargado de la lucha contra esas enfermedades.

Para tener una idea de la gravedad del estado sanitario en la Rusia zarista baste recordar que en el decenio 1904-1914, la mortalidad alcanzaba al 30 % en los adultos y la mortalidad infantil a la pavorosa cifra de 244 %.

Las denuncias de enfermedades infecto-contagiosas en 1914 sumaron 11.843.000.

En ese vasto país, con una organización asistencial rudimentaria en las ciudades y más aún en el campo, la guerra civil, la invasión de los ejércitos extranjeros en apoyo de la contrarrevolución, crearon una situación sanitaria extraordinariamente grave y deficiente.

Desde ese *nivel catastrófico* tuvo que partir el gobierno soviético para dar al pueblo una *asistencia médica eficiente*. Había que crearlo todo, porque todo había sido desquiciado: las cosas y los hombres.

Había que formar médicos, enfermeros, parteras, laboratoristas; construir hospitales, dispensarios, maternidades, salas-cunas; dotar a esos establecimientos de las cosas indispensables para una asistencia regular y cada vez más calificada; crear una nueva mentalidad en el médico hecho al ejercicio privado de la medicina.

Fué una obra gigantesca, cuyos frutos se recogieron después de años de paciente labor, de duras pruebas frente a la resistencia por incomprensión o por interés personal.

En un país con unos 165 millones de habitantes, como era la Rusia zarista en el momento de la Revolución en 1917, había sólo 24.000 médicos; es decir, 1 médico para 6.875 habitantes, suponiendo una distribución uniforme de la población y los médicos, lo que no ocurre.

El número de camas hospitalarias, en la misma época, llegaba a 175.690; el de dispensarios y policlínicos en las ciudades a 1.230 y en las zonas rurales a 4.367.

Las posibilidades materiales de asistencia médica eran, pues, extraordinariamente escasas en relación a la densidad de población, agravadas, además, por la destrucción durante la guerra y la revolución.

En esas condiciones inicia el Poder Soviético su tarea de crear una medicina socialista, planificada, absolutamente gratuita, en su doble aspecto de medicina preventiva y curativa.

A fines de 1922 el pueblo ruso, con las armas en la mano, había vencido la contrarrevolución y la invasión de 14 potencias extranjeras coligadas para aplastarlo.

Todo lo que hasta ese momento se había hecho estuvo subordinado a la defensa armada de la Revolución. Desde ese momento en adelante comenzaba la verdadera obra constructiva que había de transformar, en menos de un cuarto de siglo, aquel país atrasado, en que casi un 80 o 90 % de sus habitantes eran analfabetos, en una sociedad fraternal, con una industria altamente desarrollada, con la agricultura más mecanizada del mundo y con una cultura, en todos los aspectos, floreciente y humana.

El desarrollo de la medicina soviética está íntimamente vinculado al proceso de la construcción socialista.

Entre 1922 y 1929 —en este año comienza recién el primer plan quinquenal— se creó una vasta red de estaciones médicas para atender en el campo y en las ciudades, se aumentó el número de médicos y enfermeros y se estructuraron gran número de Comités de Salubridad Pública, integrados por el mismo pueblo, a quien se le daba participación y responsabilidad en la defensa de la salud.

Las cifras dan una idea clara de lo que se hizo, aún en medio del desastre de la guerra civil, la invasión y el bloqueo extranjero. En 1913 había —como hemos dicho más arriba— 24.000 médicos y 175.690 camas.

Al comenzar el primer plan quinquenal en 1929, el número de médicos era de 63.219 —es decir, 39.129 mé-

dicos más— y 246.000 camas, lo que importaba un aumento de 170.466 camas.

En 1913 no se conocían médicos escolares. Al comenzar el plan quinquenal, 2.378 médicos escolares y 2.111 inspectores sanitarios prestaban servicios.

El presupuesto de salud pública, que en 1913 era de 128.500.000 rublos, asciende en 1928 a 660.800.000 rublos. Se habían instalado 367 laboratorios bacteriológicos, 52.143 salas cunas en las ciudades y 204.590 en el campo.

Las posibilidades de la defensa de la salud, como puede notarse, aumentaron de manera evidente.

Al terminar el primer plan quinquenal entre 1929 y 1932, los progresos realizados son extraordinarios: el número de médicos alcanza a 76.377, vale decir, 13.158 médicos se habían incorporado en ese quinquenio a la lucha por la defensa de la salud; los médicos escolares pasaron de 2.378 a 4.527; había instaladas 5.506 estaciones sanitarias en las fábricas; los laboratorios bacteriológicos se elevaron a 1.080; el número de camas en los hospitales llegaba a 405.800 —un aumento de 159.800 en un quinquenio— las salas-cunas llegaron en las ciudades a 299.388 y en el campo a 252.251; el presupuesto de salud pública pasó de 660.800.000 rublos en 1928 a 2.105.800.000 rublos en 1932, al término del primer plan quinquenal.

El segundo y tercer plan quinquenal —este último interrumpido casi al final por la invasión nazi el año 41— mejoraron cuantitativa y cualitativamente los servicios sanitarios en todos sus aspectos.

Se dedicó atención preponderante a la formación del personal médico ajustando y elevando los planes de enseñanza; creando numerosos institutos de investigación para diversos problemas científicos; mejorando el equipo de todas las instalaciones hospitalarias; aumentando el número de camas y dando un gran impulso a la medi-

cina preventiva, meta fundamental de la medicina soviética.

En el momento de mi visita a la U.R.S.S. en septiembre del año 50, el nivel de los servicios sanitarios había alcanzado un desarrollo extraordinario, pese a la guerra que destruyó gran número de hospitales e institutos en la zona ocupada por el invasor.

En mi conversación con el viceministro de Salud Pública —Alejandro Schavanov— obtuve datos valiosos acerca del estado actual de los servicios sanitarios y de la salubridad del país, que resumiré brevemente.

En el año 1950 el número de médicos en la U.R.S.S. llegaba a 200.000. La población del país se acercaba a los 200 millones. Esto significa que hay *un médico* por cada *mil habitantes*. Recordemos que al comienzo de la Revolución había *un médico* por cada 6.875 habitantes.

Si tomamos en consideración la morbilidad —que con el mejoramiento de las condiciones de vida y con la rigurosa aplicación de medidas preventivas e higiénicas ha disminuído en forma manifiesta— se infiere qué grado de eficiencia alcanza la medicina soviética desde el punto de vista del personal médico. No hay en el mundo un país que pueda ofrecer esa relación y ese material humano, apto para la defensa de la salud. Salen —por otra parte— cada año, de las diversas escuelas de Medicina de la Unión Soviética, 20.000 médicos.

(En nuestro país hay cerca de 20.000 médicos, con una población aproximada de 17 millones. Habría un médico para cada 850 habitantes pero dada la desigual distribución de médicos y población hay vastas zonas del país con deficiencias y otras con plétora).

De este enorme número de médicos, más del 50 % son mujeres. En Estados Unidos las mujeres médicos sólo alcanzan al 10 % del total de médicos.

En todos los servicios sanitarios de la Unión Soviética

trabajan más de un millón de mujeres, de las cuales más de cien mil son médicos.

El número de camas hospitalarias, que en 1913 —como ya referí— era de 175.690, llegaba a fines del 49 a más de 800.000 y en septiembre de 50 estaba muy por encima de esa cifra.

En 1949 se calculaba que había disponibles 10,4 camas por cada 1.000 habitantes de la U.R.S.S.

¿Cuántas camas disponibles hay para la población en nuestro país? ¿Cuántas en Estados Unidos y en Inglaterra? En Francia hacen falta 85.000 camas hospitalarias, para que pueda hablarse de una asistencia medianamente buena, me decían algunos colegas en París, en enero del 51.

En Estados Unidos hay cerca de 6.700 hospitales; 4.328 son propiedad de empresas privadas, instituciones religiosas y filantrópicas.

Los enfermos pagan allí el 80 % de los gastos; 42 % de esas entradas las perciben los médicos.

Más del 50 % de las camas de los hospitales privados están vacías, porque la gente no puede afrontar las erogaciones que importa el tratamiento en esos hospitales.

En Londres se da esta situación paradójica: el sueldo de los enfermeros es tan bajo que quedan numerosos puestos vacantes y como no hay quien cuide los enfermos, miles de camas permanecen vacías, mientras numerosos pacientes graves y necesitados no pueden ser internados.

Comparemos esta carencia de enfermeros con lo que pasa en la Unión Soviética.

El gran hospital Botkine de Moscú, con capacidad para 2.300 enfermos —tiene aparte de 273 médicos, 900 enfermeros—, es decir, un enfermero por cada *dos enfermos y fracción*.

Los médicos sabemos bien lo que significa la penuria

de los enfermeros: desatención del enfermo, aplicación tardía o incorrecta de las indicaciones, de las cuales depende muchas veces la vida del paciente.

¿Cuántos enfermeros hay en nuestras salas de hospital? Un enfermero o enfermera tiene bajo su cuidado ¡no menos de *diez* y a veces *doce* enfermos!

Todas estas deficiencias derivan de la exigüidad de los presupuestos para salud pública.

Mientras se invierten miles de millones en gastos de tipo improductivo —y particularmente militar—, se regatea en la defensa de la salud y la vida del pueblo.

En la U.R.S.S. la asistencia médica puede hacerse sin restricción de ninguna naturaleza, porque allí la salud del pueblo, como la instrucción del pueblo, son elementos primordiales y esenciales de la vida soviética.

Es el país que tiene el presupuesto de salud pública más caudaloso del mundo.

El presupuesto, que el año 42 era de 16.500.000.000 de rublos —equivalente a 4.125.000.000 de dólares— alcanzaba en 1949 a 21.500 millones de rublos, equivalentes a 7.125.000.000 de dólares, y al cambio teórico de 14 pesos por dólar en el mercado libre, imposible por otra parte de obtener, ¡da la cifra fabulosa de 99.750 millones de pesos argentinos!

Con ese presupuesto se puede tener todo lo que se necesite para una buena asistencia médica y para realizar una medicina preventiva de extraordinaria eficiencia.

Y es, precisamente, esa abundancia de recursos de que dispone la sociedad soviética, la que ha permitido crear una vasta red de hospitales, dispensarios, policlínicos y maternidades en todo el país, y magníficos institutos de investigación.

Moscú tenía en 1913 *un solo* Instituto Médico para Investigación Científica. Hoy hay en Moscú 56 institutos; con

un personal de 3.800 especialistas, dedicados a la investigación.

La Academia de Ciencias Médicas de la U.R.S.S. tiene, ella sola, 22 institutos de investigación científica.

Hemos hecho mención del elemento humano con que se cuenta en la Unión Soviética para la asistencia médica: 200.000 médicos y varios millones de trabajadores auxiliares de la medicina; hemos hecho mención, además, de los elementos materiales que se han creado para que la atención del paciente sea efectiva.

Veamos cómo están distribuidos y cómo funcionan. Con ello tendremos una idea de cómo se realiza la asistencia médica en la U.R.S.S.

En una medicina socializada y socialista no existen consultorios privados. El médico atiende en su lugar de trabajo: el dispensario, el policlínico, el hospital o la maternidad. Cada núcleo de población está dividido en sectores servidos por una estructura asistencial que va desde el dispensario al hospital. El enfermo llama al médico de zona en caso de estar en cama o concurre al policlínico, donde es examinado. La asistencia es permanente. El médico trabaja sólo seis horas al día. El médico de zona, adscripto a la asistencia domiciliaria, trabaja en dicha asistencia únicamente tres horas; las otras tres las ocupa en el hospital. Está obligado a concurrir a los cursos de perfeccionamiento que se dictan anualmente. Hay 11 Institutos de Perfeccionamiento distribuidos en todo el país y a ellos recurren en forma permanente y por turno todos los médicos de la U.R.S.S.

El médico de zona tiene una gran tarea. Realiza el fichaje del enfermo; hace su historia clínica sumaria y recurre, en caso necesario, a todos los elementos de investigación. Es el encargado de disponer si el enfermo debe ser hospitalizado o examinado por un especialista al cual

él mismo solicita su concurso o si debe ser enviado a un sanatorio de mar o de montaña.

En esa forma toda la población tiene su ficha clínica utilizable por cualquier médico que se haga cargo del trabajo asistencial y en cualquier momento.

Es, también, el médico de sector, auxiliado por el personal de enfermeros y visitadoras sociales, quien determina las medidas profilácticas que deben actuarse en caso de procesos infecciosos y quien vigila su estricta aplicación.

En cada zona hay *Comités de Salud Pública*, integrados por médicos, enfermeros y ciudadanos soviéticos, que realizan conferencias periódicas sobre higiene general y en esa forma toma parte toda la población en la lucha por la defensa de su propia salud.

Los médicos rurales atienden la población campesina a domicilio o bien en dispensarios, cuyo personal varía según la densidad de la población que debe ser asistida.

En las cabezas de distrito rural, a fines de 1950, cada policlínico o dispensario comprendía una sala de fisioterapia, un laboratorio para análisis y en más de la mitad de ellos había ya sala de Rayos X, equipos odontológicos y biblioteca médica.

Estos dispensarios rurales se vinculan a la vasta red de hospitales cuyo primer centro es el hospital rural. Un hospital rural sirve a un grupo de koljoses y sovjoses; está dotado de todos los elementos indispensables para el tratamiento médico-quirúrgico. Este centro asistencial está en relación con hospitales regionales de mayor capacidad y equipos más completos, los que, a su vez, se vinculan a los hospitales de las grandes ciudades que son, además, centros de investigación y perfeccionamiento.

Una vez hospitalizado el enfermo, queda bajo la responsabilidad del médico jefe del servicio en que está internado. El jefe de servicio revisa personalmente al pa-

ciente y es secundado por un equipo numeroso de médicos. Cada médico tiene bajo su vigilancia seis camas; son los médicos asistentes, que, a la vez, tienen tres horas de trabajo en la asistencia domiciliaria o en policlínicos.

De este modo el médico asistente puede observar toda la evolución del proceso: ha visto el comienzo en la casa o en el policlínico o dispensario y lo sigue en el período de hospitalización.

El dispensario tiene en la Unión Soviética un papel muy importante. Toma a su cuidado los enfermos que le son enviados de los policlínicos. Hay dispensarios anti-tuberculosos, antivenéreos, antihipertensivos, antidiabéticos, etcétera.

El dispensario que se ocupa del tratamiento del enfermo afectado de hipertensión, por ejemplo, trata de que el diagnóstico del proceso sea lo más precoz posible. El hipertensivo es examinado cuidadosamente desde el punto de vista clínico general y especial: fondo de ojo, electrocardiograma, radioscopia, laboratorio. Se determina el grado de evolución de su enfermedad y los exámenes se repiten periódicamente. Al enfermo se le esclarece acerca de su padecimiento, sus posibilidades de trabajo, su reposo y su régimen. El dispensario es quien indica la readaptación profesional del hipertenso, el reposo sistemático que debe guardar en el trabajo y la dietética a que se le someterá en el comedor de fábrica.

La medicina de usinas tiene un gran desarrollo en la U.R.S.S., como no puede verse en ninguna parte del mundo.

Es a la vez profiláctica y curativa. Según la magnitud de la planta de producción comprende la policlínica y, además, el hospital propio para dicha planta productiva. El policlínico abarca todas las especialidades y está equipado para asegurar la asistencia de 2.000 trabajadores como máximo.

Los médicos del policlínico de usinas están, además,

adscriptos al servicio hospitalario y dependen del médico jefe de servicio.

Estos médicos de usina pueden llamar en consulta a un especialista y se mantiene en contacto estrecho con los centros de higiene del trabajo y con los mismos obreros. Son estos centros de higiene del trabajo los que impulsan la organización de la protección del trabajo y la lucha contra el accidente y las enfermedades profesionales. En las grandes usinas hay centros especiales de traumatología.

Una vasta red de ambulancias sanitarias aéreas cubre todo el país y establece enlace permanente entre las instituciones clínico-quirúrgicas y los lejanos hospitales rurales. Sólo en la República Socialista Federativa Rusa—cuyo centro es Moscú— existen 82 estaciones de aviación sanitaria, que acuden inmediatamente al llamado de los médicos rurales o transportan especialistas y equipos para realizar, en el sitio en que está el enfermo, las intervenciones que el caso requiera. En un año, 87.000 enfermos han sido transportados por aviones sanitarios.

Cualquier enfermo, en cualquier región de la Unión Soviética, puede ser desplazado con toda rapidez en caso de necesidad por esta red sanitaria de ambulancias aéreas y sin ningún gasto para el paciente.

La asistencia médica se completa en los sanatorios y casas de reposo, cuya ubicación puede ser al borde del mar o en la montaña.

En la Rusia zarista existían algunos sanatorios y balnearios para la aristocracia y la alta burguesía, aun cuando los aristócratas preferían ir al extranjero: Karlsbad, Baden-Baden, Vichy, etc.

El Poder Soviético planificó la cura sanatorial y el reposo aun de los sanos, esto último durante el período de vacaciones anuales de que goza todo habitante de la U.R.S.S. En forma progresiva se crearon y aumentaron

los sanatorios, casas de reposo y balnearios. En 1939 funcionaban ya en la U.R.S.S. 1.750 sanatorios y 1.213 casas de reposo. Ese año más de 4 millones de personas pasaron por ellos.

La guerra interrumpió el desarrollo de la red sanatorial y balnearia y muchos fueron destruídos por el invasor nazi.

En la posguerra se realizó un activo trabajo de reconstrucción. En 1950 el número de plazas en los sanatorios superaba en 250.000 a las de anteguerra.

Los sindicatos soviéticos participan activamente en la construcción sanatorial. El 65 % del número total de camas en los balnearios pertenece a los sindicatos.

Los recursos asignados para el sostenimiento de las casas sanatoriales, casas de reposo y balnearios, ascienden a 2 mil millones de rublos anuales; vale decir, 500 millones de dólares.

He examinado en forma sucinta los elementos materiales con que se cuenta en la Unión Soviética para la defensa de la salud del pueblo.

En ningún país del mundo existe una estructura asistencial que permita la utilización, por cualquier habitante, de los adelantos científicos, con sólo necesitarlos.

En la China revolucionaria y en las democracias populares se está en el mismo camino.

En EE. UU. de Norteamérica, con una ciencia técnicamente muy adelantada, el usufructo de ese adelanto está reservado al que puede pagarlo.

El 80 %, aproximadamente, de las familias yanquis no está en condiciones de pagar los gastos de hospitalización. De ahí el elevado porcentaje de mortalidad. Según datos oficiales americanos, cerca de una sexta parte de la población yanqui, es decir, unos 25 millones de personas, padecen diversas enfermedades crónica. Anualmente mueren en EE. UU. por falta de asistencia médica ade-

cuada 325.000 personas. Es necesario no cerrar los ojos a la evidencia y reflexionar sobre el significado de estos hechos.

¿De qué sirve que existan una ciencia técnicamente avanzada, hospitales monumentales, con un instrumental y una especialización extraordinarios, si sólo puede ser todo ello utilizado por el que tiene dinero?

El mismo problema tremendo se presenta en Inglaterra, donde la tentativa tímida de socialización parcial de la medicina hecha por los laboristas al llegar al poder ha fracasado y acaba, hace pocos meses, de originar un conflicto entre los mismos dirigentes laboristas.

Para pagar el rearme impuesto por la política de guerra del imperialismo, figura en primera línea la reducción drástica del presupuesto de salud pública. Los conservadores, actualmente en el gobierno, salvan a los laboristas del trance duro de tener que liquidar una de las medidas merced a la cual obtuvieron el apoyo de grandes capas de la población británica, en su lucha por la conquista del poder. Si a esta reducción del presupuesto de salud pública se añade que de los 16 millones de obreros ingleses, 14 millones no gozan de vacaciones anuales retribuidas, se aprecia claramente el contraste que ofrece la situación del hombre común inglés y el hombre soviético.

En Francia ocurre algo semejante. La política de guerra ha llevado al aumento de los impuestos y a la reducción de muchos servicios públicos. Entre éstos se ha visto seriamente afectado el presupuesto de salud pública. De 31 billones en 1950, se reducía a 13 billones de francos en 1951. Mientras se gastaban *cien francos para la guerra*, se utilizaba *un franco para salud pública*! He presenciado en París —en febrero del año 1951— dos asambleas de médicos que se reunían para considerar la situación angustiosa que creaba al pueblo y a los médicos esa reducción del presupuesto de salud pública. Y he oído allí el

relato del verdadero panorama sanitario del país: aumento de la tuberculosis, del alcoholismo y de la alienación; la necesidad de habilitar 85.000 camas para dar asistencia medianamente decente.

Vuelvo a insistir: estos hechos adquieren una significación y una gravedad tremenda. Obligan, además, a quien tenga conciencia de su propia responsabilidad, a no emitir juicios a la ligera cuando se habla de la Unión Soviética e imponen la obligación de informarse y comparar.



Casi al comienzo de este trabajo hice notar que el estado sanitario de la Rusia zarista era calamitoso. El paludismo, la viruela, el cólera, el tifus exantemático eran endémicos y en el sur hacían estragos. Esa situación fué agravada por el caos de la guerra 1914-18, la revolución, la guerra civil y la invasión extranjera en apoyo de la contrarrevolución.

El proceso de planificación de la defensa de la salud del pueblo permite ofrecer hoy un panorama totalmente distinto.

El paludismo está reducido a una entidad insignificante. La viruela y el tifus exantemático han desaparecido: la viruela por la vacunación y la revacunación sistemática; el tifus exantemático, enfermedad de los piojosos y de los que están en contacto con ellos, por las medidas de higiene general y la elevación del nivel de vida de las gentes.

Se vacuna a todo niño contra la difteria, la coqueluche y la tifoidea. Visitando el Instituto de Malariología de Moscú, su director, el profesor Sergueiev, me informó de la lucha contra el paludismo.

No existía, en el momento de la Revolución Socialista, ningún organismo encargado de esa tarea.

Un grupo de médicos había creado una asociación para la lucha contra el flagelo. Se encontró en un desamparo tal, por la incuria del gobierno zarista, que debieron abandonar su propósito.

El Poder Soviético creó un Instituto Central en Moscú e institutos dependientes de él en las zonas afectadas, encargados de planificar las medidas para liquidar el paludismo y estudiar la enfermedad en todos sus aspectos.

Con el saneamiento de las zonas endémicas las cosas cambiaron radicalmente.

En la lucha contra el mosquito utilizaron, en ciertas regiones, un medio novedoso: dispusieron, entre la zona infectada por el mosquito y la población, lo que ellos llaman la *cortina animal*, es decir, una gran cantidad de ganado vacuno. El mosquito en su marcha hacia la población se encontraba con esta cortina animal, picaba, se saciaba y volvía a su zona habitual. Como el plasmodio de la malaria humana no tiene ciclo en el vacuno, con ese medio se obtenían dos cosas: se libraba al hombre de la enfermedad y se destruía un número considerable de plasmodios.

En el tratamiento utilizan sólo *Atebrina* y *Plasmoquina*, de fabricación soviética. No han encontrado ninguna forma de paludismo resistente a esos dos fármacos. La quinina deben importarla y no la utilizan por razones de economía. Prefieren gastar ese dinero en mejorar la profilaxis y en aumentar el stock de plasmoquina y atebrina.

Interrogué al profesor Sergueiev sobre el problema de los ciclos dobles y triples en la malaria y acerca de su interpretación. Su respuesta fué categórica: no hay ninguna cepa malárica que, biológicamente, tenga ciclos dobles o triples; los ciclos múltiples son consecuencia de

la reacción inadecuada del sujeto en su proceso inmunitario. Cuando la inmunidad se establece, los ciclos se vuelven únicos.

Esta interpretación, que coincidía con las ideas de mi maestro Julio Méndez, me indujo a plantear al profesor Sergueiev el mecanismo de la acción de los fármacos en el proceso palúdico.

La coincidencia de vistas en este terreno con los de mi maestro Méndez eran sorprendente. No hay sólo acción lítica y parasitotropa, me dijo; hay una acción de estímulo sobre retículo-endotelio y mesenquima.

Esta coincidencia interpretativa deriva de la coincidencia en la concepción fisiopatológica fundamental acerca de la enfermedad y de cuáles son los mecanismos de la curación o sanación.

Mencioné al profesor Sergueiev y a sus colaboradores los trabajos del profesor Juan A. Domínguez acerca de las ventajas de la asociación de dosis muy pequeñas de quinina con el alcaloide del quebracho blanco, que ya los indios usaban en el tratamiento del *chuchu*.

Se interesaron en ello y el profesor Sergueiev me rogó le enviara el trabajo original del profesor Domínguez y, si era posible, muestras del producto Quechuol para ensayarlo. Debo a la gentileza del doctor Domínguez (h.) el haber podido hacer llegar al Instituto de Malariología de Moscú el trabajo original del profesor Domínguez, otro de los doctores Niceto Loizaga y Clatro Sagastume, sobre casos tratados con Quechuol en el servicio del primero en hospital Muñiz y el último frasco de 100 comprimidos de Quechuol que quedaba en su poder, pues ya no se prepara más ese producto por haber vendido la patente, hace años, a una firma alemana.

La brucelosis, problema grave entre nosotros y en muchos otros países, es casi desconocida en la U.R.S.S. En el Hospital Botkine de Moscú lo mismo que en el Hospital

de la Facultad de Medicina, me dijeron que no tenían, hacía ya muchos meses, ningún bruceloso.

Al visitar el gran frigorífico de Moscú —donde trabajan 12.000 personas— pregunté al Director cuántos enfermos de brucelosis había en ese personal. Me contestó que solamente tres. El, a su vez, me interrogó sobre lo que pasaba en nuestro país y se asombró cuando yo le manifesté que, pese a las negativas oficiales, aproximadamente un 80 % de los obreros que trabajan en los frigoríficos de la Argentina padecen alguna de las formas de la fiebre ondulante.

La directora del Hospital Botkine me había explicado antes por qué no tienen, prácticamente, brucelosis animal y humana. Cuando los alemanes invadieron la U.R.S.S. tomaron muchos animales que en parte consumieron y en parte trasladaron a su país. Los soviéticos —luego de la derrota nazi— trasladaron, a su vez, animales de Alemania a la U.R.S.S. Los médicos veterinarios, encargados de la vigilancia del transporte, notaron que muchos ofrecían indicios de enfermedad e investigaron las causas, encontrando un alto porcentaje de infectados con brucela.

El gobierno soviético ordenó el sacrificio inmediato de todos los animales enfermos. Esto sólo puede hacerse en un país de economía planificada y al servicio de la colectividad.

De las enfermedades llamadas sociales es, sobre todo, la tuberculosis la que obliga a un conjunto de medidas profilácticas y sociales, además de las puramente curativas.

En la antigua Rusia no existía ningún organismo oficial dedicado a combatir la tuberculosis. La Asociación Pan-Rusa de Tuberculosis, institución privada, era la única que se ocupaba de la lucha contra el flagelo.

La mortalidad por tuberculosis era muy elevada. En 1913, por cada 10.000 habitantes morían de tuberculosis

286 en San Petersburgo, 226 en Moscú, 299 en Saratov y 309 en Jaroslav.

Sólo 43 dispensarios mal equipados y 18 sanatorios con un total de 307 camas gratuitas era lo que podía ofrecerse en el vasto imperio para luchar contra el mal.

El Comisariado de Salud Pública, ya en 1918 inició la lucha contra la tuberculosis. Creó en Moscú el Instituto Central de Tuberculosis que centralizó la actividad de la lucha contra el mal. Instituto semejantes se crearon en las varias Repúblicas que integran la Unión Soviética.

En 1948 había distribuídos en todo el país 1.600 dispensarios antituberculosos, equipados con todo lo necesario para el diagnóstico precoz de la enfermedad: Rayos X, laboratorios, etc. El número de médicos tisiólogos llega a muchas decenas de miles. Anualmente se realizan cursos de perfeccionamiento para posgraduados, especialmente dedicados a la tuberculosis.

La función del dispensario no es sólo la del diagnóstico precoz y el tratamiento ambulatorio. Vigila, además, las condiciones de la vivienda y del trabajo del afectado; recomienda el género de vida que puede apresurar la curación y da normas de comportamiento para evitar la difusión del mal.

Los sanatorios diurnos y nocturnos desempeñan papel primordial en la lucha contra la tuberculosis. Los enfermos que pueden trabajar, pero que requieren tratamiento regular y cuidados, se admiten en esos sanatorios. Llegan a las 6 de la tarde, luego de terminada su labor; toman una ducha caliente, cambian sus ropas, comen y hacen un reposo de dos horas en galerías adecuadas; se les toma la temperatura y son examinados.

Desde las 8 a las 10 pasan el tiempo en el Club del Sanatorio o hacen el tratamiento médico. Desde las 10 de la noche hasta las 6 de la mañana siguiente están en cama. Se levantan, hacen cierto tipo de ejercicios, desayunan

y vuelven al trabajo. Los que trabajan de noche, son admitidos en igual forma en los sanatorios diurnos.

De este modo el porcentaje de curaciones es mucho mayor que en los tuberculosos a los cuales se les permite la vida común.

En las fábricas, estos trabajadores bacilosos tienen tratamiento especial: trabajan menos horas y hay comedores dietéticos especiales. Los casos de tuberculosis activa se tratan en hospitales y sanatorios dedicados a ello.

Las camas en hospitales y sanatorios para tuberculosos superan las noventa mil.

Con la elevación del nivel de vida; con la higienización del trabajo, la mortalidad ha disminuído en más de un 50 por ciento.

Por otra parte, todo niño que nace en la U.R.S.S. es vacunado con el B.C.G. y revacunado antes de terminar el segundo año de vida. Cuando me recibieron en la Academia de Medicina de Moscú, una de las cuestiones que se debatieron fué la de la tuberculosis en sus varios aspectos y particularmente biológico.

El académico encargado de exponer el estado de la cuestión en la Unión Soviética, insistió mucho en que el bacilo bovino después de un tiempo variable de cultivo, tiene gran tendencia a perder su poder antigenético —lo que explica algunos de los fracasos de la vacunación— pues hay que contar, también con el organismo. Ellos conservan la vacuna desecada, lo que asegura una duración mayor y la diluyen en el momento de usarla. Trabajan en estos momentos en la creación de cepas de B.C.G. de mayor resistencia.

La estadística soviética sobre vacunación antituberculosa es la más grande del mundo, pues se vacunan allí más de medio millón de niños recién nacidos cada año.

En el Instituto de Pediatría de Leningrado el profesor Sauchinsky, jefe del pabellón de tuberculosis, al recorrer

varias secciones del mismo me decía: Tenemos una dilatada experiencia en materia de vacunación con el B.C.G. y esa experiencia es la que nos ha llevado a insistir en la necesidad de la revacunación antes de transcurridos los dos años de la primera vacunación. Visitando el pabellón de meningíticos me recalaba: Hasta ahora no hemos tenido ningún revacunado afectado de meningitis —no digo que no pueda haberlos— pero ya su rareza es un buen indicio acerca de la eficiencia de la vacunación en el recién nacido.

En el tratamiento de la enfermedad usan todo lo que es conocido médica y quirúrgicamente. Sostienen, no obstante, que el ideal es no tener que llegar a la intervención quirúrgica, porque ello implica no sólo el grado altamente destructivo del proceso, sino el fracaso de la terapéutica higiénico-medicamentosa previa.

Para ellos, en el problema de la tuberculosis, lo esencial son las condiciones de vida del sujeto y secundariamente el germen. Es por eso que asignan importancia primordial al tenor de vida, a las condiciones higiénicas del trabajo, la vivienda y la alimentación, que por sí solas constituyen un elemento valioso en la lucha contra la tuberculosis.

En mi visita al Hospital de la Facultad de Medicina y al Hospital Botkine me interesé por varios problemas clínicos y terapéuticos, conversando al respecto con muchos colegas.

Sólo quiero hacer aquí referencia a dos cuestiones: la hipertensión arterial y las úlceras gastro-duodenales.

El profesor Vinogradov expuso la opinión de los estudiosos soviéticos sobre el tratamiento quirúrgico de la enfermedad hipertensiva, del angor y de las úlceras gastro-duodenales.

En principio son contrarios a toda intervención. Una operación de Smithwick, uni o bilateral —me dijo— es

una seria mutilación para que pueda ser erigida en tratamiento de un proceso tan general como es la hipertensión. El simpático tiene funciones que no deben ser suprimidas a la ligera, sin que ello traiga consigo trastornos cuya significación no puede apreciarse aún. Con el mismo criterio encaró la vagotomía en los ulcerosos.

En la enfermedad hipertensiva y en los ulcerosos —añadió— es de una importancia primordial la higiene general del sujeto, y los factores ambientales, en su más lato sentido, deben ser tenidos muy en cuenta.

Moderada restricción del sodio y de las proteínas animales, sin llegar a esos regímenes tan estrictos que al poco tiempo crean en el paciente una psicosis que influencia de manera desfavorable su padecimiento; cura de sueño en los períodos prelesionales sobre todo; ocupación adecuada al grado de evolución del mal. Tal es, en síntesis, nuestro enfoque del problema. En los ulcerosos, cura de sueño, tratamiento médico y régimen; sólo hacemos operar las úlceras complicadas.

Y prosiguiendo en sus reflexiones decía: Usted no ignora seguramente, que, en particular fuera de la Unión Soviética, hay tendencia a considerar la enfermedad hipertensiva como una enfermedad puramente genética y hereditaria. Nosotros tenemos, con motivo de la guerra, una vasta experiencia al respecto, que prueba la inanidad de semejante concepción.

El prolongado sitio de Leningrado, en condiciones particularmente duras, permitió observar verdaderas epidemias hipertensivas, en gentes cuyo pasado cardio-vascular y cifras tensionales eran conocidos y normales.

Nada permitía distinguir estas hipertensiones de aparición brusca, de la enfermedad hipertensiva esencial. Lo que nos interesa es establecer, críticamente, la importancia respectiva de los factores alimentarios y ambien-

tales en la aparición de la enfermedad, para prevenirla y evitarla.

La concepción pavloviana de la enfermedad, como manifestación de la totalidad del organismo con intervención predominante y del cortex, hacía prever esta actitud de los estudiosos soviéticos en estos y en los demás procesos patológicos.

Una de las características de la medicina soviética es, precisamente, su preocupación por la integridad del organismo; su respeto por los dispositivos naturales, fisiológicos, merced a los cuales el organismo enfrenta las contingencias de su desarrollo y supervivencia en un ambiente fluctuante y su negativa a considerar la herencia como una especie de fatalidad biológica, contra la cual nada es posible.

Encontré estrecha similitud entre estas ideas fundamentales de la medicina soviética y la concepción de mi maestro Julio Méndez, acerca de los procesos fisio-patológicos.

Así tuve el honor de hacerlo constar en la exposición sucinta que hice en la reunión de la Academia de Medicina de la U.R.S.S., cuando se discutió el problema de la inmunidad.

La exposición sintética de la teoría biológica de la inmunidad de Méndez suscitó gran interés entre los académicos presentes. El profesor Oserieski —vicepresidente de la Academia, que presidía la reunión— me solicitó el envío de los trabajos originales del maestro Méndez.

He hecho mención a las toxicomanías que alcanzan gran incremento en E. U. de N. A. y las neurosis en sus formas más variadas, que han aumentado extraordinariamente en los años de guerra y posguerra, al igual que en los demás países capitalistas.

El panorama es totalmente diferente en la Unión Soviética. Hay allí la experiencia de las dos guerras: la del

14-18 y la última. Es una experiencia gigantesca y definitiva, incontrovertible. Durante y después de la primera guerra, las neurosis tuvieron en Rusia la misma o parecida proporción a la de los demás países sometidos a la tensión que condiciona la vida dura de la guerra y sus privaciones.

En la segunda guerra —pese a la enorme destrucción y a los inenarrables sufrimientos de millones de ciudadanos soviéticos— niños, mujeres, hombres, bajo la ocupación nazi de una brutalidad que excede a toda calificación, no han aparecido prácticamente las neurosis.

El hombre soviético, plasmado en el proceso de la creación de la Sociedad Socialista, es un hombre con una recia contextura moral, con un sistema nervioso de ponderable equilibrio y con una conciencia clara de que su vida y su libertad son inseparables de la vida de la sociedad sin clases en que se desenvuelve.

La sociedad socialista expresa y crea a la vez al hombre nuevo. Y ese hombre nuevo, seguro de su destino —que él mismo construye en una brega incesante— está a cubierto del naufragio de su personalidad en medio de la tremenda convulsión de la guerra y la posguerra. No necesita ninguna forma de evasión o de consuelo, ni ninguna droga. Por eso no florecen allí ni el psicoanálisis, ni el existencialismo, ni la neurosis, ni las toxicomanías, que son la expresión del profundo desquicio moral de una sociedad en crisis.

Las enfermedades venéreas y mentales merecieron atención preferente de parte del Comisariado de Salud Pública en la lucha por la salud del hombre soviético.

La sífilis y la blenorragia estaban muy difundidas en la Rusia zarista. Aun cuando las estadísticas no eran, ni con mucho, bien llevadas, pudo establecerse, sin embargo, que en 1913 el porcentaje de sifilíticos en las ciudades lle-

gaba, al 18,3 %, y al 5,37 % en el campo, y la blenorragia al 12,6 y 1,37 %, respectivamente.

Se creó un Instituto central para la piel y venéreas en Moscú, que planificó la lucha, dirigido por el profesor Bronner.

Se formaron especialistas que se enviaban a todos los puntos del país para entrenar a los médicos locales; se imparten cursos para posgraduados y se creó una red de dispensarios que representan, en el campo de la lucha anti-venérea, lo que el dispensario antituberculoso en el combate contra la tuberculosis.

Miles de dispensarios están diseminados en las ciudades y en el campo. Su función no sólo consiste en el diagnóstico y tratamiento, sino que ejerce una vigilancia estricta sobre la continuación del mismo.

Cuando un paciente no retorna al dispensario, la enfermera o enfermero va al domicilio para establecer el motivo de la ausencia y se le obliga a seguir su cura.

Hay disposiciones penales para el que no cumple con el tratamiento. Rara vez han sido aplicadas, pues la formación de una conciencia personal solidaria con la colectividad hace que cada ciudadano se sienta responsable ante los demás.

Los pacientes sífilíticos en período infectante son hospitalizados y reciben los beneficios del seguro social, como todo enfermo.

Otra función del dispensario consiste en descubrir la fuente del contagio y la práctica regular del examen de la familia entera del paciente.

En todos los sitios de trabajo hay conferencias periódicas ilustrativas sobre la sífilis y la blenorragia. A todos los gestantes se les practica la serorreacción de Wassermann, Kahn, etc.

Una nueva moral sexual ha surgido en la U.R.S.S. La gente se casa joven, la falta de desocupación, la disminu-

ción del alcoholismo, han llevado a la liquidación práctica de la prostitución y, con ello, a la disminución manifiesta de los procesos venéreos.

Las mismas condiciones sociales que crean la prostitución, las enfermedades venéreas y la tuberculosis —vale decir, la desocupación, el hambre y la miseria— crean también la mayoría de las enfermedades mentales.

Los alienados en la época zarista eran hacinados en manicomios antihigiénicos y duramente tratados.

El Poder Soviético no sólo creó dispensarios y sanatorios psiquiátricos, sino que estableció igualdad absoluta en el trato y cuidado entre el enfermo común y el alienado.

La frecuencia de enfermedades mentales en la U.R.S.S. es mucho menor que en los países capitalistas. Ello es una prueba de la acción nociva de las condiciones de vida sobre el equilibrio psíquico del sujeto. Mientras en la Unión Soviética había 3 casos por 1.000 habitantes —y este número se ha reducido después—, en EE. UU. de Norteamérica había 7, en Alemania 8 y en Italia 10 por 1.000.

Pero en los últimos tiempos la situación de EE. UU. se ha hecho extraordinariamente grave al respecto. El mismo presidente Truman ha declarado no hace mucho que todos los años 125.000 nuevos casos de alienados se suman a los ya existentes.

La revista Life del 6 de mayo de 1946 publicó un trabajo de Alberto Maisel en que se juzga severamente la condición en que son tenidos los alienados. Relata que en un solo mes, 26 pacientes del H. Norwich, Estados de Connecticut, habían pasado 6.552 horas con camisa de fuerza y grilletes. El número de tuberculosos en los establecimientos psiquiátricos yanquis es 13 veces más elevado que en el resto de la población. De cada 100 enfermos internados salen anualmente 12 mejorados, pero el 40 % de los que salen reingresan poco tiempo después. En

EE. UU. de Norteamérica hay 650.000 camas permanentemente ocupadas por alienados. La tensión y la angustia que crea el supercapitalismo americano hace que germinen allí toda suerte de toxicomanías y las más diversas formas de neurosis. El psicoanálisis ocupa un plano predominante, y es utilizado con fines políticos reaccionarios, para lo que se presta admirablemente por su estructura y contenido mítico.

En la Unión Soviética las condiciones son totalmente distintas. No sólo ha disminuído el número de alienados, sino que el tratamiento de estos alienados sigue normas que nada tienen que hacer con el chaleco de fuerza y el grillete.

Los enfermos que no necesitan ser hospitalizados son vigilados por psiquiatras y se les hace trabajar en un ambiente sereno y agradable. Caso de tener que internarlo, el tratamiento ocupacional tiene sitio preferente, así como la cura de sueño.

Los casos crónicos se instalan en colonias de trabajo en el campo. La psiquiatría soviética rechaza el uso sistemático de la operación de Edgar Moniz, la lobotomía. Convertir un enfermo, por más agitado que esté, en un idiota, no sólo no es curarlo, sino que, por el contrario, es crear un espectáculo doloroso y punzante y cerrar el camino a toda investigación que pueda conducir a una verdadera restitución del sujeto.

El profesor Ousievich —discípulo de Pavlov— ha hecho muchas lobotomías uni y bilaterales en perros y estudiado las modificaciones que resultan. En su opinión —que es también la del profesor Ivanov-Smoliensky— hay que hacer grandes reservas acerca de la aplicación del método al hombre, método que tiende a generalizarse en forma alarmante.

En mi charla con el Decano de la Facultad de Medicina de Moscú, profesor Petrov, y con el profesor Burmann

que le acompañaba, inquirí acerca de los trabajos sobre cáncer y su frecuencia en la U.R.S.S., y si ellos habían notado un aumento en el número de cancerosos, como ocurría en mi país.

Ambos convinieron en un aumento real del proceso y no aparente, determinado por el progreso de los medios diagnósticos.

El estado actual del problema lo sintetizaron así: Hay en curso trabajos numerosos acerca de la etiología del cáncer, pero no pueden todavía extraerse conclusiones.

Ninguno de los tratamientos actuales soluciona la curación definitiva.

La neoformación no es toda la enfermedad. Es una manifestación de un proceso general, cuya causa se ignora.

La preocupación por el diagnóstico precoz es aquí muy grande.

Mi homónimo —el profesor Petrov, cancerólogo de Leningrado— ha trabajado mucho en ese sentido. Ha confeccionado unas tablas, muy difundidas en la U.R.S.S. En la primera columna se inscribe el órgano: pulmón, estómago, mama, próstata, etc.; en la segunda, el síntoma o síntomas que aparecen más precozmente, y en la tercera el tratamiento aconsejable.

Ha hecho con sus colaboradores una investigación a fondo de más de 40.000 personas, aparentemente sanas.

Ha encontrado entre ellas cerca de 300 afectados de una neoplasia ignorada.

Toda familia, en uno de cuyos miembros aparece un cáncer, es examinada sistemáticamente cada tres meses: radiografías, laboratorio, exploración clínica. Esto se relaciona al problema de la contagiosidad y la herencia del cáncer.

En lo que respecta al cáncer del labio el cancerólogo de Leningrado ha llegado a esta conclusión: todos son

fumadores; de 10 individuos afectados de cáncer de labio, 9 fuman en pipa y 1 cigarrillos.

En el Hospital Botkine me habían mencionado el parto sin dolor.

Se lo recordé al Decano y él, con buen humor, me contestó: La condena bíblica —parirás con dolor— ha sido invalidada en la U.R.S.S.

Y añadió: Un alto porcentaje de parturientas tienen su parto indoloro, sin utilizar ninguna droga. Puede alcanzar del 85 al 90 por ciento.

Se pare sin dolor y sin angustia. Pero ello requiere un verdadero aprendizaje, una preparación de la gestante, desde el punto de vista psíquico y físico. Es una aplicación a la obstetricia de la concepción pavloviana.

El fundamento del método está en la creación de nuevos reflejos condicionados en la gestante, comenzando por eliminar el temor, que es siempre el resultado de informaciones inexactas, conversaciones con otras parturientas, etc., y crear en ella la convicción de que el parto es un acto fisiológico que no tiene porqué crear dolor.

Muchas semanas antes del parto y en la clínica especial, la embarazada es sometida a un tratamiento psicoterápico y, a la vez, se le enseña cómo debe respirar y cómo debe ejecutar los movimientos que faciliten el trabajo del parto. Al término de su leve referencia, el Decano añadió: Usted comprende que todo ello requiere un personal médico y asistente especializado.

Quiero terminar esta exposición —en verdad incompleta— con algunas referencias a la *cura de sueño*, en cierto número de procesos. Es ésta una aplicación original de las concepciones de Pavlov sobre el papel rector de la corteza cerebral en la vida del sujeto. Hoy que está de moda la llamada medicina psicosomática —vieja novedad para los que hemos considerado siempre al organismo como una unidad indisociable en su funcionamiento—

es bueno recordar que ese psicosomatismo constituye una tentativa para mistificar la verdadera naturaleza del proceso vital.

Y ha surgido allí, precisamente, donde se hace más necesario oscurecer los conceptos fundamentales: en Estados Unidos de Norteamérica, donde existe un régimen que subordina la investigación a la defensa de una posición reaccionaria de la ciencia, como corresponde a los intereses de la plutocracia que domina el país. La misma denominación de medicina psicosomática entraña una posición dualista de tipo cartesiano, pero sin el impulso progresista que Descartes imprimió a su filosofía y a su ciencia racionalista.

Por ello los autores e investigadores soviéticos no hablan de medicina *psicosomática*, sino de medicina *córtico-visceral*, subrayando así la verdadera unidad del organismo y el substrato material de los llamados procesos psíquicos.

Los trabajos de Pavlov y su escuela sobre los reflejos condicionados han permitido penetrar en la intimidad de la dinámica de la corteza cerebral.

Hasta ese momento el estudio de la actividad cortical se había limitado a la destrucción o la excitación de diversas zonas de la corteza, que junto con las observaciones clínicas permitieron crear la patología del sistema nervioso superior.

Con el reflejo condicionado se tenía, en cambio, un índice delicado de la actividad de la corteza sin alterarla estructuralmente.

Los trabajos de Pavlov han probado la acción reguladora, rectora de la corteza, en el doble aspecto de la acción y de la inhibición sobre toda la actividad orgánica.

Todo el metabolismo puede ser explorado con los reflejos condicionados: desde la formación de anticuerpos en el proceso inmunitario, por ejemplo, hasta la eleva-

ción del metabolismo de base como si existiera una hiperfunción tiroidea o como si se realizara un gran trabajo corporal.

Era lógico esperar que en aquellos procesos patológicos en que lo que se llama el componente psíquico tiene gran importancia, se aplicaran, en la medicina soviética, estas ideas fundamentales de Pavlov sobre el papel rector de la corteza.

Así ha surgido la cura de sueño, que ya en vida Pavlov había utilizado en algunos padecimientos nerviosos.

Actualmente en la U.R.S.S. está muy difundida la cura de sueño en una serie de procesos: úlceras gastro-duodenales, hipertensión arterial, causalgias rebeldes, neurodermitis, etc.

Si la actividad cortical rige la actividad visceral, ésta, a su vez, influencia el cortex. Bicov, discípulo de Pavlov, ha trabajado este aspecto de la patología víscero-cortical. Cuando los estímulos o las noxas que actúan sobre la corteza alteran su función reguladora sobre los centros sub-corticales y, a través de ellos, sobre el sistema endócrino, se producen reacciones sub-corticales descontroladas que determinan, a su vez, reacciones en cadena, que afectan el funcionalismo visceral y nace o se establece una alteración orgánica, después de un tiempo variable.

El objeto de la cura de sueño es, entonces, restituir a la corteza su capacidad de control y de dirección de las funciones orgánicas y, a la vez, sedar los órganos y sistemas somáticos lesionados.

La técnica de la cura de sueño varía de uno a otro investigador.

El año pasado, el Ministro de Salud Pública de la U.R.S.S. —Smirnov— ha establecido las normas generales para la cura de sueño. Se utiliza como hipnótico cortical el Hidrato de Cloral en enema en dosis de 1 gramo 50 centigramos por día y como hipnótico sub-corticales

lós barbitúricos en dosis que oscilan entre 1 y 2 gramos por 24 horas, o bien —como Kaminski ha propuesto— el gota a gota endovenoso con Hexenal al 10 %.

Hay que obtener un sueño prolongado de 18 a 20 horas diarias. La duración de la cura oscila entre 15 y 25 días. Algunos prefieren curas más breves y repetidas, luego de un lapso igual al del período de sueño. Se tiende, una vez iniciada la cura de sueño, a reducir el hipnótico reemplazándolo por sustancias indiferentes y, a la vez, usar medios físicos (metrónomo, luz azul, etc.), para crear un sueño condicionado sin tóxicos y obtener así un verdadero sueño fisiológico.

Esto encuadra en la concepción pavloviana en que el sueño es considerado como una inhibición difusa de la corteza.

Andreef —del Instituto de Patología general y experimental de Moscú— ha tratado entre 1943 y 1948, 350 enfermos, de los cuales más de 250 eran ulcerosos gastro-duodenales. Tarassof y Tchernenko —Departamento de Terapéutica experimental del Instituto Central de Psiquiatría de Moscú—, 32 observaciones; Tchernorutski, 60 ulcerosos; Kamiski —del Laboratorio de Fisio-Patología de la actividad nerviosa, Moscú— ha tratado neurodermitis, causalgias rebeldes, etc.

Los ulcerosos tratados llevaban un tiempo de evolución entre uno y trece años; algunas úlceras eran complicadas, penetrantes. El estudio radiológico y la observación después del tratamiento ha oscilado entre uno y cuatro años.

Andreef insiste sobre todo en que el sueño debe ser prolongado. En su estadística de 240 casos ha tenido un 90 % de buenos resultados después de un año y 83 % de curaciones después de *cuatro años* de terminada la cura de sueño.

Tarassof y. Tchernenko 29 curaciones sobre 32 enfermos, después de un año y medio.

Los nichos desaparecen entre los 8 y 15 días de iniciada la terapéutica por el sueño; los síntomas funcionales y generales se atenúan con igual rapidez. Después de la cura la labilidad reaccional y la emotividad de los pacientes se ha modificado.

En el 17 % de la estadística de Andreef después de 4 años, hace notar que se trataba de recidivas del ulcus o bien de perturbaciones funcionales sin ulcus revelable.

Tchernorowski ha tenido 57 curaciones sobre 60 úlceras.

La hipertensión arterial es otro de los padecimientos que han sido tratados por el sueño, igualmente que diversas formas de arteritis, en especial la enfermedad de Buerger.

Andreef tiene una experiencia de 15 años en estos procesos. Cree que debe iniciarse el tratamiento en las enfermedades vasculares y en la hipertensión, en la faz que él denomina pre-mórbida, caracterizada por la tendencia al angio-espasmo y las reacciones emotivas intensas.

El resultado varía según existan o no lesiones orgánicas.

Durante la cura de sueño la tensión arterial se normaliza. Si el sujeto es tratado en la faz pre-mórbida, ese descenso tensional es casi siempre durable.

En la faz lesional —terminada la cura— la tensión vuelve, después de un tiempo variable, a su nivel anterior, pero muchos de los trastornos subjetivos desaparecen definitivamente.

Las neuralgias rebeldes, las neuro-dermitis, las causalgias, el dolor de los amputados, cesan con la cura de sueño.

Kamiski, en su trabajo sobre estos procesos, confirma los resultados obtenidos por Andreef y propone su técnica para provocar el sueño con Hexenal gota a gota endove-

noso al 10 %, repetido cada dos días. El tratamiento dura 15 días.

Este relato —indudablemente incompleto sobre algunos aspectos de la medicina soviética— no tiene otra pretensión que la de invitar a los que han tenido la deferencia de seguirlo, a que busquen la información que los lleve a formarse un concepto claro de las relaciones íntimas, aunque no siempre aparentes, entre *medicina y sociedad*, en el doble aspecto de ciencia que investiga y de arte que aplica los resultados de esa investigación.

Y es precisamente en la aplicación de los resultados de la investigación científica donde el médico, a poco que reflexione, encontrará que hay una relación que no puede ser eludida, entre la medicina y la condición social del enfermo.

En la Unión Soviética ese escollo —con que tropezamos nosotros a cada momento en nuestra práctica profesional— ha sido eliminado por la socialización de la medicina, que es inseparable de una modificación profunda en la estructura de la sociedad.

INDICE

	PÁG.
Reflexiones Preliminares	7
Llegada a Moscú	11
El Mausoleo y el Museo de Lenin	14
V. O. K. S. con su presidente, profesor Denisov	17
Moscú y Leningrado a vuelo de pájaro	19
El trabajo en la U. R. S. S.	29
Visita a la Escuela Nº 135. Moscú	42
La Biblioteca Lenin	47
El Club Cultural y el Palacio de Pioneros	50
El Museo y la Ciudad de Pushkin	55
El Museo de L'Ermitage	58
La Galería Tretiakov	60
El Ballet en el Gran Teatro	64
La Sala Tchaikovski	70
El Coro del Ejército Rojo	71
El Teatro del Ejército Rojo	72
El Kremlin	74
Los regalos a Stalin en su 70 aniversario	78
La Casa de Lenin en Gorki	80
El Museo de la Reconstrucción	84
El Instituto Marx-Engels	86
La Discusión sobre tres capítulos de "Materialismo Dialéctico"	89
El Instituto de Pediatría de Leningrado	91
El Hospital Botkine. Moscú	94
Visita a la Facultad de Medicina. Moscú	96
Despedida en V. O. K. S.	99
Con Fedor Kélin y Arconada	101
La cena de despedida	102
Algunos aspectos de la Medicina en la U. R. S. S.	107
Vistas de algunos lugares visitados por el Dr. Emilio Troise	145

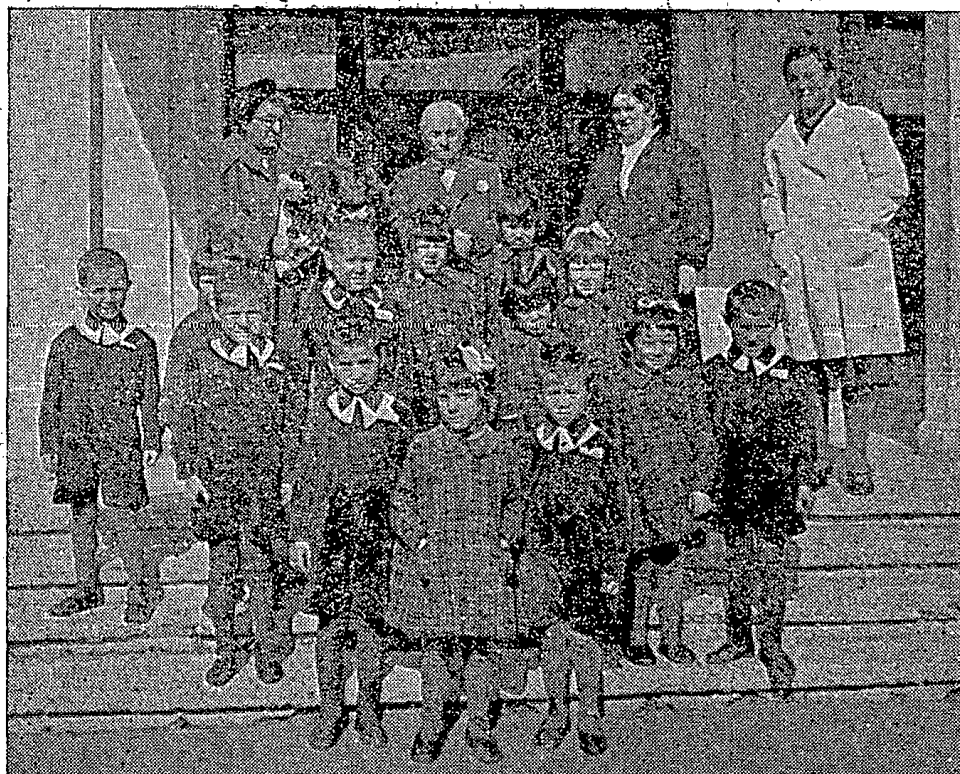
Declassified in Part - Sanitized Copy Approved for Release 2012/05/31 : A GUERRA.
CIA-RDP80S01540R003100130006-3



Niños que jugaban en el parque del Hogar-Escuela.

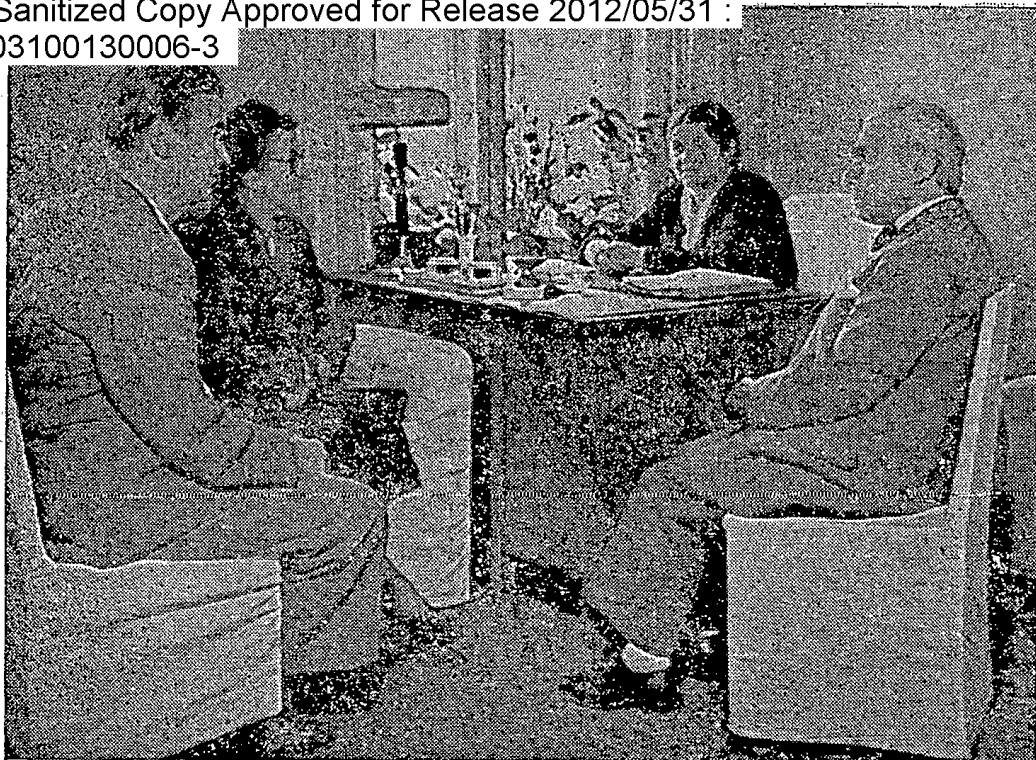
Declassified in Part - Sanitized Copy Approved for Release 2012/05/31 :
CIA-RDP80S01540R003100130006-3

Declassified in Part - Sanitized Copy Approved for Release 2012/05/31 :
CIA-RDP80S01540R003100130006-3



Declassified in Part - Sanitized Copy Approved for Release 2012/05/31 :
CIA-RDP80S01540R003100130006-3 *el Hogar-Escuela, una maestra y niños que nos despidían*

Declassified in Part - Sanitized Copy Approved for Release 2012/05/31 :
CIA-RDP80S01540R003100130006-3



Visita al Hogar-Escuela N° 27 para huérfanos de la guerra; con la Directora del establecimiento y el intérprete.

Declassified in Part - Sanitized Copy Approved for Release 2012/05/31 :
CIA-RDP80S01540R003100130006-3

Declassified in Part - Sanitized Copy Approved for Release 2012/05/31 : CIA-RDP80S01540R003100130006-3



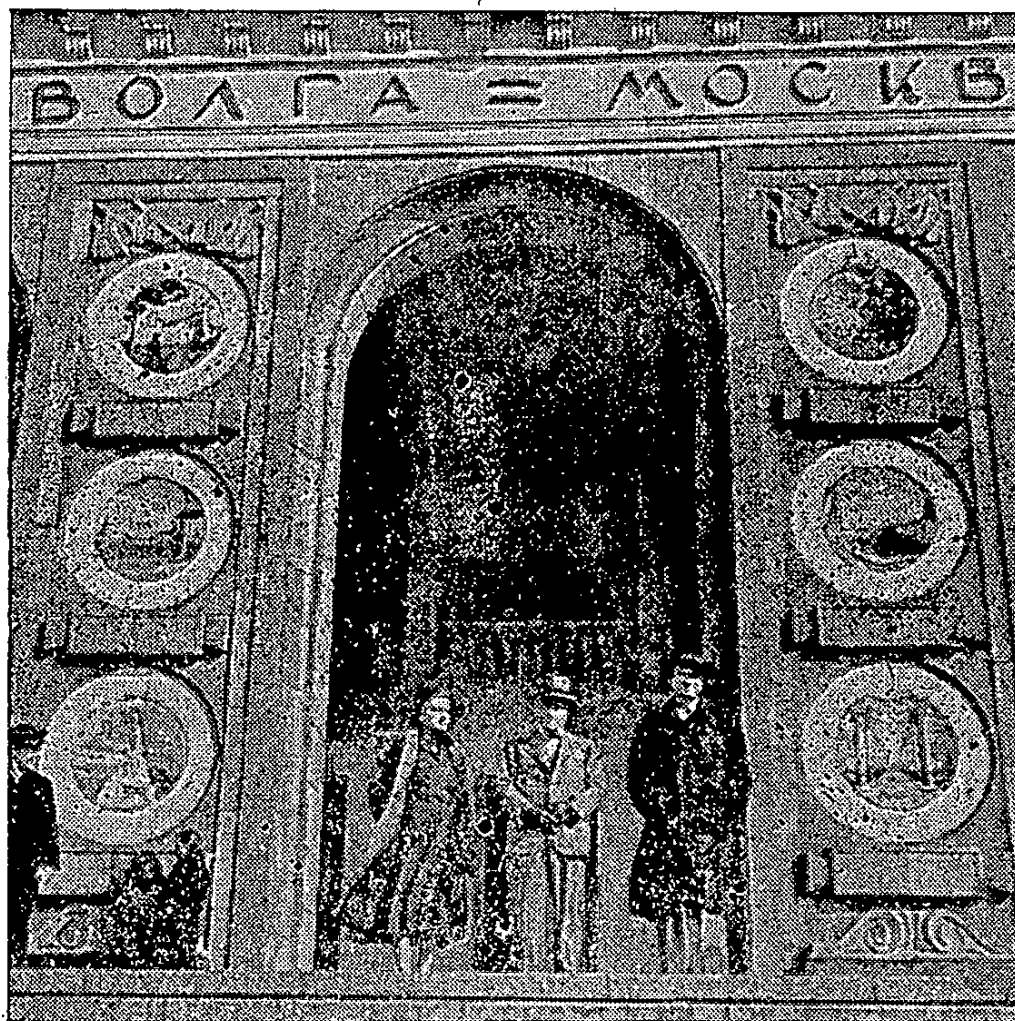
Los niños muestran sus juguetes

Declassified in Part - Sanitized Copy Approved for Release 2012/05/31 : CIA-RDP80S01540R003100130006-3

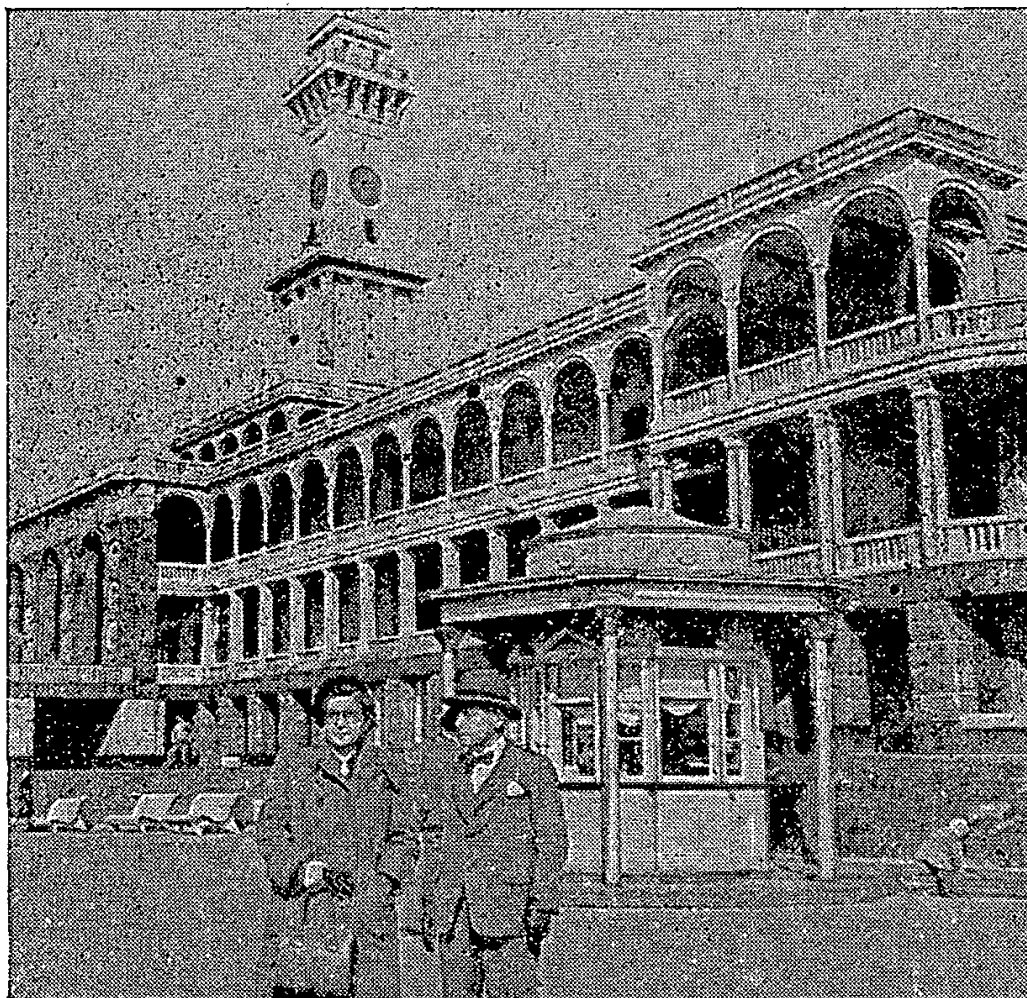


Un niño del Hogar-Escuela para huérfanos de la guerra entrega a la Sra. de Troise un ramo de flores.

EN LA ESTACION MARITIMA DE JUNIKI (MOSCU)

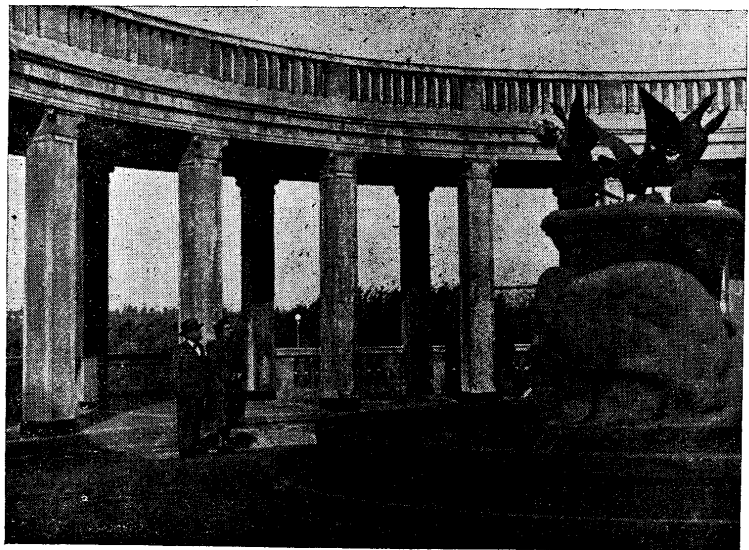


En la puerta de acceso, con el intérprete, V. Kusmitchev



Frente al edificio.

Declassified in Part - Sanitized Copy Approved for Release 2012/05/31 : CIA-RDP80S01540R003100130006-3

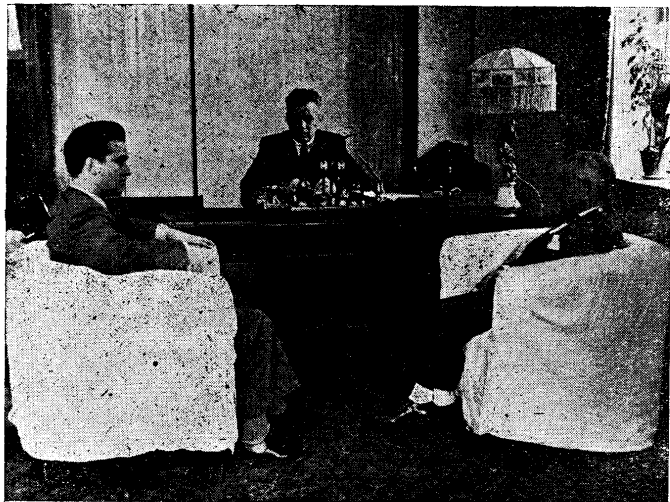


Observando una de las hermosas fuentes del parque de la estación.

Declassified in Part - Sanitized Copy Approved for Release 2012/05/31 : CIA-RDP80S01540R003100130006-3

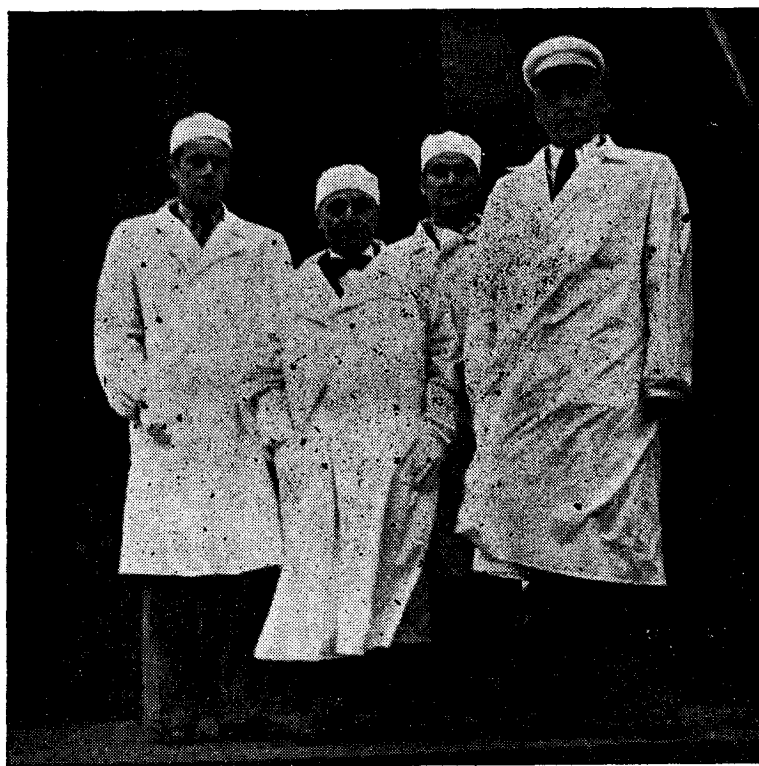
Declassified in Part - Sanitized Copy Approved for Release 2012/05/31 : CIA-RDP80S01540R003100130006-3

EN EL FRIGORIFICO DE MOSCU.



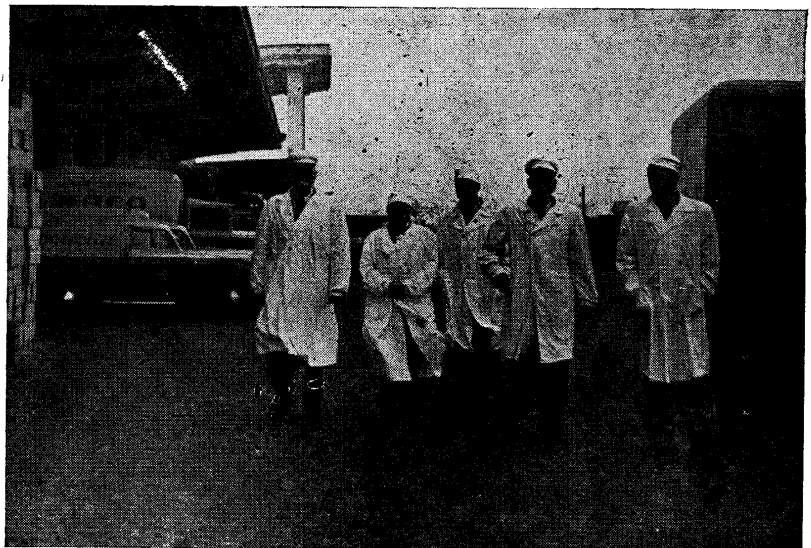
Con el Director del Combinado Micoian.

Declassified in Part - Sanitized Copy Approved for Release 2012/05/31 : CIA-RDP80S01540R003100130006-3



*Con el Director del Frigorífico, un representante de V.O.K.S.
y el intérprete se disponen a visitar el Combinado Micoian.*

Declassified in Part - Sanitized Copy Approved for Release 2012/05/31 : CIA-RDP80S01540R003100130006-3



Recorriendo el Frigorífico.

Declassified in Part - Sanitized Copy Approved for Release 2012/05/31 : CIA-RDP80S01540R003100130006-3

Declassified in Part - Sanitized Copy Approved for Release 2012/05/31 : CIA-RDP80S01540R003100130006-3



Observando cómo se descuerea un animal mediante el uso de una máquina de invención soviética, única en el mundo.

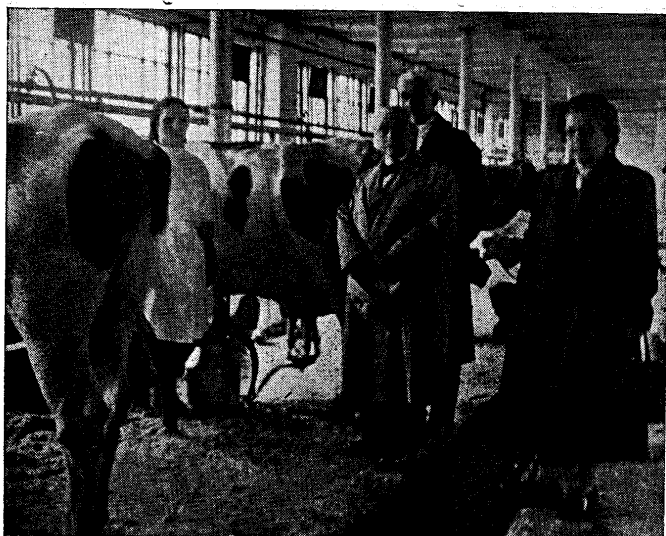
Declassified in Part - Sanitized Copy Approved for Release 2012/05/31 : CIA-RDP80S01540R003100130006-3

EN EL SOVJOZ "CLARO DEL BOSQUE".



Con el Director y técnicos del Sovjoz, el intérprete y dos representantes de V.O.K.S.

Declassified in Part - Sanitized Copy Approved for Release 2012/05/31 : CIA-RDP80S01540R003100130006-3



Observando en el pesebre el ordeñado eléctrico de las vacas.

Declassified in Part - Sanitized Copy Approved for Release 2012/05/31 : CIA-RDP80S01540R003100130006-3

Declassified in Part - Sanitized Copy Approved for Release 2012/05/31 : CIA-RDP80S01540R003100130006-3



Observando en el pesebre el ordeñado eléctrico de las vacas.

Declassified in Part - Sanitized Copy Approved for Release 2012/05/31 : CIA-RDP80S01540R003100130006-3

Declassified in Part - Sanitized Copy Approved for Release 2012/05/31 : CIA-RDP80S01540R003100130006-3



En el vivero del sovjoz.

Declassified in Part - Sanitized Copy Approved for Release 2012/05/31 : CIA-RDP80S01540R003100130006-3